

Yei Theodora Ozaki

FÁBULAS
Y
LEYENDAS
DE
JAPÓN



se

La cultura japonesa se caracteriza, además de por su exotismo, por su particular forma de concebir la existencia y por la importancia que tienen nuestros sentidos para descubrir la belleza en todo aquello que nos rodea. Esta selección de cuentos, transmitidos en sus inicios de forma oral de generación en generación, nos ayudará a comprender mejor su concepción de la vida y sus valores: el amor, el honor, la bondad, el respeto por los mayores y su profundo amor por la naturaleza. Criaturas fantásticas, seres mitológicos, animales increíbles y acontecimientos sorprendentes e inesperados que forman parte de algunos de los relatos más queridos por los japoneses como Urashima Tarō (El joven pescador), Taketori Monogatari (El cortador de bambú) o Momotarō (La historia del hijo de un melocotón).

Cuentos para todo tipo de lectores, independientemente de su edad, que permitirán a los más pequeños imaginar un mundo maravilloso, imposible; y a los adultos volver a descubrirlo con una mirada diferente, con la inocencia de un niño.



Yei Theodora Ozaki

Fábulas y leyendas de Japón

ePub r1.3

Piolin 03.10.2021

Yei Theodora Ozaki, 2016
Traducción: Jimenez Ruiz de Salazar, Juan

Editor digital: Piolin

ePub base r2.1





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



"MAS LIBROS, MAS LIBRES"





El príncipe Yamato ordena a su esposa que le ayude a vestirse como una mujer.

Prefacio

Esta colección de cuentos japoneses es el resultado de la sugerencia del señor Andrew Lang que me llegó a través de un amigo. La recopilación original pertenece a Sadanami Sanjin, quien modernizó estos cuentos en japonés. Mi trabajo no ha sido traducirlos de forma literal, sino que, aunque he conservado las expresiones originales y respetado fielmente el contenido de las historias, he adaptado el lenguaje para que pueda interesar más a los jóvenes lectores de Occidente que al estudiante técnico del folclore.

Debo un especial agradecimiento al señor Y. Yasuoka, a la señorita Fusa Okamoto, a mi hermano Nobumori Ozaki, al doctor Yoshihiro Takaki y a la señorita Kameko Yamao, quienes me han ayudado con las traducciones.

El cuento al que he llamado «La historia del hombre que no quería morir» lo conocía de antemano en su estilo clásico, pues lo encontré en un pequeño libro de hace cien años escrito por un tal Shinsui Tamenaga. Originalmente se llamaba Chōsei Furō («Longevidad»).

Las imágenes que acompañan a estos cuentos son del señor Kakuzo Fujiyama, un artista de Tokio.

Al trasladar estas historias al inglés, he añadido algunos toques locales o descripciones, según creía conveniente, y en una o dos ocasiones he buscado otra versión del cuento. Desde siempre, he encontrado oyentes a los que les apasionaban los cuentos de hadas de Japón entre mis amigos, tanto jóvenes como mayores, ingleses o americanos. Gracias a que cuando les narraba estos cuentos eran desconocidos para la mayoría, me he animado a traducirlos en un lenguaje apto para los lectores de Occidente.

Y. T. O.
Tokio, 1908

La historia de la princesa Hase

Una historia del antiguo Japón

Hace muchos años, vivía en Nara, la antigua capital de Japón, un sabio ministro del Estado, el príncipe Toyonari Fujiwara. Su esposa era una noble, bondadosa y bella mujer, la princesa Murasaki. Sus familias habían acordado el matrimonio según la costumbre japonesa, cuando eran muy jóvenes, y habían vivido juntos felizmente desde entonces. Tenían, sin embargo, una causa de gran tristeza, pues no habían tenido ningún hijo. Esto los hacía muy infelices, pues ambos deseaban ver crecer a un hijo propio que los alegrara durante su vejez, llevara el nombre familiar y observara los ritos ancestrales cuando murieran. El príncipe y su adorable esposa, después de muchas consultas y mucho pensarlo, decidieron hacer una peregrinación al templo de Hase no Kwannon, el templo de la diosa de la misericordia en Hase, pues creían, según la bella tradición de su religión, que la Madre de la Misericordia, Kwannon, respondía a las plegarias de los creyentes de la forma en que necesitaban. Sin duda, después de todos esos años, ella les daría un adorable hijo como respuesta de su peregrinaje especial, pues era la mayor necesidad que tenían en sus vidas. Todo lo demás lo poseían, pero de nada les servía mientras el lamento de sus corazones no se viera satisfecho.

Entonces, el príncipe Toyonari y su esposa fueron al templo de Kwannon a Hase y se quedaron allí durante un largo tiempo. Ambos ofrecían diariamente incienso y plegarias a Kwannon, la Madre del Cielo, para que les otorgara el deseo que llenaría sus vidas. Y sus oraciones fueron respondidas.

Por fin, la princesa Murasaki tuvo una hija, y grande fue la felicidad de su corazón. Al presentar la niña a su marido, ambos decidieron llamarla Hase-hime («princesa Hase»), pues era el regalo que Kwannon les dio en aquel lugar. Ambos la criaron con mucho cuidado y amabilidad, y la niña creció en fuerza y belleza.

Cuando la pequeña cumplió los cinco años, su madre enfermó de gravedad y ningún doctor, por muchos conocimientos que tuviera, pudo salvarla. Un poco antes de expirar, la llamó y, acariciándole gentilmente la cabeza, dijo:

—Hase-hime, ¿sabes que no me queda mucho de vida? Aunque muera, tú debes convertirte en una joven bondadosa. Esfuérate para no dar problemas a tu niñera ni a cualquier otro miembro de la familia. Tal vez tu padre se case de nuevo, y alguien ocupará mi lugar como tu madre. En tal caso, no te apenes por mí, sino que debes tratar a la segunda esposa como si fuera tu verdadera madre, y ser obediente y cariñosa con ella y con tu padre. Recuerda que cuando crezcas debes ser sumisa ante aquellos superiores a ti, y amable con aquellos inferiores. No lo olvides. Muero con la esperanza de que crezcas para convertirte en una mujer modélica.

Hase-hime escuchó con respeto mientras su madre hablaba, y prometió hacer todo lo que le decía. Hay un proverbio que dice «El alma de los tres años dura hasta los cien»^[1], y así Hase-hime creció como su madre había deseado: se convirtió en una buena y obediente princesita, aunque era demasiado joven como para comprender cuán importante sería la pérdida de su madre para su vida.

Poco después de la muerte de su primera esposa, el príncipe Toyonari volvió a casarse con una dama de noble cuna llamada princesa Terute. ¡Cuán diferente en carácter era! Todo lo buena y sabia que había sido la princesa Murasaki, esta mujer lo tenía de cruel y malvada. No amaba para nada a su hijastra, y muchas veces era desagradable con la pequeña huérfana.



Hase-hime soportó todos los agravios con paciencia.

—¡Esta no es mi hija! ¡Esta no es mi hija! —se decía.

Pero Hase-hime soportó todos los agravios con paciencia e incluso servía a su madrastra amablemente y obedecía todo lo que decía y nunca le daba ningún problema, justo como la había entrenado su buena madre, de forma que la dama Terute no tenía ningún motivo para quejarse.

La pequeña princesita era muy diligente y sus estudios favoritos eran la música y la poesía. Pasaba horas practicando todos los días, y su padre hizo que los mejores maestros que pudo encontrar le enseñaran el arte de la caligrafía y del verso, así como a tocar el koto^[2]. A los doce años, podía rasguear las cuerdas de una forma tan hermosa que ella y su madrastra fueron convocadas al palacio para interpretar una pieza ante el emperador.

Era el Festival de las Flores de Cerezo, que se celebraba con alegría en la corte. El emperador disfrutaba de la temporada con todo su corazón y ordenó que Hase-hime tocara el koto ante él, y que su madrastra debía acompañarla con la flauta.

Ningún súbdito podía ver el sagrado rostro del emperador. Para evitarlo, se sentaba en un pequeño escenario alzado, ante el que se colgaba una

cortina de bambú cortado en finas tiras, rodeado de borlas purpúreas. La idea era que Su Majestad pudiera verlo todo y no ser visto.

Hase-hime era una música habilidosa a pesar de su edad, y a menudo sorprendía a sus maestros con su prodigiosa memoria y su talento. En esa ocasión tan especial lo hizo bien. Pero su madrastra, la princesa Terute, que era una mujer indolente y nunca se tomaba la molestia de practicar diariamente, estropeó su acompañamiento y tuvo que pedir a una de las damas de la corte que ocupara su lugar. Esto fue una gran vergüenza, y estaba muy celosa al pensar que había fallado allí donde su hijastra había triunfado, y para empeorar la situación, el emperador mandó muchos regalos hermosos a la pequeña princesa para recompensarla por su actuación en el palacio.

Había, además, otra razón para que la princesa Terute odiara a su hijastra, pues había tenido la buena fortuna de dar a luz a un niño, y en lo más profundo de su corazón empezó a pensar:

—Si Hase-hime no existiera, mi hijo tendría todo el amor de su padre.

Y al no haber aprendido a controlarse, permitió que este malvado pensamiento creciera hasta convertirse en el odioso deseo de quitar la vida a su hijastra.

Así, un día, pidió en secreto un veneno y lo puso en un vino dulce. Este lo colocó en una botella. En otra similar vertió uno bueno. Con ocasión del Festival de los Niños del cinco de mayo, Hase-hime estaba jugando con su hermano pequeño. Todos sus juguetes de guerreros y héroes estaban tirados por el suelo y ella le estaba contando maravillosas historias de cada uno de ellos. Estaban divirtiéndose alegremente y riendo con felicidad con sus sirvientes cuando su madre entró con dos botellas de vino y unos pasteles deliciosos.

—Sois tan buenos y felices —dijo la malvada princesa Terute con una sonrisa— que os he traído un vino dulce como recompensa. Y aquí tenéis unos pasteles bonitos para mis buenos niños.

Y llenó dos copas de botellas diferentes.

Hase-hime no podía siquiera imaginarse el malvado plan de su madrastra, cogió una de las copas de vino y dio a su pequeño hermanastro la otra.

La malvada mujer había marcado con cuidado la botella envenenada, pero al entrar en la habitación se había puesto nerviosa, y al servir el vino, con las prisas, le había dado la copa envenenada a su propio hijo. Se pasó un tiempo observando ansiosa a la pequeña princesa, pero, para su sorpresa, no tuvo lugar ningún cambio en el rostro de la joven. De repente, el pequeño gritó y se tiró al suelo, doblándose por el dolor. Su madre se acercó a toda prisa, con la precaución de tirar las dos pequeñas jarras de vino que había llevado a la habitación, y lo levantó. Los sirvientes corrieron en busca del doctor, pero nada pudo salvar al niño. Murió en menos de una hora en brazos de su madre. Los doctores no sabían tanto en aquellos lejanos tiempos, y pensaron que el vino le había sentado mal al niño y le había causado las convulsiones por las que había muerto.

Así fue castigada la malvada mujer con perder a su propio hijo por haber intentado librarse de su hijastra, pero en lugar de culparse a sí misma, empezó a odiar aún más a Hase-hime con la amargura y la maldad de su propio corazón, y buscó con ansia cualquier forma de dañarla. No tardaría mucho en encontrar una oportunidad.

Cuando Hase-hime cumplió los trece años, ya se la consideraba una poetisa importante. Las mujeres del antiguo Japón buscaban ser excelsas en este arte y se tenía en mucha estima a las que lo conseguían.

Durante la temporada de lluvias de Nara de aquel año, ocurrían inundaciones cada día causando daños en la ciudad. El río Tatsuta, que discurría por los terrenos del palacio imperial, había crecido hasta el borde, y el rugido de los torrentes de agua corriendo por un cauce tan estrecho molestaba el descanso del emperador día y noche, de tal manera que el resultado fue un serio desorden nervioso. Se mandó un edicto imperial a todos los templos budistas ordenando a los sacerdotes que ofrendaran continuas plegarias al Cielo para detener el ruido de las crecidas. Pero no sirvió de nada.

Entonces se comentaba en los círculos de la corte que Hase-hime, la hija del príncipe Toyonari Fujiwara, el segundo ministro de la corte, era la más dotada de las poetisas de la época, a pesar de su edad, y sus maestros confirmaron lo que se decía. Hacía mucho, una bella y dotada doncella poetisa había conmovido al Cielo al rezar en verso, y había traído la lluvia a

una tierra aquejada de una sequía, al menos eso es lo que decían los antiguos biógrafos de la poetisa Ono no Komachi. Si Hase-hime escribiera un poema y lo ofreciera como plegaria, ¿acaso no podría detener el ruido del río embravecido y así aliviaría la causa de la enfermedad imperial? Con el tiempo, lo que se decía por la corte llegó a oídos del emperador y este mandó una orden al ministro, el príncipe Toyonari, con este motivo.

Grandes fueron el miedo y el asombro de Hase-hime cuando su padre la mandó llamar y le contó lo que se le pedía. Pesada era, sin duda, la carga que recaía sobre sus jóvenes hombros, pues había de salvar la vida del emperador a través de sus versos.

Llegó el día en que su poema estuvo terminado. Estaba escrito en una hoja de papel llena de polvo de oro. Con su padre y sus sirvientes, y algunos nobles de la corte, fue a la ribera del rugiente torrente y alzó su corazón hacia el Cielo, leyó el poema que había preparado en voz alta, levantándolo además hacia el cielo con las dos manos.

Entonces, algo extraño sucedió ante los ojos de todos los que la rodeaban. Las aguas cesaron su rugir, y el río quedó en silencio como respuesta directa a su plegaria. Después de esto, el emperador tardó poco en recuperar la salud.

Su Majestad estaba muy complacido y mandó llamarla a palacio y la recompensó con el rango de Chinjo, equivalente al de teniente general, para mostrar su agradecimiento. Desde entonces, se la llamó Chinjo-hime («princesa teniente general»), y fue respetada y amada por todos.



Su padre la llamó, y le dijo para lo que había sido requerida.

que no estaba feliz por el éxito de Hase-hime: su madrastra. Esta seguía lamentándose por la muerte de su hijo, a pesar de que eran sus manos las que estaban manchadas con su sangre. Lo había matado mientras intentaba envenenar a la princesita, lo que incrementaba la mortificación al verla crecer en poder y honor. El favor imperial que había ganado la princesita y la admiración que la corte le dispensaba encendían en el corazón de su madrastra la hoguera de la envidia y los celos. Muchas fueron las mentiras que dijo a su marido sobre Hase-hime, pero de nada le sirvió. Él no escuchaba ninguna de sus mentiras, diciéndole claramente que estaba equivocada.

Por fin, la madrastra, aprovechando la oportunidad que le dio una ausencia de su marido, ordenó a uno de sus ancianos sirvientes que se

llevara a la inocente chica a las montañas Hibari, la parte más salvaje del país, y la matara allí. Inventó una horrible historia acerca de la pequeña princesa, y dijo que la única forma de evitar que el deshonor cayera sobre la familia era matarla.

Katoda, que así se llamaba el viejo vasallo, estaba obligado a obedecer a su señora. Sin embargo, vio que lo más sabio era fingir obediencia en ausencia del padre de la chica, así que puso a Hase-hime en un palanquín y la acompañó al sitio más solitario que pudo encontrar en ese distrito silvestre. La pobre niña sabía que no serviría de nada protestar ante su desagradable madrastra por sacarla de su casa, así que obedeció sin rechistar.

Pero el anciano sirviente sabía que la joven princesa era inocente de todo aquello que su madrastra la había acusado para dar motivo a sus indignantes órdenes, y estaba decidido a salvar su vida. A menos que la matara, no podría volver con su cruel señora, así que decidió quedarse en el bosque. Con la ayuda de algunos campesinos, construyó en poco tiempo una pequeña cabaña, y mandó llamar en secreto a su esposa, de tal modo que estos dos buenos ancianos hicieron todo lo que pudieron para cuidar a la desafortunada princesita. Todo el tiempo confió en su padre, sabiendo que en cuanto volviera a casa y viera que no estaba, mandaría a buscarla.

El príncipe Toyonari llegó unas semanas después, y su esposa le dijo que su hija Hase había hecho una maldad y había huido por temor al castigo. Prácticamente se puso enfermo por la preocupación. Todos los de la casa contaban la misma historia, que Hase-hime había desaparecido repentinamente, ninguno sabía el porqué o a dónde. Por miedo al escándalo, mantuvo el asunto oculto a la sociedad, y buscó en todos los lugares que se le ocurrieron, pero todo fue en vano.

Un día, intentando olvidar su terrible preocupación, llamó a todos sus hombres y les dijo que se prepararan para una expedición de caza de varios días a las montañas. Pronto estuvieron preparados, montados a caballo, esperando en la puerta a su señor. Galopó sin descanso y con prisas al distrito de las montañas Hibari, con un gran grupo siguiéndolo. Pronto se alejó mucho del resto, y por fin se encontró en un estrecho y pintoresco valle.

Miró alrededor y admiró el paisaje, vio una diminuta casa en una de las colinas cercanas y escuchó a una hermosa voz leer. Atenazado por la curiosidad sobre quién estaría estudiando tan diligentemente en un lugar tan solitario, se desmontó y dejó su caballo a su escudero, se acercó a la colina y avanzó hacia la cabaña. Conforme llegó, aumentó su sorpresa, pues vio que la lectora era una hermosa joven. La cabaña estaba abierta y estaba sentada de cara al paisaje. Escuchando atentamente, vio que leía con mucha devoción las escrituras budistas. Cada vez más curioso, se apresuró hacia la diminuta puerta y entró en el pequeño jardín, y levantó la mirada para ver a su hija perdida, Hase-hime. Estaba tan entregada a lo que estaba diciendo que ni escuchó ni vio a su padre hasta que este habló.



Sorprendida, apenas podía reconocer a su propio padre llamándola

—¡Hase-hime! —gritó—. ¡Eres tú, mi Hase-hime!

Sorprendida, apenas pudo reconocer a su padre llamándola, y por un momento se quedó completamente sin palabras.

—¡Padre, padre! ¡Eres tú, padre! —Fue todo lo que pudo decir antes de correr hacia él, agarrar su gruesa manga y enterrar su rostro en ella, echándose a llorar.

Su padre acarició su cabello oscuro, le pidió amablemente que le contara todo lo que había sucedido, pero ella solo siguió llorando, y se preguntaba si no estaría soñando en realidad.

Entonces, el leal sirviente Katoda salió y, echándose al suelo ante su señor, contó la larga historia de maldades, explicándole todo lo que había sucedido, y por qué se encontraba su hija en un lugar tan desolado y agreste con solo dos ancianos sirvientes para cuidarla.

La sorpresa del príncipe y su indignación no tuvieron límites. Dejó la cacería y se apresuró a casa con su hija. Uno del grupo galopó delante para informar a la servidumbre de las felices noticias, y la madrastra, al escuchar lo que había ocurrido, y temiendo encontrarse con su marido ahora que había descubierto su maldad, huyó de la casa, volvió en desgracia al hogar de su padre y nunca más se oyó hablar de ella.

El anciano sirviente Katoda se vio recompensado con la mayor promoción posible dentro del servicio de su maestro y vivió feliz hasta el fin de sus días, dedicado a su pequeña princesa, que nunca olvidó que debía la vida a este vasallo fiel. No la volvió a molestar su malvada madrastra y pasó los días feliz y tranquila con su padre.

Como el príncipe Toyonari no tenía ningún hijo, adoptó al menor de uno de los nobles de la corte para ser su heredero y para que se casara con su hija, y en pocos años el matrimonio tuvo lugar. Hase-hime vivió hasta una buena edad, y siempre se dijo que era la señora más sabia, más devota y más bella que nunca hubo en el antiguo linaje del príncipe Toyonari. Tuvo la alegría de presentar a su hijo, el futuro señor de la familia, a su padre justo antes de que este se retirase de la vida activa.

En la actualidad, se conserva un trozo de costura en uno de los templos budistas de Kioto. Es un hermoso tapiz con la figura de Buda bordado con hilos de seda de loto. Se dice que esto lo hizo a mano la bondadosa princesa Hase.

El cortador de bambú y la niña de la luna

Hace mucho, mucho tiempo, vivía un anciano cortador de bambú. Era muy pobre y su vida era muy triste, pues el Cielo no le había enviado ningún niño que alegrase su vejez. En su corazón, no cabía esperanza alguna de descanso hasta que muriera y yaciera en su silenciosa tumba. Todas las mañanas, partía hacia los bosques y colinas donde el bambú alzaba sus verdes hojas hacia el cielo. Cuando elegía cuál debía caer ese día, las cortaba por las juntas o las dividía a lo largo para poder llevar el bambú a casa y convertirlo en diversos artículos. De ese modo, él y su anciana esposa ganaban un pequeño estipendio cuando los vendía.

Una mañana, como era habitual, se marchó a trabajar y, al encontrar una buena zona, se puso a talar el bambú. De repente, el verde bosquecillo se vio inundado por una suave y brillante luz, como si la luna llena alumbrara el lugar. Sorprendido, miró por todas partes, hasta descubrir que el brillo partía de un bambú. El anciano, maravillado, dejó el hacha y corrió hacia la luz. Conforme se acercaba, descubrió que el suave resplandor provenía de un hueco en la verde raíz, y se maravilló aún más al observar cómo dormía, en mitad de la luz, un diminuto ser humano, de solo cinco centímetros de altura y de una belleza exquisita.

—Te han debido enviar para que seas mi hija, pues te he encontrado entre los bambúes donde trabajo día tras día —dijo el anciano, y se llevó a la pequeña criatura hasta su casa en la mano, para mostrársela a su esposa. La diminuta niña era tan asombrosamente hermosa y pequeña que la anciana la puso en una cesta para salvaguardarla de cualquier posibilidad de que la hirieran.



Tomó a la pequeña criatura entre sus manos.

El matrimonio encontró repentinamente la felicidad. Siempre habían deseado tener hijos propios, y ahora se les presentaba la oportunidad de

entregar todo su amor a aquella pequeña niña que había llegado hasta ellos de forma tan asombrosa. Además, desde que tal milagro había tenido lugar, el anciano había empezado a encontrar a menudo oro en los nudos de los bambúes cuando los talaba. Y no solo eso, sino también piedras preciosas. El anciano construyó una hermosa casa y ya nunca más se le consideró un pobre cortador de bambú, sino un hombre rico.

El tiempo pasó volando y, tres meses después, la niña del bambú se convirtió, para maravilla de todos, en una joven en edad casadera, así que sus padres adoptivos la peinaron y la vistieron con hermosos kimonos. Tal era su asombrosa belleza, que la colocaron detrás de pantallas como si fuera una princesa, y no permitieron que nadie la viera. Tan solo ellos tenían ese privilegio y seguían cuidándola y protegiéndola. Parecía hecha de luz, pues la casa estaba llena de un suave brillo que hacía que incluso la noche más oscura pareciera el día más brillante. Su presencia era una benigna influencia sobre aquellos que se acercaban. Cuando el anciano se sentía triste, solo tenía que mirar a su hija adoptiva y todas sus penas desaparecían, retornando la felicidad de la juventud.

Por fin, llegó el día en que nombrarían a su recién hallada niña, así que la anciana pareja visitó a un famoso nominador. Fue ahí donde decidieron llamarla Princesa Luz de Luna, debido a que su cuerpo desprendía esa suave y brillante luz que la hacía parecer hija del Dios Lunar.

Tres días duró el festival de canciones, bailes y música, donde todos los presentes —amigos y familiares— se llenaron de gozo al ver a tan adorable joven. Decían que la belleza del resto de mujeres de la Tierra palidecía a su lado. Después de eso, su fama se extendió a lo largo y ancho del país, y muchos fueron los pretendientes que desearon ganarse su mano, o, cuando menos, la posibilidad de verla, aunque fuera un segundo.

Estos, que venían de todas partes, se apostaron fuera de la casa e hicieron pequeños agujeros en la valla, con la esperanza de captar un atisbo de la Princesa mientras esta pasaba de habitación en habitación por la veranda. Allí permanecieron, día y noche, sacrificando incluso su sueño con la esperanza de verla, pero todo fue en vano. Entonces, se acercaron a la casa e intentaron hablar con el anciano, con su esposa o con algunos sirvientes, pero ni siquiera esto consiguieron.

A pesar de las decepciones, allí continuaron, día tras día, noche tras noche, como si no fuera nada, pues tan grande era su deseo de ver a la Princesa.

Al final, sin embargo, la mayoría, al ver cuán desesperada era su misión, perdieron el alma y la esperanza y regresaron a sus hogares. Todos menos cinco caballeros, cuyo ardor y decisión, en vez de desvanecerse, parecía acrecentarse con los obstáculos. Estos cinco hombres incluso comenzaron un ayuno, tomando solo lo poco que podían llevar consigo, para poder permanecer en todo momento cerca de las vallas. Allí soportaron las inclemencias del tiempo, ya lloviera, ya los atosigara un sol de justicia.

A veces, escribían cartas a la Princesa, pero no les llegó ninguna respuesta. Al ver que era en vano, empezaron a escribir poemas, hablándole del amor desesperado que los mantenía despiertos, en ayunas, insomnes y alejados de sus hogares. Pero la Princesa siguió sin contestarles.

Sin esperanza alguna, pasó el invierno. La nieve, el hielo y los fríos vientos dieron paso gradualmente al gentil calor de la primavera. Después llegó el verano, y el sol brilló con fuerza lanzando su inmisericorde calor hacia la tierra. Los leales caballeros continuaron de guardia, a la espera de cualquier señal. Cuando pasaron todos esos largos meses, llamaron al anciano cortador de bambú y le suplicaron que tuviera misericordia de ellos y les permitiera ver a la Princesa, pero él solo respondió que, como no era su verdadero padre, no podía obligarla a obedecerlo contra sus deseos.

Los cinco caballeros, al recibir esta dura respuesta, volvieron a sus hogares y se preguntaron cuál sería la mejor manera de alcanzar el corazón de la orgullosa Princesa, aunque solo fuera para que les permitiera tener una audiencia con ella. Llevaron sus rosarios en las manos y se arrodillaron ante los altares de sus hogares, quemaron delicado incienso y rezaron a Buda para que les concediera el deseo de sus corazones. Así pasaron varios días, pero ni siquiera de ese modo podían descansar en sus hogares.

Así que, de nuevo, partieron hacia la casa del cortador de bambú. Esta vez, el anciano salió a verlos, y ellos le pidieron que les hiciera saber si la Princesa había decidido no ver a ningún hombre en ningún caso. Le imploraron que le hablara de ellos y de la profundidad de su amor, de cómo habían soportado el frío del invierno y el calor del verano, insomnes,

pasando las noches al raso hiciera el tiempo que hiciera, sin comida y sin descanso, con la ardiente esperanza de ganársela, y que todos considerarían esa larga vigilia un placer si ella les concedía, aunque fuera, una posibilidad de convencerla de la pureza del amor que le profesaban.

El anciano escuchó con atención su historia de amor, pues en su corazón se compadecía de estos leales pretendientes y sintió el deseo de ver a su amada hija adoptiva casada con uno de ellos. Así que se acercó a la Princesa Luz de Luna y le dijo:

—Aunque siempre te he considerado un ser celestial, he tenido que criarte como si fueras hija mía y te he otorgado la protección de mi techo. ¿Acaso no me harás caso alguno?

Entonces, la Princesa Luz de Luna respondió que no había nada que no hiciera por él, y que ella se sentía honrada de llamarlo padre y lo amaba como tal, y que ella misma no recordaba un tiempo anterior a su llegada a la Tierra.

El anciano escuchó con gran alegría sus palabras solícitas. Entonces él le dijo lo ansioso que estaba de verla casada felizmente antes de su muerte.

—Soy un anciano de más de setenta años, y mi final podría llegar cualquier día. Es justo y necesario que veas a estos cinco pretendientes y elijas entre ellos.

—Oh, ¿por qué he de hacerlo? —respondió la Princesa, preocupada—. No siento ningún deseo de casarme.

—Te encontré hace muchos años, cuando no eras más que una diminuta criatura de cinco centímetros, en mitad de una gran luz blanca. Esta partía del bambú en el que estabas escondida y me guio hasta ti. Así que siempre he pensado que eras más que una mera mortal. Mientras viva, puedes permanecer así, si es lo que deseas, pero, cuando muera, ¿quién cuidará de ti? ¡Por eso te suplico que hables con estos cinco valientes uno por uno y te decidas a casarte con uno de ellos!

—No soy tan hermosa como dicen de mí las historias. Si me casara con alguno de ellos, al no conocernos, su corazón se llenaría de arrepentimiento. Así pues, aunque me digas que son valerosos caballeros, no sería sabio darles esperanza alguna de verme.

—Todo lo que dices es muy razonable —dijo el anciano—. ¿Qué tipo de hombre aceptarías ver? No creo que estos cinco, que han esperado meses para verte, sean frágiles de corazón. Han permanecido al otro lado de la valla el invierno y el verano, a veces sin comer ni dormir, para poder conseguirte. ¿Qué más puedes pedirles?

—Han de probar el amor que dicen profesarme si quieren que les conceda una audiencia —dijo la Princesa Luz de Luna—. Todos ellos, procedentes de lejanos países, tendrán que traerme aquello que les solicite para demostrar la pureza de su corazón.

Esa misma noche, los pretendientes llegaron y empezaron a tocar sus flautas por turnos, y cantaban sus canciones, que hablaban del gran amor imperecedero que sentían por ella. El cortador de bambú salió y les ofreció su compasión por todo lo que habían soportado y la paciencia que habían mostrado en su deseo de conseguir la mano de su hija adoptiva. Entonces, les transmitió su mensaje: aceptaría casarse con quienquiera que consiguiera traerle lo que ella deseaba. Esa era su prueba.

Los cinco la aceptaron, y pensaron que era un excelente plan, pues evitaba los celos entre ellos.

La Princesa de la Luna dijo al primer caballero que le pedía que le trajera el cuenco de piedra que había pertenecido a Buda en la India.

Al segundo caballero le pidió que fuera a la montaña de Horai, que se decía se encontraba en el mar del Este y le trajera una rama del maravilloso árbol que crecía en su cima. Las raíces del árbol eran de plata, el tronco de oro y las ramas tenían joyas blancas como frutos.

Al tercer caballero lo mandó a China, para que buscara a la rata de fuego y le trajera su piel.

El cuarto caballero tenía que buscar al dragón que llevaba en la frente una piedra que emitía los cinco colores y traérsela.

El quinto tenía que encontrar a la golondrina que tenía un caparazón en el estómago y llevárselo.

El anciano creía que se trataba de tareas muy complicadas y dudó al llevar los mensajes, pero la Princesa no aceptaría ninguna otra condición. Así que sus órdenes llegaron palabra por palabra a los cinco hombres que, cuando escucharon lo que se les pedía, perdieron la esperanza y se sintieron

heridos por la imposibilidad de realizar las tareas que les asignaron. Volvieron a sus casas, pues nada podían hacer.

Pero, a pesar de todo, y del tiempo que había pasado, no podían olvidar a la Princesa. Cada vez que pensaban en ella, sintieron que su amor por ella revivía en sus corazones y fue cuando decidieron que, al menos, debían intentar cumplir la misión y obtener aquello que deseaba.

El primer caballero mandó decir a la Princesa que había partido de viaje en busca del cuenco de Buda y esperaba llevárselo pronto. Pero no tuvo el valor de ir hasta la India, pues en aquellos días viajar era muy difícil y peligroso, así que fue a uno de los templos de Kyōto y se llevó uno que había en el altar de allí. Pagó al sacerdote una gran cantidad de dinero por él. Después, lo envolvió en una tela dorada y, tras esperar sin llamar la atención durante tres años, volvió y se lo llevó al anciano.

La Princesa Luz de Luna se preguntó cómo habría vuelto tan pronto. Cogió el cuenco de su envoltura dorada. Esperaba que llenara la habitación de luz, pero no brilló para nada, así que supo que era un engaño y no el verdadero cuenco de Buda. Se lo devolvió al momento y se negó a verlo. El caballero tiró el cuenco y volvió a su hogar desesperanzado. Se rindió y aceptó que nunca conseguiría casarse con la Princesa.

El segundo caballero les dijo a sus padres que necesitaba un cambio de aires por razones de salud, pues le daba vergüenza decirles que el amor que sentía por la Princesa Luz de Luna era el verdadero motivo por el que les dejaba. Entonces, se marchó de casa y mandó un mensaje a la Princesa en el que la informaba de que marchaba hacia la montaña Horai con la esperanza de conseguirle la rama del árbol de oro y plata que tanto deseaba tener. Solo permitió a sus sirvientes que lo acompañaran a mitad de camino, y después los envió de vuelta. Llegó a la costa y se embarcó en un pequeño barco. Después de navegar durante tres días, llegó a un puerto en el que empleó a varios carpinteros para construirle una casa a la que nadie podría llegar. Después, se encerró con seis habilidosos joyeros y les encargó hacer una rama de oro y plata que fuera todo lo que la Princesa pudiera desear. Tenía que ser como las del maravilloso árbol que crecía en la montaña Horai, pues todos aquellos a quienes había preguntado le habían dicho que aquel lugar solo pertenecía a las fábulas y no al mundo real.

Cuando terminaron la rama, volvió a su casa e intentó que pareciera que estaba cansado y desastrado del viaje. Puso la rama en una caja lacada y se la llevó al cortador de bambú, suplicándole que se la entregara a la Princesa.

El anciano cayó en la trampa del aspecto sudoroso del caballero y pensó que acababa de retornar de su largo viaje en pos de la rama. Así que intentó persuadir a la Princesa de ver a ese hombre. Pero ella permaneció en silencio y parecía muy triste. El anciano sacó la rama y la alabó como un tesoro que no se podría encontrar en ningún lugar del país. Después habló del caballero, cuán valiente y bien parecido era, cómo había viajado hasta un lugar tan remoto como la montaña Horai.

La Princesa Luz de Luna cogió la rama entre sus manos y la examinó con cuidado. Después le dijo a su padre adoptivo que ella sabía que era imposible que ese hombre hubiera conseguido la rama del árbol de oro y plata que crecía en la montaña Horai tan rápido y con tanta facilidad, y que le apenaba creer que todo era un engaño fabricado por el impostor.

El anciano salió a buscar al esperanzado caballero, que se había acercado a la casa, y le preguntó dónde había encontrado la rama. El hombre no tuvo ningún escrúpulo a la hora de inventarse una larga historia.

—Hace dos años, tomé un barco y zarpé en busca de la montaña Horai. Después de ir en pos del viento algún tiempo, llegué al lejano Mar Oriental. Entonces, se alzó una gran tormenta y perdí el rumbo muchos días, desorientándome por completo. Al final, llegamos a tierra en una isla desconocida. Allí descubrí que el lugar estaba habitado por demonios que me amenazaron con matarme y devorarme. Sin embargo, conseguí la amistad de esas horribles criaturas, y nos ayudaron a mis marineros y a mí a reparar el barco y partir de nuevo. Se agotaron nuestras provisiones y sufrimos muchas enfermedades a bordo. Por fin, quinientos días después, atisbé en el horizonte lo que parecía ser una cumbre. Al acercarnos, pudimos ver que se trataba de una isla, en el centro de la cual se alzaba una gran montaña. Llegué a tierra y después de vagar dos o tres días, vi algo brillante aproximarse a mí en la playa, sosteniendo en sus manos un cuenco dorado. Me acerqué y le pregunté si, por buena ventura, había encontrado la isla de la montaña Horai. Él respondió: «Así es. ¡Esta es la montaña

Horai!»). Con muchas dificultades, escalé hasta la cima, donde pude ver el árbol dorado creciendo desde sus raíces plateadas en el suelo. Las maravillas de aquel extraño y lejano lugar eran muchas, y si comenzara a contárselas podría no detenerme nunca. A pesar de mi deseo de permanecer allí más tiempo, en cuanto conseguí romper la rama vine de vuelta. A toda velocidad, me llevó cuatrocientos días volver, y, como puede ver, mis ropas aún están húmedas debido al largo viaje por mar. Ni siquiera he aguardado a cambiarme de vestimenta, con la necesidad que tenía de traer la rama a la Princesa.

En ese momento, los seis joyeros, que se habían encargado de realizar la rama, pero a quienes no había pagado, llegaron a la casa y mandaron una nota a la Princesa para que les pagaran por su labor. Dijeron que habían trabajado más de mil días para hacer la rama de oro con sus ramitas de plata y su fruta enjoyada, que le había entregado el caballero, pero que aún no habían recibido pago alguno. Así se descubrió el engaño del caballero, y la Princesa, feliz por haberse librado una vez más de un molesto pretendiente, se alegró de devolver la rama. Llamó a los trabajadores y les pagó con generosidad. Ellos se marcharon felices. Pero de camino a casa les atrapó el decepcionado caballero, que los golpeó hasta que quedaron a las puertas de la muerte por contar su secreto. El caballero volvió a casa, con el corazón lleno de ira, y al no poder conseguir a la Princesa rehuyó a la gente y se retiró a una solitaria vida entre las montañas.

El tercer caballero tenía un amigo en China, así que le escribió pidiéndole la piel de una rata de fuego, que tenía la habilidad de ser inmune a dicho elemento. Prometió a su amigo cuanto dinero quisiera si se la conseguía. En cuanto recibió el mensaje de reunirse con él, cabalgó durante siete días para ver qué le traía. A cambio de una gran suma de dinero, su amigo le entregó la piel de una rata de fuego. Cuando llegó a casa, la colocó cuidadosamente en una caja y se la llevó a la Princesa mientras esperaba fuera la respuesta.

El cortador de bambú recibió la caja del caballero y, como de costumbre, se la llevó a la Princesa e intentó convencerla para que lo viera, pero la Princesa Luz de Luna se negó, diciendo que primero debía probar la piel sometiéndola al fuego. Si era real, no ardería. Así que la sacó de su

envoltura y abrió la caja, después, lanzó la piel al fuego. Esta se agrietó y ardió al instante, y la Princesa supo así que ese hombre tampoco había cumplido su palabra. Al igual que los dos anteriores, el tercero también había fallado la prueba.

El cuarto caballero no tenía más intención de llevar a cabo su cometido que el resto. En vez de ir a buscar al dragón que llevara en su cabeza la joya de cinco colores, llamó a todos sus sirvientes y les ordenó que lo buscaran a lo largo y ancho de Japón y China, y les prohibió volver hasta que la hubieran encontrado.

Sus numerosos vasallos y sirvientes partieron en diferentes direcciones sin la intención, sin embargo, de obedecer lo que consideraban una orden imposible. Simplemente se lo tomaron como unas vacaciones, fueron a agradables lugares del país juntos y gruñeron por la obstinación de su señor.

El caballero, mientras tanto, al pensar que sus vasallos no le fallarían para encontrar la joya, reparó su casa y la adornó hasta hacerla lo más hermosa posible para recibir a la Princesa, tan seguro estaba de ganar su mano.

Un año pasó esperando y sus hombres no volvieron con la joya draconiana. El caballero se desesperó. No podía esperar más, así que llevó consigo dos hombres y subió a un barco donde ordenó al capitán que partiera en busca del dragón. El capitán y los marineros se negaron a llevar a cabo lo que consideraban una búsqueda absurda, pero el caballero les convenció de zarpar.

Cuando apenas llevaban unos días, se encontraron con una gran tormenta que duró tanto que, para cuando su furia se abatió, el caballero había decidido dejar la caza del dragón. Por fin, llegaron a tierra, pues la navegación era primitiva en aquellos días. Agotado de sus viajes y de la ansiedad, el cuarto pretendiente se rindió al cansancio. Había cogido un fortísimo resfriado y se fue a la cama con el rostro hinchado.

El gobernador del lugar, al escuchar su historia, mandó mensajeros para invitarle a su hogar. Mientras estaba allí, pensando en todos sus problemas, el amor que sentía por la Princesa se convirtió en ira, y la culpó por todas las dificultades que había superado. Pensó que era muy posible que hubiera

querido matarlo para librarse de él, y para ello lo había mandado a una misión imposible.

En ese momento, volvieron los sirvientes que habían partido en busca de la joya y se sorprendieron porque donde esperaban ir encontraron halagos. Su señor les dijo que estaba harto de aventuras y que no pensaba volver a acercarse a la casa de la Princesa nunca más.

Como el resto, el quinto caballero también falló en su aventura, no pudo encontrar la concha de la golondrina.

Para entonces, la fama de la belleza de la Princesa Luz de Luna había alcanzado los oídos del Emperador, y mandó a una de sus cortesanas para ver si era tan hermosa como se decía. Entonces, la invitaría al palacio para convertirla en una de sus damas.

Cuando la cortesana llegó, a pesar de las súplicas de su padre, la Princesa Luz de Luna se negó a verla. La mensajera imperial insistió, diciendo que eran órdenes del Emperador. Entonces, la Princesa Luz de Luna dijo al anciano que, si se la obligaba a ir al palacio, desaparecería de la Tierra.

Cuando el Emperador se enteró de su obstinación en desobedecer sus órdenes, y que si la obligaban a comparecer se desvanecería, se decidió a ir él mismo a verla. Así que planeó ir de caza cerca de la casa del cortador de bambú. Mandó un mensaje al anciano anunciándole sus intenciones, y recibió el visto bueno a su plan. Al día siguiente, el Emperador partió con su séquito, a quienes dejó atrás pronto. Encontró la casa del cortador de bambú y desmontó. Entró en ella y se dirigió directamente donde la Princesa estaba con sus doncellas.

Nunca había visto una belleza semejante, y no podía sino quedarse mirándola, pues era más hermosa que ningún ser humano y brillaba suavemente. Cuando la Princesa Luz de Luna se percató de que un extraño la miraba, intentó escapar de la habitación, pero el Emperador la atrapó y suplicó que lo escuchara. Su única respuesta fue esconder su rostro entre sus mangas.

El Emperador se había enamorado profundamente de ella, y le suplicó que fuera con él a la corte, donde le daría una posición de honor y todo lo que ella deseara sería suyo. Estaba a punto de pedir un palanquín imperial

para llevársela con él, diciendo que su gracia y su belleza deberían adornar un palacio, no estar ocultas en la cabaña de un cortador de bambú.

Pero la Princesa lo detuvo. Dijo que si la obligaba a ir al palacio se convertiría en una sombra, y empezó a perder su cuerpo incluso mientras lo decía. Desapareció de su vista mientras él miraba.

El Emperador prometió dejarla libre solo si retomaba su forma anterior, lo que hizo al instante.

Él debía volver ya, pues su séquito debía estar preguntándose qué podía haberle ocurrido a su señor imperial al no verlo en tan largo tiempo. Así que se despidió de ella y partió de la casa con el corazón entristecido. La Princesa Luz de Luna era la mujer más hermosa del mundo, en su opinión, y todas las demás no eran sino meras sombras a su alrededor. No dejaba de pensar en ella. El Emperador pasaba entonces mucho tiempo escribiendo poemas, en los que hablaba de su amor y devoción, y se los enviaba. Y, aunque se negó a volver a verlo, le respondió con muchos versos de su propia mano, que le decían gentil y amablemente que nunca podría casarse con nadie de la Tierra. Esas pequeñas canciones le alegraban el día.

Sobre esas fechas, sus padres adoptivos se percataron de que, noche tras noche, la Princesa se sentaba en el balcón y miraba durante horas a la luna, con una mirada de profundo abatimiento que siempre acababa en lágrimas. Una noche, el anciano la descubrió llorando como si se le hubiera roto el corazón, y le pidió que le contara la razón de sus penas.

Entre lágrimas, ella le dijo que había acertado al pensar que no pertenecía a este mundo, que en verdad venía de la luna y que su tiempo en la Tierra se agotaba. En el decimoquinto día de ese mismo mes de agosto, sus amigos de la Luna vendrían a buscarla y ella tendría que volver. Sus padres estaban allí, pero, al haber pasado una vida en la Tierra, ella les había olvidado, como le había pasado con el mundo lunar al que pertenecía. Lloraba, le dijo, al pensar en dejar a sus amados padres adoptivos y el hogar donde durante tanto tiempo había sido feliz.

Cuando sus doncellas lo escucharon, se pusieron muy tristes, y no pudieron comer ni beber por los sentimientos que les causaba la idea de que la Princesa partiera pronto.

En cuanto las nuevas alcanzaron al Emperador, este envió mensajeros para descubrir si eran ciertas o no.

El anciano cortador de bambú salió de la casa para recibir a los mensajeros imperiales. La pena de esos días le había afectado: había envejecido mucho. Llorando amargamente, les dijo no solo que el informe era completamente cierto, sino que también pretendía aprisionar a los enviados de la Luna y hacer todo lo que estuviera en sus manos para evitar que se llevaran a la Princesa.

Los hombres volvieron a palacio, donde contaron al Emperador lo que sucedía. En el decimoquinto día de aquel mes, este envió un ejército de dos mil guerreros a vigilar la casa. Mil de ellos se apostaron en el techo, el resto protegía las entradas. Todos eran arqueros sin igual. El cortador de bambú y su esposa escondieron a la Princesa en una habitación interior.

El anciano ordenó que nadie durmiera aquella noche, todos los habitantes de la casa debían guardar una estricta vigilia y estar listos para proteger a la Princesa. Con estas precauciones y la ayuda de los guerreros del Emperador, esperaba resistir a los mensajeros lunares, pero la Princesa le dijo que todas esas medidas para conservarla serían inútiles, y que, cuando su gente llegara, nada podría evitar que llevaran a cabo sus planes. Ni siquiera los hombres del Emperador. Entonces añadió entre lágrimas que le daba mucha pena dejarlos a él y a su esposa, a quienes había aprendido a amar como si fueran sus padres; que, si pudiera, se quedaría con ellos durante su vejez; y que intentaría devolverles todo el amor y la bondad que le habían mostrado durante su vida en la Tierra.

¡Llegó la noche! La amarillenta luna de la cosecha se alzó en el cielo, llenando al adormilado mundo de su luz dorada. El silencio reinaba entre los bosques de pino y bambú, y en el techo, mil hombres esperaban con las flechas prestas.

Entonces la noche se volvió gris conforme se acercaba el alba, y todos confiaron en que el peligro hubiera pasado, en que la Princesa Luz de Luna no tendría que dejarles al final. Entonces, de repente, los vigilantes vieron una nube rodear la Luna, y pudieron ver cómo la nube empezaba a descender hacia la Tierra. Se acercaba cada vez más, y todos vieron con consternación que se dirigía directamente hacia la casa.

En poco tiempo, el cielo se cubrió por completo, hasta que la nube se aposentó, a solo veinte centímetros del suelo. En el centro, flotaba un carro volador, y allí se podía ver a un grupo de seres luminosos. Entre ellos, uno se alzaba con dignidad real, quien bajó del carro. Erguido en el cielo, llamó al anciano para que saliera de la casa.

—Ha llegado el momento de que la Princesa Luz de Luna vuelva a la luna de donde vino. Cometió un grave delito y como castigo se la envió a vivir aquí durante un tiempo. Sabemos el buen cuidado que le habéis dispensado y, para recompensaros, os hemos enviado riqueza y prosperidad en el oro que encontrasteis en los bambúes.

—He criado a la Princesa durante veinte años y nunca ha hecho ninguna maldad, por tanto esta no puede ser la dama que buscáis —respondió el anciano—. Os suplico que busquéis en otra parte.

Entonces el mensajero la llamó con fuerza en la voz:

—Princesa Luz de Luna, salid de este humilde lugar. No permanezcáis aquí ni un momento más.

Ante estas palabras, las pantallas de la habitación de la Princesa se abrieron por sí mismas, revelando su presencia. El resplandor que la rodeaba la mostraba maravillosa y hermosa más allá de todo lo imaginable.

El mensajero se acercó y la llevó hasta el carromato. Ella volvió la mirada y vio con compasión la profunda tristeza del anciano. Le dijo muchas palabras reconfortantes y que no deseaba dejarle y que siempre podría pensar en ella cuando mirase a la Luna.

El cortador de bambú suplicó que le permitieran acompañarla, pero eso no era posible. La Princesa se quitó el recargado kimono exterior y se lo dio como recuerdo.

Uno de los seres lunares poseía una maravillosa armadura con alas, otro, un vial lleno de Elixir de la Vida. Este se lo dio a beber a la Princesa, quien dio un pequeño sorbo con la intención de darle el resto al anciano. Sin embargo, se lo impidieron.

—Esperad un momento —repuso la Princesa mientras intentaban colocarle una túnica con alas—. No debo olvidarme de mi buen amigo el Emperador. Debo al menos escribirle una última vez para despedirme de él mientras conservo la forma humana.

A pesar de la impaciencia de los mensajeros y conductores, les tuvo esperando mientras terminaba la carta. Colocó el vial de Elixir de la Vida junto a la carta y se lo dio al anciano para que se lo llevara al Emperador.



Las pantallas de la habitación de la Princesa se abrieron

Entonces el carro empezó a ascender hacia la luna, y mientras todos observaban con ojos llenos de lágrimas a la Princesa que se alejaba, llegó finalmente el alba. En su rosada luz, el carro lunar y todo lo que había en él

desaparecieron entre las nubes juguetonas que ahora cruzaban el cielo arrulladas por el viento de la mañana.

Llevaron la carta de la Princesa Luz de Luna al palacio. El Emperador temía tocar el Elixir de la Vida, así que lo envió junto a la carta a lo alto de la montaña más sagrada de la Tierra, el monte Fuji, y, allí, los emisarios reales lo quemaron al amanecer. Por eso, todavía hoy, se dice que se puede ver humo partiendo de la cima del monte Fuji hacia las nubes.



Cuanto más miraba el rostro de su hija, más crecía su amor.

El espejo de Matsuyama

Una historia del antiguo Japón

Hace muchos años, en Japón, vivían en la provincia de Echigo, una parte remota de Japón incluso en la actualidad, un hombre y su mujer. Llevaban casados varios años y habían sido bendecidos con una hija pequeña. Era la alegría y el orgullo de sus vidas, y en ella tenían una fuente interminable de felicidad para su vejez.

Los días grabados con letras doradas en sus memorias eran los que habían marcado su crecimiento desde su nacimiento: la visita al templo a los treinta días, con su orgullosa madre llevándola, vestida con un kimono ceremonial, para ponerla bajo la protección del dios de la familia; su primer festival de las muñecas, cuando sus padres le regalaron unas cuantas con sus objetos diminutos y cada año le daban una nueva; y, tal vez la ocasión más importante de todas: su tercer cumpleaños, cuando ataron su primer obi escarlata y dorado alrededor de su diminuta cintura, señal de que había abandonado la infancia y se había convertido en una niña. Cuando cumplió los siete años, y hubo aprendido a hablar y a atenderles de esas pequeñas maneras que tanto afectaban al corazón de sus adorados padres, la copa de su felicidad parecía llena. No podía haber en todo el Imperio una familia más feliz.

Un día, hubo mucha alegría en la casa, pues de repente habían convocado al padre a la capital por negocios. En estos días de ferrocarriles y jinrikisha^[9], y otros rápidos medios de transporte, es difícil percatarse de lo que un viaje de Matsuyama a Kioto suponía. Las carreteras eran duras y malas, y la gente común tenía que andar todo el camino, aunque fueran cientos de kilómetros. Sin duda, en aquellos días era tan difícil ir a la capital como para un japonés actual ir a Europa.

Así que la esposa estaba muy ansiosa mientras ayudaba a su marido a prepararse para el largo viaje, al saber qué tarea tan ardua le esperaba. En

vano deseó acompañarlo, pero la distancia era demasiado grande para una madre y una niña. Además, la tarea de la esposa era ocuparse del hogar.

Cuando por fin estuvo preparado para el viaje, toda la pequeña familia se reunió en el porche.

—No te pongas nerviosa, volveré pronto —dijo el hombre—. Mientras estoy lejos, cuida de todo, en especial de nuestra pequeña hija.

—Sí, nosotros estaremos bien, pero tú debes tener cuidado y no tardar un día más de lo necesario en volver con nosotras —dijo la esposa, mientras las lágrimas caían como lluvia de sus ojos.

La pequeña era la única que sonreía, pues no comprendía la tristeza de la separación, y no sabía que ir a la capital era muy diferente que caminar hasta el pueblo cercano, lo que su padre hacía a menudo. Corrió a su lado y agarró su larga manga para que se detuviera un momento.

—Padre, seré buena mientras espero tu vuelta, así que, por favor, tráeme un regalo.

Cuando el padre se volvió a echar una última mirada a su llorosa esposa y a la sonriente y nerviosa niña, tan difícil le resultaba alejarse que sintió como si alguien tirara de su cabello para que se quedara, pues nunca habían estado separados antes. Pero él sabía que tenía que irse, pues la convocatoria era imperativa. Con mucho esfuerzo, dejó de pensar en ello y se giró con resolución, atravesó rápidamente el pequeño jardín y salió por la puerta. Su esposa, cogiendo a la niña en sus brazos, corrió hasta la puerta y lo vio pasar por la carretera entre los pinos hasta que se perdió en la niebla de la distancia. Lo último que pudo ver fue la punta doblada de su sombrero, que no tardó en desaparecer también.



Lo vieron pasar por la carretera.

—Ahora que Padre se ha ido, tú y yo debemos cuidar de todo hasta que vuelva —dijo la madre mientras volvían a la casa.

—Sí, seré muy buena —dijo la niña, asintiendo—, y cuando Padre vuelva a casa, por favor, dile lo buena que he sido y tal vez así me dé un regalo.

—Seguro que Padre te trae algo que te guste mucho. Lo sé, pues le he pedido que te traiga una muñeca. Debes pensar en tu padre todos los días, y rezar por que tenga un buen viaje hasta que vuelva.

—Oh, sí, cuando vuelva a casa verá lo feliz que soy —dijo la niña, dando palmadas, con el rostro brillante de felicidad. A la madre le pareció que cuanto más tiempo miraba el rostro de la niña, más crecía su amor.

Entonces se puso a trabajar para hacer las ropas de invierno para los tres. Sacó su rueca de madera sencilla y preparó el hilo antes de tejer las cosas. En los intervalos de su trabajo, dirigió los juegos de la pequeña niña y la enseñó a leer las antiguas historias de su país. Así se consoló la esposa

en el trabajo durante los solitarios días de la ausencia de su marido. Mientras el tiempo pasaba rápido en la silenciosa casa, el marido terminó sus negocios y volvió.

El hombre había cambiado tanto durante su viaje, que ni siquiera sus amigos más cercanos lo hubieran reconocido con facilidad. Había viajado día tras día, expuesto a las lluvias y al calor, durante un mes entero, y su piel estaba bronceada por el sol, pero su amada esposa e hija lo reconocieron nada más verlo y corrieron a abrazarlo desde ambos lados, cada una tirando de las mangas para saludarlo con emoción poco contenida. El hombre y su esposa se alegraron de ver que el otro estaba bien. La madre y la hija le ayudaron a desatarse las sandalias de paja, dejó su gran sombrero de ala ancha y se sentó de nuevo entre las dos en el viejo salón familiar que tan vacío había estado en su ausencia.

En cuanto se sentaron en las esterillas blancas, el padre abrió una cesta de bambú que había traído con él, y sacó una hermosa muñeca y una caja lacada llena de pasteles.

—Aquí tienes —le dijo a la pequeña—. Un regalito para ti. Es un premio por cuidar tan bien a tu madre y la casa mientras estaba fuera.

—Gracias —dijo la niña, inclinando la cabeza hasta el suelo, y después puso su mano como si fuera una pequeña hoja de arce, con los dedos ansiosos por tomar una muñeca y la caja. Ambas, al venir de la capital, eran más hermosas que nada que hubiera visto. No había palabras para expresar la felicidad de la pequeña niña, su rostro parecía arder de felicidad y no podía ver ni pensar en otra cosa.

Después, el marido volvió a revolver en la cesta y esta vez sacó una caja de madera cuadrada, cuidadosamente atada con hilo rojo y blanco, y se la dio a su esposa.

—Y esto es para ti.

La esposa tomó la caja y la abrió con cuidado para sacar un disco de metal con asa. Un lado era brillante como un cristal, y el otro lado estaba cubierto de un grabado de pinos y cigüeñas, que había sido tallado en su suave superficie como si fueran reales. Nunca había visto algo así en su vida, pues había nacido y crecido en la provincia rural de Echigo. Miró el disco brillante y se sorprendió al ver su rostro.

—¡Veo a alguien en esta cosa redonda! ¿Qué es lo que me has dado?
El marido se rio.

—Vaya, pues es tu propio rostro. Lo que te he traído se llama espejo y quienquiera que mire en su superficie podrá ver su propio rostro reflejado. Aunque no se puede ver en un sitio tan alejado como este, se han usado en la capital desde tiempos antiguos. Allí, el espejo se considera un objeto necesario para una mujer. Hay un viejo proverbio que dice: «Si la espada es el alma del samurái, el espejo lo es de la mujer», y según la tradición popular, el espejo de una mujer muestra su propio corazón, si lo mantiene limpio y brillante, su corazón es igual de puro y bueno. Es también uno de los tesoros que forman las joyas del emperador. Debes guardar con cuidado tu espejo y usarlo con amor.

La esposa escuchó a su marido y se alegró de aprender tantas cosas que desconocía. Y le gustó aún más el precioso regalo, un símbolo de su amor mientras había estado lejos.

—Si el espejo simboliza mi alma, sin duda lo atesoraré como una posesión valiosa y nunca lo usaré descuidadamente —dijo. Lo levantó hasta su frente, para agradecer el regalo y después lo guardó en la caja y se lo llevó.

La esposa vio que su marido estaba muy cansado y se puso a servir la cena y a preparar todo para que estuviera cómodo. La pequeña familia pensó que no había conocido la verdadera felicidad antes; así de alegres estaban de volver a estar juntos, y esa noche el padre contó muchas anécdotas de su viaje y de todo lo que había visto en la capital.

Pasó el tiempo en la tranquila casa, y los padres vieron que sus deseos más profundos tomaron forma conforme su hija creció desde la infancia hasta ser una bella joven de dieciséis años. La habían criado con incesante amor y cuidado como si fueran dueños de una gema de incalculable valor. Y ahora su esfuerzo recibía una recompensa doble. Qué calma era para su madre que fuera por la casa ocupándose de las tareas, y cuán orgulloso estaba su padre de ella, pues le recordaba a su esposa cuando la vio por primera vez.

Pero, por supuesto, en este mundo nada dura para siempre. Ni siquiera la luna tiene una forma perfecta, sino que pierde su redondez con el tiempo

y las flores crecen y se marchitan. Así, la felicidad de la familia se rompió debido a una gran desgracia: la buena y gentil mujer y madre cayó enferma un día.

En los primeros días de su enfermedad, el padre y su hija pensaron que era solo un catarro y no se preocuparon demasiado. Pero los días pasaron y la madre no mejoró, sino que empeoró y el doctor estaba asombrado, pues a pesar de todo lo que hacía la pobre mujer se debilitaba cada día. El padre y la hija estaban desconsolados por la pena, y día y noche pasaban al lado de la madre. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, la vida de la mujer no pudo salvarse.

Un día, mientras la chica estaba sentada en la cama de su madre, intentando ocultar con una alegre sonrisa la preocupación que le reconcomía el corazón, la madre se levantó y tomó su mano, y la miró directa y amorosamente a los ojos. Su respiración era trabajosa y habló con dificultad.

—Hija mía. Estoy segura de que nada puede salvarme ahora. Cuando muera, prométeme que cuidarás a tu amado padre e intentarás ser una buena y trabajadora mujer.

—Oh, madre —dijo la chica mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. No debes decir esas cosas. Todo lo que tienes que hacer es apresurarte a ponerte bien, eso será lo que más felices nos hará a Padre y a mí.

—Sí, lo sé, y es una alegría para mí ver en mis últimos días cómo deseáis que mejore, pero no va a suceder. No te entristezcas tanto, pues era mi destino desde mi estado anterior de existencia que moriría en esta vida justo en este momento; al saberlo, me he resignado a mi destino. Ahora te daré algo para que me recuerdes estés donde estés cuando muera.



La madre se incorporó y tomó la mano de su hija.

Sacó la mano y sacó de un lado de la almohada una caja cuadrada de madera atada con una cuerda de seda borlada. Tras deshacer los nudos con cuidado, sacó el espejo que su marido le había regalado años antes.

—Cuando eras pequeña, tu padre fue a la capital y me trajo como regalo este tesoro: es un espejo. Esto es lo que te doy antes de morir. Si, cuando haya dejado de estar en esta vida, te sientes sola y deseas verme, saca este espejo y en su clara y brillante superficie siempre me verás, así podrás encontrarte conmigo a menudo y contarme las penas que te aquejen, y, aunque no seré capaz de hablar, te entenderé y te compadeceré, pase lo que pase. —Con estas últimas palabras, la mujer moribunda le dio el espejo a su hija.

La mente de la buena madre pareció quedarse en calma, y volvió a hundirse en el lecho. Sin decir ni una palabra más, su espíritu pasó tranquilo al Otro Mundo ese mismo día.

La hija y el padre estaban desolados y confusos, y se abandonaron a su amarga pena. Sentían que era imposible olvidar a la amada mujer que hasta

ese momento había llenado sus vidas y enterrar su cuerpo sin más. Pero ese estallido inevitable de lamentaciones pasó, y a pesar de estar conmocionados por la resignación, recuperaron el control de su corazón. Aun así, a la hija le parecía que su vida había quedado desolada. El amor que sentía por su madre no disminuyó con el tiempo, y tanto quería recordarla, que todo en su vida diaria, hasta la lluvia y el viento, le recordaban la muerte de su madre y todo lo que habían amado y compartido juntas. Un día, mientras su padre estaba fuera, y ella estaba haciendo las tareas de la casa sola, su soledad y su pena la abrumaron. Se tiró al suelo de la habitación de su madre y lloró como si su corazón se hubiera roto. Pobre niña, pues solo ansiaba un vistazo del rostro amado, el sonido de su voz llamándola, o el olvido momentáneo del doloroso vacío de su corazón. De repente, se irguió. Por fin se acordó de las últimas palabras de su madre.



En el espejo vio reflejada la cara de su madre.

—¡Oh! Mi madre me dijo cuando me dio el espejo como regalo de despedida, que cuando mirara en él podría verla. Casi me había olvidado de

sus últimas palabras, ¡qué estúpida soy! ¡Tomaré el espejo y veré si es posible!

Se secó rápido los ojos y se acercó al armario donde había guardado la caja que contenía el espejo. Su corazón latía con fuerza por la expectación al levantar el espejo y mirar en su cara pulida. ¡Sorprendente, las palabras de su madre eran verdaderas! «Sabe cuán miserable me siento y ha venido a reconfortarme. Cuando quiera verla, se encontrará conmigo pronto, ¡qué agradecida estoy!», se asombró la chica.

Y, desde entonces, el peso de la lástima que había en su corazón se aligeró en gran medida. Todas las mañanas, para conseguir fuerza para los trabajos que el día ponía ante ella, y todas las noches, para consolarse antes de irse a descansar, la joven sacaba el espejo y miraba su reflejo que, con la sencillez de su inocente corazón, creía que era el alma de su madre. Cada día se parecía más a su madre muerta, y era gentil y amable con todos, una buena hija para su padre.

Pasó un año de luto así en la pequeña casa, cuando, por recomendación de sus conocidos, el hombre volvió a casarse, y la hija se vio ahora bajo la autoridad de una madrastra. Era una posición difícil, pero los días que pasó recordando a su amada madre y al querer ser lo que su madre quería que fuera, hicieron a la joven dócil y paciente y ahora estaba decidida a ser una buena hija para la esposa de su padre en todos los aspectos. Todo iba bien aparentemente en la familia. Durante algún tiempo, bajo el nuevo régimen, no hubo ningún torbellino ni olas de desacuerdo que enturbiasen la superficie de la vida diaria, y el padre estaba feliz.

Pero la mujer corre el peligro de ser cruel y envidiosa, y así son las madrastras proverbialmente en todo el mundo, y las primeras sonrisas que mostró no llegaban a sus ojos. Conforme los días y las semanas se convirtieron en meses, la madrastra empezó a ser cruel con la huérfana, e intentó posicionarse entre el padre y la niña.

Algunas veces se acercaba a su marido y se quejaba del comportamiento de su hijastra, pero el padre sabía que esto era lo esperable, no se fijó en sus quejas con mala intención. En vez de disminuir el afecto hacia su hija, como la mujer deseaba, sus gruñidos solo le hacían quererla más. La mujer pronto vio que él empezaba a mostrar más preocupación por su solitaria

niña que antes. Esto no le gustó nada, y empezó a devanarse los sesos pensando cómo podría, de cualquier forma, echar a la hijastra de la casa. Así de podrido tenía el corazón.

Vigiló a la chica con cuidado, y, mirando un día en su habitación de buena mañana, pensó que había descubierto un pecado suficientemente grave como para acusar a la niña ante su padre. La propia mujer estaba un poco asustada por lo que había visto.

Entonces fue a su marido, y, limpiándose unas lágrimas falsas, le dijo con voz triste:

—Por favor, permíteme abandonaros hoy.

El hombre se quedó anonadado por lo repentino de su petición y le preguntó cuál era el problema.

—¿Qué encuentras tan horrible en mi casa —preguntó— como para querer irte sin demora?

—¡No! ¡No! No tiene nada que ver contigo, incluso en mis sueños, nunca hubiera pensado que desearía dejar tu vera, pero si sigo viviendo aquí, temo perder la vida. ¡Así que creo que lo mejor para todos es que me dejes volver al hogar de mi padre!

Y la mujer empezó a llorar de nuevo. Su marido, preocupado al verla tan infeliz, y pensando que no podía haberla oído bien, dijo:

—¡Qué quieres decir! ¿Cómo va a estar tu vida en peligro aquí?

—Ya que me lo preguntas, te lo diré. Tu hija me odia. Durante un tiempo, se ha encerrado en su habitación por las mañanas y por las noches, y al mirar al pasar, estoy convencida de que ha hecho una imagen mía y está intentando matarme por medio de artes mágicas, maldiciéndome todos los días. No estoy segura aquí. Sin duda, tengo que irme. No podemos vivir más bajo el mismo techo.

El marido escuchó la horrible historia, pero no podía creer que su gentil hija fuera capaz de tamaña maldad. Sabía que por superstición popular, la gente creía que una persona podía causar la muerte poco a poco a otra al hacer una imagen de la persona odiada y maldecirla todos los días, pero ¿dónde había adquirido ese conocimiento su joven hija? Eso era imposible.

Aunque recordaba haberse dado cuenta de que su hija pasaba mucho tiempo en su habitación en los últimos tiempos, y se mantenía alejada del

resto, incluso cuando los visitantes iban a casa. Al unir esto a la alarma de su esposa, pensó que podía haber algo importante en la extraña historia.

Su corazón estaba dividido entre dudar de su esposa y confiar en su hija, y no sabía qué hacer. Decidió ir a ver a su hija al momento para descubrir la verdad. Reconfortó a su esposa, le aseguró que sus miedos eran infundados y se dirigió en silencio a la habitación de su hija.

La chica llevaba mucho tiempo siendo infeliz. Había intentado ser amable y obediente para mostrar su buena voluntad y complacer a la nueva esposa, así como para romper esa muralla de prejuicios que ella sabía era inevitable entre padrastros e hijastros. Pero pronto descubrió que sus esfuerzos eran en vano. La madrastra nunca confió en ella, y parecía malinterpretar todas sus acciones, y la pobre chica sabía muy bien que a menudo le iba con mentiras y cuentos a su padre. No podía evitar comparar su presente infeliz con el tiempo en que su madre estaba viva hacía apenas un año. ¡Qué cambio tan grande en tan corto tiempo! Por la mañana y por la noche lloraba por la nostalgia. Cuando podía, se iba a su habitación y cerrando las pantallas, sacaba el espejo y miraba, según pensaba, el rostro de su madre. Era su única alegría en esos días aciagos.

Su padre la encontró así ocupada. Apartó el fusama y la vio inclinada sobre algo con mucho interés. Miró por encima de su hombro, para ver quién había entrado en la habitación y se sorprendió al ver a su padre, pues generalmente la mandaba llamar cuando quería verla. Estaba confusa por que la hubiera encontrado mirando el espejo, pues no le había hablado a nadie de la última promesa de su madre, sino que lo había mantenido oculto en su corazón. Así que antes de girarse hacia su padre, lo deslizó dentro su larga manga. Su padre notó su confusión y que había ocultado algo.

—Hija, ¿qué estás haciendo? —le dijo con severidad—. ¿Y qué es eso que llevas oculto en la manga?

La chica se asustó ante la severidad de su padre. Nunca le había hablado con ese tono. Su confusión se convirtió en aprensión, su color, de escarlata a blanco. Se sentó atontada y avergonzada, incapaz de responder.

Las apariencias estaban, sin duda, en su contra, la joven parecía culpable y su padre pensó que tal vez su esposa le había dicho la verdad.

—Entonces, ¿es verdad que estás realizando una maldición todos los días contra tu madrastra, y que rezas por su muerte? —le dijo enfadado—. ¿Has olvidado lo que te he dicho? ¿Qué aunque fuera tu madrastra tenías que ser obediente y leal con ella? ¿Qué espíritu malvado se ha apoderado de tu corazón para que seas tan cruel? ¡Sin duda has cambiado, hija mía! ¿Qué te ha hecho desobediente y desleal?

Y los ojos del padre se llenaron repentinamente de lágrimas al pensar que había fallado al criar a su hija.

Ella, por su parte, no sabía a qué se refería, pues nunca había oído hablar de esa superstición. Pero vio que debía hablar y aclarar las cosas cuanto antes. Amaba a su padre con todo su corazón, y no podía soportar que estuviera enfadado. Le puso una mano en la rodilla.

—¡Padre! ¡Padre! No digas esas cosas. Soy todavía tu niña obediente. Por supuesto que lo soy. Por estúpida que sea, nunca sería capaz de maldecir a nadie que te perteneciera, mucho menos rezaría por la muerte de alguien a quien ames. Sin duda alguien te ha estado contando mentiras, y estás confuso, no sabes lo que dices, o algún espíritu malvado ha tomado posesión de tu corazón. Pues yo no entiendo, no, ni siquiera una gota, esa maldad de la que me acusas.

Pero el padre recordó que había escondido algo cuando entró en la habitación e incluso su sincera protesta no le satisfizo. Quería librarse de las dudas para siempre.

—Entonces, ¿por qué siempre estás sola en tu habitación estos días? Y dime qué has escondido en tu manga. Enséñamelo.

Entonces, la hija, aunque no quería confesar cómo adoraba la memoria de su madre, vio que debía decírselo a su padre para poder limpiar su nombre. Así que sacó el espejo de su larga manga, y lo puso ante él.

—Esto —dijo— era lo que estaba mirando ahora mismo.

—Vaya —dijo sorprendido—. ¡Este es el espejo que traje como regalo a tu madre cuando fui a la capital hace muchos años! ¿Y lo has guardado todo este tiempo? Entonces, ¿por qué pasas tanto tiempo delante del espejo?

Entonces le dijo las últimas palabras de su madre y cómo había prometido ver a su hija cuando ella mirara en el espejo. Pero su padre no

podía entender la simplicidad de su hija al no saber que lo que veía reflejado en el espejo era en realidad su propio rostro y no el de su madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. No entiendo cómo puedes ver el alma de tu madre perdida al mirar el espejo.

—Pero es cierto —dijo ella—, y si no me crees, mira tú mismo. —Y puso el espejo ante ella. Allí, mirando desde el otro lado del espejo, estaba su propio rostro dulce. Señaló el reflejo con seriedad—: ¿Todavía dudas de mí? —le preguntó con emoción, mirándolo a la cara.

Con una exclamación de repentina comprensión, el padre dio una palmada con fuerza.

—¡Qué estúpido soy! Por fin lo entiendo. Tú y tu madre sois como dos gotas de agua, por eso al mirar el reflejo de tu rostro todo este tiempo, pensabas que estabas cara a cara con ella. Eres sin duda una niña leal. Parecería una cosa estúpida que hacer, pero no es así, muestra cuán profunda es tu piedad filial y cómo de inocente es tu corazón. Vivir acordándote siempre de tu madre, te ha ayudado a crecer a su imagen y semejanza. Qué inteligente por su parte decirte eso. Te admiro y te respeto, hija mía, y me avergüenza pensar que por un instante creí a tu suspicaz madrastra y sospeché que hacías el mal, y venía con la intención de regañarte con severidad, mientras que todo este tiempo tú has sido sincera y bondadosa. Ante ti, no me queda honor alguno, y te suplico que me perdones.

Y su padre se echó a llorar. Pensó cuán solitaria debía sentirse la pobre chica, y todo lo que debía haber sufrido a manos de su madrastra. Su hija mantuvo con orgullo su fe y su sencillez en mitad de circunstancias tan adversas, soportando todos sus problemas con amabilidad y paciencia; la comparó con el loto cuyas hojas de belleza sin par crecen del limo y del barro de pozas y charcas, emblema adecuado para el corazón que se mantiene libre de mácula alguna al pasar por el mundo.

La madrastra, ansiosa de saber lo que ocurría, había estado todo el tiempo de pie fuera de la habitación. Se acercó lentamente y abrió poco a poco la pantalla hasta que pudo ver todo lo que pasaba. En ese momento, entró de repente en la habitación y se tiró al suelo, poniendo la cabeza entre los brazos extendidos ante su hijastra.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —exclamó con la voz rota—. No sabía qué hija tan bondadosa eras. No es culpa tuya, pero con el corazón celoso de una madrastra, te he odiado todo este tiempo. Al sentirme así, era natural que pensara que el sentimiento era recíproco, por eso cuando vi que ibas tantas veces a la habitación te seguí, y cuando te vi mirar todos los días al espejo durante largos intervalos, decidí que habías descubierto cuánto te odiaba y que buscabas venganza quitándome la vida por medio de artes mágicas. Mientras viva no olvidaré el mal que te he ocasionado al juzgarte tan mal, y al hacer que tu padre sospechara de ti. Desde ahora, olvidaré mi viejo y malvado corazón y pondré en su lugar uno nuevo, limpio y lleno de arrepentimiento. Pensaré en ti como si fueras mi propia hija. Te amaré y te cuidaré con todo mi corazón, para liberarte de esa infelicidad que te he causado. Por tanto, olvida todo lo que ha ocurrido y otórgame, te suplico, algo de ese amor filial que hasta ahora has reservado para tu difunta madre.

Así se humilló la cruel madrastra y pidió el perdón a la chica que tan mal había tratado.

Tal era la dulzura de la disposición de la chica que perdonó sin dudarle a su madrastra, y nunca tuvo ni un momento de malicia ni resentimiento hacia ella después. El padre vio en el rostro de la esposa que estaba verdaderamente arrepentida del pasado, y se sintió muy aliviado de ver que ese terrible malentendido desaparecía de la memoria de ambas.

Desde entonces, los tres vivieron felices como peces en el agua. Ningún problema oscureció de nuevo el hogar, y la joven olvidó poco a poco ese año de infelicidad envuelta en el amor dulce y el cariño que su madrastra ahora le dedicaba. Su paciencia y su bondad fueron recompensadas al final.

La historia del hombre que no quería morir

Hace mucho, mucho tiempo, vivía un hombre a quien llamaban Sentarō. Su apellido significaba «Millonario», pero, aunque no era tan rico como para merecerlo, estaba lejos de ser pobre. Había heredado una pequeña fortuna de su padre y vivía de ello, pasando el tiempo sin preocupaciones, sin pensar en ningún momento en trabajar, hasta que tuvo treinta y dos años.

Un día, sin ninguna razón aparente, el pensamiento de la muerte y la enfermedad le asaltó. La idea de caer enfermo o morir lo molestaba mucho.

—Me gustaría vivir —se dijo— hasta los quinientos o seiscientos años al menos, libre de toda enfermedad. La duración habitual de la vida de un hombre es muy corta.

Se preguntó si sería posible, viviendo sencilla y frugalmente a partir de aquel momento, prolongar su vida hasta ese punto.

Sabía que había mucha gente en las antiguas historias de los emperadores que había vivido mil años. Además, de una princesa de Yamato se decía que alcanzó los quinientos años. Esa era la última historia reconocida de una vida especialmente larga.

Sentarō había oído a veces la historia del rey Shin no Shiko. Fue uno de los gobernantes más hábiles y poderosos de la historia china. Construyó todos los grandes palacios y la famosa Gran Muralla China. Consiguió todo lo que pudo querer del mundo, pero a pesar de toda su felicidad, sus lujos y el esplendor de su corte, la sabiduría de sus consejeros y la gloria de su reino, era miserable porque sabía que un día iba a morir y a perderlo todo.

Cuando Shin no Shiko se iba a la cama por la noche, cuando se levantaba por la mañana, y conforme pasaba el día, el pensamiento de la

muerte siempre lo acompañaba. No podía librarse de él. Ah, si solo pudiera encontrar el Elixir de la Vida, sería feliz.

Al final, el emperador convocó una reunión de sus cortesanos y les preguntó si no podrían encontrarle el Elixir de la Vida, del que tanto había leído y escuchado.

Un viejo cortesano, llamado Jofuku, dijo que más allá de los mares había un país llamado Horaizan, y que ciertos ermitaños que vivían allí poseían el secreto del Elixir de la Vida. Quien bebiera tan maravilloso líquido viviría para siempre.

El emperador ordenó a Jofuku partir hacia la tierra de Horaizan, encontrar a los ermitaños y traerle un vial del mágico elixir. Le dio uno de sus mejores juncos, lo preparó todo para él y lo cargó con grandes cantidades de tesoros y piedras preciosas para llevar como regalo a los ermitaños.

Jofuku partió hacia allí, pero nunca volvió a ver al emperador. Desde entonces, se dice que el monte Fuji es el fabuloso Horaizan y por tanto la casa de los ermitaños que poseían el secreto del elixir. Jofuku se convirtió en el protector de sus secretos y su divino patrón dentro del Shinto.

Sentarō se decidió a partir en busca de los ermitaños y, si podía, convertirse en uno de ellos, para poder obtener el agua de la perpetua vida. Recordó que, de niño, le habían dicho que esos ermitaños no solo vivían en el monte Fuji sino que vivían en todos los grandes picos.

Así que dejó su vieja casa al cuidado de sus familiares, y empezó su viaje. Atravesó todas las regiones montañosas del país, escalando hasta las cumbres de los picos más altos, pero nunca consiguió encontrar ningún ermitaño.

Al final, después de vagar por una región desconocida muchos días, conoció a un cazador.

—¿Puedes decirme —preguntó Sentarō— dónde viven los ermitaños que poseen el secreto del Elixir de la Vida?

—No —dijo el cazador—. No sé decirte dónde viven, pero hay un notorio ladrón por esta zona. Se dice que lidera una banda de doscientos hombres.

La extraña respuesta irritó mucho a Sentarō, y pensó cuán estúpido era perder el tiempo buscando así a los ermitaños, así que decidió ir al altar de Jofuku, que era adorado como el patrón de los ermitaños del sur de Japón.

Sentarō se acercó al altar y rezó durante siete días, pidiendo a Jofuku que lo guiara hasta un ermitaño que pudiera darle lo que él tanto quería.

A medianoche del séptimo día, mientras Sentarō se arrodillaba en el templo, la puerta del sancta sanctorum se abrió de repente y apareció Jofuku en una nube luminosa, y pidió a Sentarō que se acercara.

—Tu deseo es muy egoísta y no te lo puedo conceder con facilidad. Piensas que te gustaría convertirte en un ermitaño para encontrar el Elixir de la Vida. ¿Sabes cuán dura es la vida de uno? Solo se les permite comer frutas y moras, y la corteza de los pinos; un ermitaño debe alejarse del mundo para que su corazón sea tan puro como el oro y esté libre de todo deseo terrenal. Poco a poco, después de seguir estas estrictas reglas, el ermitaño deja de sentir hambre, frío o calor, y su cuerpo se vuelve tan ligero que puede montar en un cuervo o en una carpa, y puede caminar sobre el agua sin sentir los pies mojarse.

»Tú, Sentarō, gustas de la buena vida y de todas las comodidades. No eres ni siquiera como un hombre común, pues eres especialmente vago, y más sensible al calor y al frío que la mayoría de la gente. ¡Nunca podrías ir descalzo o vestirse solo con un fino vestido en invierno! ¿Crees que tendrías la paciencia o la resistencia para llevar la vida de un ermitaño?

»Como respuesta a tus plegarias, sin embargo, te ayudaré a encontrar otro camino. Te mandaré al país de la Vida Eterna, donde la muerte nunca llega, ¡donde la gente vive para siempre!

Tras decir esto, Jofuku puso en la mano de Sentarō una pequeña grulla hecha de papel, diciéndole que se sentara en su lomo y lo llevaría allí. Sentarō obedeció, admirado. La grulla creció lo suficiente para montarla cómodamente. Después extendió las alas, se alzó en el aire y voló sobre las montañas directamente hacia el mar.



La grulla voló hacia el mar

Al principio, Sentarō se asustó, pero, poco a poco, se acostumbró al ligero vuelo por el aire. Y así siguieron durante miles de kilómetros. El pájaro no descansó ni comió, pues al ser de papel ningún sustento necesitaba y, lo que era más extraño, tampoco Sentarō lo necesitó.

Después de unos cuantos días, llegó a la isla. La grulla voló sobre la tierra y después aterrizó.

Cuando Sentarō se bajó del lomo del pájaro, la grulla se dobló por su propia cuenta y se metió en su bolsillo.

Sentarō empezó a mirar a su alrededor, sorprendido; tenía curiosidad de ver cómo era el país de la Vida Eterna. Dio un paseo primero por el campo y luego a través del pueblo. Todo era, por supuesto, bastante extraño,

diferente de su propia tierra. Pero tanto el lugar como la gente parecían prósperos, así que decidió que sería bueno para él quedarse allí y asentarse en uno de los hoteles.

El propietario era un hombre amable y, cuando Sentarō dijo que era un forastero pero que quería vivir allí, le prometió arreglar un encuentro con el gobernador de la ciudad. Incluso encontró una casa para su invitado. Así, Sentarō obtuvo su gran deseo y se convirtió en residente del país de la Vida Eterna.

Por lo que recordaban los isleños, ningún hombre había muerto allí, y las enfermedades eran algo desconocido. Los sacerdotes habían llegado allí desde India y China y les hablaron de un bello país llamado Paraíso, donde la felicidad, la dicha y la alegría llenaban los corazones de los hombres, pero sus puertas solo podían alcanzarse mediante la muerte. La tradición se perdía en los albores del tiempo y nadie sabía exactamente qué era la muerte, excepto que llevaba a Paraíso.

A diferencia de Sentarō y del resto de gente ordinaria, en lugar de tener verdadero temor de la muerte, todos, tanto ricos como pobres, lo veían como algo bueno y deseable. Estaban cansados de sus largas, largas vidas y deseaban ir a la feliz tierra de la alegría llamada Paraíso de la que les hablaron los sacerdotes siglos antes.

Todo esto descubrió Sentarō al hablar con los isleños. Pensó que debía encontrarse en la Tierra al Revés, porque nada tenía sentido. Todo funcionaba al revés. Había deseado escapar de la muerte, para ello, se había ido a la tierra de la Vida Eterna con alegría y felicidad. Y ahora lo mortificaba ver que sus habitantes, malditos con la eternidad, considerarían una bendición encontrar la muerte.

Lo venenoso en el mundo normal, esa gente lo comía como si fuera buena comida, y todas las delicias que había apreciado en su antigua vida las rechazaban. Cuando los mercaderes de otros países llegaban, los ricos se acercaban en busca de venenos. Se los bebían con fruición, esperando que la muerte llegara para poder ir a Paraíso.

Pero lo que eran venenos mortales en otras tierras no tenían efecto en este lugar tan extraño, y la gente se los bebía con la esperanza de morir, solo para descubrir que al poco tiempo se sentían mejor en vez de peor.

En vano, trataban de imaginar cómo podía ser la muerte. Los ricos hubieran dado todo su dinero y sus bienes solo para acortar las vidas en doscientos o trescientos años. Para todas estas personas, vivir para siempre solo daba más posibilidades de sentirse triste y cansado.

En las farmacias, había un medicamento que siempre tenía mucha demanda, pues después de usarlo durante cien años, se suponía que hacía que el pelo se volviera gris y ponía mal del estómago al paciente.

Sentarō vio sorprendido cómo servían el venenoso pez globo en restaurantes como un plato maravilloso, y los tenderos de las calles vendían salsas hechas de moscas españolas. Nunca vio a nadie enfermar por comer esas horribles cosas, ni siquiera se acatarraban.

Sentarō estaba feliz. Se dijo que nunca se cansaría de vivir, y que consideraría profano desear la muerte. Se dijo que era el único hombre feliz en la isla. Por su parte, él deseaba vivir miles de años y disfrutar de la vida. Puso un negocio y ni se le pasó por la cabeza volver a su tierra de origen.

Conforme pasaron los años, sin embargo, las cosas no fueron tan sencillas como al principio. Tuvo graves pérdidas en sus negocios y varias veces hubo asuntos complicados con sus vecinos. Por ello, se sintió incómodo.

El tiempo pasaba como el vuelo de una flecha para él, pues estaba ocupado desde la mañana hasta la noche. Trescientos años pasaron de esta forma monótona, y al final empezó a estar cansado de la vida en ese país, y deseaba ver su propia tierra y su vieja casa. Viviera cuanto viviera, todo sería lo mismo, así que, ¿no sería estúpido y agotador quedarse allí para siempre?

Sentarō, con su deseo de escapar del país de la Vida Eterna, recordó a Jofuku, que lo había ayudado cuando deseaba escapar de la muerte, y le pidió que lo devolviera a su propia tierra.

En cuanto lo hizo, la grulla de papel salió de su bolsillo. Sentarō se sorprendió de que no hubiera sufrido ningún daño en todos aquellos siglos. Una vez más, el pájaro creció y creció hasta que volvió a ser lo suficientemente grande para que se montara sobre él. Cuando lo hizo, la grulla extendió sus alas y volaron. Atravesó rápidamente el mar en dirección a Japón.

Sin embargo, tal es la naturaleza del hombre que no pudo evitar mirar atrás y arrepentirse de todo lo que había dejado detrás. Intentó detener al pájaro en vano. La grulla mantuvo su camino durante miles de kilómetros a través del océano.



Llamó con fuerza a Jofuku para que lo salvara

Entonces llegó una tormenta, y la maravillosa grulla de papel se empapó, se arrugó y cayó al mar. Sentarō fue con ella. Muy asustado ante la idea de ahogarse, llamó con fuerza a Jofuku para que lo salvara. Miró a todas partes, pero no había ningún barco a la vista. No pudo evitar que entrara una gran cantidad de agua en su garganta, lo que no hizo más que empeorar las cosas. Mientras estaba luchando para mantenerse a flote, vio al monstruoso tiburón que nadaba hacia él. Conforme se acercaba, abrió su enorme boca, listo para devorarlo. Sentarō se quedó paralizado del miedo, ahora que sentía su fin tan cercano, y volvió a gritar con todas sus fuerzas para que Jofuku se acercara y lo rescatara.

Asombraos pues, ya que Sentarō se despertó por sus propios gritos, para descubrir que durante su larga plegaria se había quedado dormido ante el

altar y que sus extraordinarias y aterradoras aventuras habían sido un sueño tenebroso. Sentía el frío sudor caer por el miedo y la confusión.

De repente, una brillante luz se le acercó y allí se encontraba un mensajero. Este sostenía un libro en las manos.

—Me envía Jofuku quien, en respuesta a tus plegarias, te ha permitido ver en un sueño la tierra de la Vida Eterna. Pero te aburríste de vivir allí y suplicaste que te permitiera volver a tu tierra y morir. Jofuku, para poder probarte, permitió que cayeras al mar, y después envió a un tiburón para que te comiera. Pero tu deseo de morir no era real, pues incluso en aquel momento gritaste y pediste ayuda con todas tus fuerzas.

»Es en vano que desees, por tanto, convertirte en un ermitaño, o encontrar el Elixir de la Vida. Esas cosas no son para la gente como tú, tu vida no es lo suficientemente austera. Es mejor que vuelvas a tu casa y vivas una vida larga y provechosa. Recuerda siempre los aniversarios de tus ancestros y asegura el futuro de tus hijos. Así vivirás una vida larga y feliz, pero abandona el vano deseo de escapar a la muerte, pues ningún hombre puede hacerlo. Ya debes haber descubierto, además, que, incluso cuando se consiguen, los deseos egoístas no traen la felicidad.

»En este libro que te doy hay muchos preceptos que deberías conocer. Estúdialos, para que te guíen de la mejor manera posible.

El ángel desapareció en cuanto terminó de hablar, y Sentarō se tomó en serio el mensaje. Con el libro en la mano, volvió a su antigua casa y abandonó todos sus deseos vanos, intentó vivir una vida buena y útil y siguió las lecciones del libro, y así él y su linaje prosperaron desde entonces.

La historia de Urashima Tarō, el joven pescador

Hace mucho, mucho tiempo, vivía, en la provincia de Tango, en la costa de Japón, en la pequeña aldea de pescadores de Mizu-no-ye, un joven pescador llamado Urashima Tarō. Su padre había sido pescador antes que él, y el joven había heredado el doble de su habilidad, pues era el mejor pescador del lugar. Podía capturar más bonito y besugo en un día que sus compañeros en una semana.

Pero en la pequeña aldea de pescadores lo conocían más por su buen corazón que por su habilidad de pescador. En toda su vida, nunca había causado daño a ninguna criatura, ni grande ni pequeña. De niño, sus compañeros se habían reído de él siempre, pues nunca se unía a ellos en molestar a animales, sino que intentaba apartarlos de tan cruel práctica.

Un suave ocaso de verano, estaba volviendo a casa al final de un día de pesca cuando se encontró con un grupo de niños. Gritaban con todas sus fuerzas y parecían estar muy nerviosos por algo. Al acercarse para ver qué sucedía, se encontró con que estaban atormentando a una tortuga. Primero un chico tiraba de ella en una dirección, luego otro en otra, mientras un tercero la golpeaba con un palo y el cuarto se subía encima de su concha y la intentaba romper con una piedra.

Urashima sintió mucha pena por la pobre tortuga y decidió rescatarla.

—¡Ey, chavales, estáis tratando tan mal a la pobre tortuga que pronto morirá! —dijo a los niños.

Los niños, que tenían esa edad a la que parecen disfrutar siendo crueles con los animales, no dieron importancia a la amable regañina de Urashima, sino que siguieron molestando al animal como antes. Pese a que lo ignoraban, decidió persuadirles para que le dieran la tortuga.

—¡Estoy seguro de que sois chicos de buen corazón! —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué no me dejáis a mí la tortuga? ¡Me gustaría tanto tener una!

—No, no te la vamos a dar —dijo uno de los niños—. ¿Por qué íbamos a hacerlo? La hemos capturado nosotros.

—Lo que dices es cierto —dijo Urashima—, pero no te estoy diciendo que me la deis por nada. Os daré algo de dinero a cambio. En otras palabras, os la compraré. ¿Qué os parece, chavales? —Levantó el dinero, que eran unas monedas que tintineaban atadas a un cordel—. Mirad, chicos, con este dinero podréis comprar lo que queráis. Podéis hacer muchas más cosas con él de las que podéis hacer con la pobre tortuga. ¡Qué buenos chicos! ¡Cuánto caso me hacéis!

Los niños no eran malvados, sino solo traviosos. Se rindieron ante la amable sonrisa y las tiernas palabras de Urashima. Poco a poco, se acercaron todos a él, con el líder de la pequeña banda sosteniendo la tortuga.

—¡Muy bien, señor, te daremos la tortuga si nos das el dinero! —Y Urashima dio el dinero a los chicos, que, gritándose, se separaron y desaparecieron de su vista.

Entonces, Urashima acarició la espalda de la tortuga mientras decía:

—¡Oh, pobrecita! ¡Pobre mía! ¡Venga, venga! ¡Ya estás a salvo! Dicen que la cigüeña vive mil años, pero la tortuga alcanza los diez mil. Tienes la vida más larga del mundo, y por poco la terminan esos niños crueles. Por suerte pasaba por aquí y te salvé, así que sigues viva. Ahora voy a llevarte a casa, al mar. ¡Que no te capturen de nuevo, porque puede que entonces no haya nadie para salvarte!

Mientras hablaba, el amable pescador caminaba hacia la playa sobre las rocas. Entonces, puso a la tortuga en el agua y vio cómo se alejaba y desaparecía. Después, volvió a casa, pues estaba cansado y ya se había puesto el sol.

A la mañana siguiente, Urashima partió en su bote como siempre. Hacía buen tiempo, y el mar y el cielo brillaban azules en la suave luz de la mañana de verano. Urashima se subió a la barca y soñadoramente la sacó al mar, mientras dejaba puesta la caña. Pronto pasó al resto de pescadores y

los dejó atrás hasta que se perdieron en el horizonte. Su barca seguía avanzando sobre las azules aguas del mar. Por algún motivo que desconocía, se sentía especialmente feliz esa mañana, y no pudo evitar desear que, como la tortuga a la que había liberado el día anterior, él pudiera vivir miles de años en lugar de su corta vida como humano.

De repente, una voz que gritaba su nombre lo sacó de su ensoñación.

—¡Urashima, Urashima!

Clara como una campana y suave como el viento de verano, la voz flotaba sobre el mar.

Se levantó y miró en todas direcciones, pensando que algún bote se le habría acercado, pero por más que miraba, en la vasta extensión de agua no había señal de ninguno, así que la voz no podía ser humana.

Sorprendido, y preguntándose quién o qué lo estaba llamando con tanta claridad, miró por todas partes, y vio que sin que él se hubiera dado cuenta, una tortuga se había puesto al lado del bote. Urashima se percató con sorpresa de que era la misma tortuga que había salvado el día anterior.

—Vaya, señora Tortuga —dijo Urashima—, ¿ha dicho mi nombre hace un momento?

La tortuga asintió varias veces.

—Sí, fui yo. Ayer, su amable corazón salvó mi vida, y he venido a ofreceros mi agradecimiento y a expresaros cuán importante fue su amabilidad para mí.

—Vaya —dijo Urashima—, qué educado por su parte. Suba a la barca. Le ofrecería un cigarro, pero como es usted una tortuga, supongo que no fumará. —Se rio de su propio chiste.

—¡Je, je, je! —rio la tortuga—. El sake es mi bebida favorita, pero no me gusta el tabaco.

—Vaya —dijo Urashima—, lamento no tener sake que ofrecerle en mi barca, pero suba y seque su espalda al sol. Por lo que tengo entendido, a las tortugas les encanta hacer eso.

Así que la tortuga se subió a la barca, con la ayuda del pescador, y después de un intercambio de cumplidos, la tortuga dijo:

—¿Ha visto alguna vez el Ryūgū-jō? Es el Palacio de Ryūjin («Rey Dragón del Mar»).

El pescador negó con la cabeza.

—No, todos estos años, el mar ha sido mi hogar, pero aunque he oído hablar del reino de Ryūjin bajo el mar, nunca he podido verlo con mis propios ojos. ¡Debe estar muy lejos, si es que existe!

—¿De verdad? ¿Nunca ha visto su palacio? Entonces se está perdiendo una de las visiones más maravillosas del universo. Está muy lejos, en el fondo del mar, pero, si le llevo yo, tardaríamos poco en llegar. Si desea ver las tierras del Rey Dragón, yo seré su guía.

—Me gustaría mucho ir, y es muy amable al ofrecerse a hacerme de guía, pero debe recordar que no soy más que un pobre mortal, y no puedo nadar como lo hace una criatura del mar como usted...

Antes de que el pescador pudiera seguir, la tortuga lo interrumpió:

—¿Qué? No necesita nadar en absoluto. Si se sube a mi espalda, estaré encantado de llevarle hasta allí.

—Pero ¿cómo voy a subirme en su pequeña espalda? —preguntó Urashima.

—Puede parecerle absurdo, pero le aseguro que puede hacerlo. ¡Inténtelo! Venga, súbase a mi espalda, ¡a ver si es tan imposible como piensa!

Cuando la tortuga terminó de hablar, Urashima miró su concha, y por extraño que pueda parecer, se dio cuenta de que la criatura había crecido tanto que un hombre podía montarse sin problemas en su espalda.

—¡Qué maravilla! —dijo Urashima—. Bueno, señora Tortuga, con su permiso, me subiré a su espalda.

La tortuga, sin cambiar de expresión, como si esto fuera lo más normal del mundo, dijo:

—Ahora partiremos de viaje. —Con esas palabras saltó al mar con Urashima encima y rauda se sumergió. Durante mucho tiempo, los dos extraños compañeros atravesaron el mar. Urashima no se cansó en ningún momento, ni sus ropas se humedecieron en el agua. Al cabo de un tiempo, a lo lejos, una magnífica puerta apareció y, detrás de la misma, los largos y curvos tejados de un palacio.

—Ahí —exclamó Urashima—. ¡Parece la puerta de un enorme palacio! Señora Tortuga, ¿puede decirme qué lugar es ese?

—Esa es la gran puerta del Ryūgū-jō, el gran tejado que puedes ver es el del palacio.

—Entonces, ya hemos llegado al reino del Rey Dragón del Mar.



La puerta del Ryūgū-jō.

—Sí, por supuesto —respondió la tortuga—, ¿a que no hemos tardado nada? —Mientras hablaba, llegó al lado de la puerta—. Ya hemos llegado, por favor, camine a partir de aquí. —Después, la tortuga se adelantó y habló con el portero—: Este es Urashima Tarō, del país de Japón. Tengo el honor de traerlo como huésped de este reino. Por favor, cuide de él.

Entonces, el portero, que era un pez, los llevó al otro lado de la puerta.

Todos los vasallos de Ryūjin se acercaron para hacer reverencias corteses al extranjero.

—¡Noble Urashima, noble Urashima! Bienvenido al Palacio del Mar, hogar del Rey Dragón del Mar. Sea tres veces bienvenido, pues desde un

lejano país viene. ¡Qué deuda más grande tenemos con usted, señora Tortuga, por traernos a Urashima! —Después, se giraban de nuevo hacia el invitado—. Síganos, por favor. —Y todo el banco de peces se convirtió en su guía.

Urashima, al ser solo un pobre pescadorcillo, no sabía cómo comportarse en un palacio tan majestuoso, pero, aunque todo le resultaba extraño, no sentía vergüenza o molestia alguna, sino que seguía a sus amables guías con calma hasta que lo llevaron al interior del palacio. Cuando llegó a la puerta, una hermosa princesa con sus doncellas salió a recibirlo. Era más hermosa que ninguna mujer, y estaba vestida con alegres ropas de ese suave verde que hay en las olas. Hilos de oro brillaban en las costuras de su vestido. Su adorable cabello negro caía sobre sus hombros como una cascada. Cuando habló, su voz resonó como música en el agua. Urashima estaba ensimismado mientras la miraba, y no podía hablar. Entonces, recordó que debía hacer una reverencia, pero antes de que pudiera hacerlo, la princesa lo tomó de la mano y lo guio a una hermosa sala, y allí, en el lugar de honor, lo hizo sentarse.

—Urashima Tarō, me complace daros la bienvenida al reino de mi padre —dijo la princesa—. Ayer, liberasteis a una tortuga, y he mandado llamaros para agradeceros que salvarais mi vida, pues yo era aquella criatura. Ahora, si así lo deseáis, podéis quedaros a vivir aquí para siempre, pues esta es la tierra de la eterna juventud, donde el verano nunca acaba y la pena nunca llega. Y yo seré vuestra esposa, si me queréis, ¡y viviremos felices para siempre!

Conforme escuchó sus dulces palabras, Urashima siguió observando su hermoso rostro y su corazón se llenó de maravilla y felicidad.

—Mil gracias por sus amables palabras —respondió, preguntándose si no sería todo un sueño—. No hay nada que me pudiera hacer más feliz que vivir aquí contigo, en esta bella tierra de la que tanto he oído hablar, pero que no había visto hasta hoy. No tengo palabras para describir lo maravilloso que me parece este lugar.

Mientras hablaba, otro banco de peces apareció, todos vestidos con ropajes ceremoniales y brillantes. Uno a uno, silenciosamente y con pasos medidos, entraron en la sala, con bandejas de coral que portaban delicias

del mar, como nadie ha podido siquiera soñar. ¡Qué maravilloso banquete se dispuso ante los novios! El matrimonio se celebró con obnubilante esplendor, y todo el reino se alegró. En cuanto la pareja dijo los votos ante la copa matrimonial de sake, realizando así la san-san kudo^[3], empezó a sonar la música, y se cantaron canciones. Peces de escamas plateadas y colas doradas atravesaron las olas y danzaron. Urashima lo disfrutó con todo su corazón. Nunca se había encontrado ante un festín tan maravilloso.

Cuando este terminó, la princesa preguntó a su esposo si querría pasear por el palacio para contemplar las vistas. Entonces, el feliz pescador, acompañado de su esposa, la hija del Rey del Mar, observó todas las maravillas que aquella tierra encantada donde la felicidad y la alegría van de la mano, y donde ni el tiempo ni la edad podían tocarles, tenía que ofrecer. El palacio estaba construido de coral y adornado con perlas, y la belleza del lugar era tal que ninguna palabra le haría justicia.

Pero, para Urashima, lo más maravilloso del palacio era el jardín que lo rodeaba. Allí se podía ver al mismo tiempo el paisaje de las cuatro estaciones: todas las maravillas del verano, del invierno, de la primavera y del otoño se mostraban ante el visitante al mismo tiempo.

Primero, al mirar al este, los ciruelos y los cerezos estaban en flor, los ruiseñores cantaban en las rosadas avenidas y las mariposas revoloteaban de flor en flor.

Al sur, los árboles reverdecían al calor del verano, y la cigarra y el grillo ruidosamente se llamaban.

Al oeste, los sauces de otoño se recortaban contra el ocaso, y los crisantemos florecían perfectos.

Al norte, el cambio sorprendió a Urashima, pues el suelo, plateado por la nieve, brillaba y los árboles y el bambú se doblaban bajo el gentil peso de los copos que caían. El hielo cubría con tesón el pequeño lago.

Cada día, nuevas alegrías y maravillas alcanzaban a Urashima, y tan grande era su felicidad que se olvidó de todo, incluso del hogar que había abandonado y de los padres y el país que había dejado atrás. Tres días pasaron sin que su mente alcanzara a recordarlos. Al tercer día, volvieron a su mente, y pensó que no pertenecía a aquella tierra.

—¡Oh! —se dijo—. No debo quedarme, pues tengo unos ancianos padres en casa. ¿Qué puede haberles pasado en este tiempo? Qué nerviosos deben estar al ver que no volvía a la hora de costumbre. Debo volver al momento, ni un día más puedo quedarme. —Y empezó a prepararse para su viaje con mucha prisa.

Después, se acercó a su hermosa esposa, la princesa, y con una profunda reverencia dijo:

—Ay, he sido tan feliz con vos durante este largo tiempo, noble Otohime y no tengo palabras para agradecer vuestra amabilidad. Pero ahora debo despedirme. He de volver con mis ancianos padres.

—¿Acaso no sois feliz conmigo, Urashima? —dijo con tristeza y suavidad, mientras lágrimas plateadas caían por sus mejillas—. ¿Tan pronto deseáis abandonarme? ¿Qué prisa hay? ¡Quedaos conmigo otro día!

Pero Urashima había recordado a sus ancianos padres, y en Japón el deber para con los padres es más fuerte que cualquier otra cosa, ya sea amor o placer, y no pudo convencerlo.

—Debo marchar. No creáis que deseo abandonaros. No sois vos, soy yo, que tengo que cuidar a mis ancianos padres. Dejadme ir un día y volveré después.

—Entonces —dijo con lástima la princesa—, nada puedo hacer. Os mandaré de vuelta hoy, y, en lugar de intentar manteneros conmigo un día más, os daré esta muestra de mi amor. Por favor, lleváosla. —Y le entregó una bella caja lacada atada con una cuerda de seda y borlas rojas.

Urashima había recibido tanto de la princesa, que sintió vergüenza a la hora de aceptar el regalo.

—No parece correcto que reciba otro regalo más, después de todos los favores que me habéis hecho, pero ya que me lo pedís, así lo haré. —Después preguntó—: ¿Qué es?

—Esa —respondió la princesa— es la tamate-bako («Caja de la mano enjoyada»), y contiene algo muy valioso. ¡No debéis abrir la caja en ningún caso! ¡Si lo hacéis, algo horrible os sucederá! ¡Prometedme que nunca la abriréis!

Y eso hizo Urashima. Prometió que nunca, en ningún caso, bajo ningún concepto, abriría la caja.

Después de despedirse de la princesa, volvió a la playa. La princesa y sus doncellas lo acompañaron y allí descubrió una gran tortuga que lo estaba esperando.

Se montó rápidamente en el lomo de la criatura y lo llevó al este por el brillante mar. Se dio la vuelta para despedirse de la princesa hasta que ya no pudo verla, y la tierra del Rey del Mar y los tejados del maravilloso palacio se perdieron en el horizonte. Después, con el rostro entusiasmado, se giró hacia su propia tierra, donde buscó las azules colinas en el horizonte que se abría ante él.

Por fin, la tortuga lo llevó a la bahía que tan bien conocía, y de allí a la playa de donde había partido. Pisó tierra y miró a su alrededor mientras la tortuga volvía al Ryūgū-jō.

Pero ¿qué extraño terror inundó a Urashima mientras miraba su alrededor? ¿Por qué miraba tan fijamente a la gente que pasaba por su lado y por qué estos le devolvían la misma mirada? La playa era la misma y las colinas también, pero la gente que veía caminar ante él tenía rostros muy diferentes de los que él tan bien conocía.

Se preguntó por qué sería mientras caminaba a toda prisa hacia su antigua casa. Incluso esta parecía diferente, pero estaba en el mismo lugar.

—¡Padre, ya he vuelto! —gritó mientras estaba a punto de entrar. Entonces, vio salir de allí a un extraño.

«Tal vez mis padres se han mudado mientras estaba fuera, y se han marchado a otro lugar», pensó el pescador. A pesar de eso, empezó a sentir una extraña ansiedad, que no sabía reconocer.

—Perdone —dijo al hombre que se había quedado mirándolo—, hasta hace unos días vivía en esta casa. Me llamo Urashima Tarō. ¿Dónde han ido mis padres?

Una expresión muy confusa se reflejó en el rostro del hombre, y, mirando fijamente el rostro de Urashima, dijo:

—¿Qué dice? ¿Es usted Urashima Tarō?

—Así es —dijo el pescador—. ¡Soy Urashima Tarō!

—¡Ja, ja! —rio el hombre—. No deberías hacer chistes así. Es cierto que hace mucho tiempo un hombre con ese nombre vivió en esta aldea, pero de eso hace trescientos años. ¡No puede seguir vivo!

Cuando Urashima escuchó esto se asustó.

—Por favor, por favor, no haga esas bromas. Estoy perplejo. De verdad, soy Urashima Tarō, y no he vivido trescientos años. Hasta hace cuatro o cinco días vivía aquí. Dime lo que quiero saber sin más bromas de mal gusto, por favor.

Pero el rostro del hombre estaba cada vez más serio.

—Seas o no Urashima Tarō, el hombre del que yo he oído hablar vivió hace trescientos años. ¿No serás su espíritu que vuelve a casa?

—¿Por qué se burla de mí? —dijo Urashima—. ¡No soy ningún espíritu! ¡Estoy vivo! ¿Acaso no ve mis pies? —dijo, dando un par de pisotones, pues es bien sabido que los fantasmas no tienen pies.

—Pero yo todo lo que sé es lo que está escrito en las crónicas de la aldea, y ese Urashima Tarō vivió hace trescientos años —dijo el hombre, que no podía creerse las palabras del pescador.

Urashima estaba confuso y molesto. Se quedó mirando a su alrededor, completamente perdido. Todo parecía diferente a como él lo recordaba, y tuvo el presentimiento maldito de que lo que decía el hombre tenía algo de verdad. Parecía encontrarse en un extraño sueño. Los pocos días que había pasado en el Ryūgū-jō en el mar no habían sido días realmente, habían sido siglos. En ese tiempo, todos aquellos a los que conocía habían muerto y la aldea había escrito su nombre en la historia. No tenía sentido seguir allí. Debía volver con su hermosa esposa en el mar.



Un bonita nube de humo morado salió de la caja.

Volvió a la playa, con la caja que su princesa le había dado en la mano. ¿Por dónde debía ir? No podía volver solo. De repente, recordó la tamatebako.

—La princesa me dijo cuando me dio la caja que nunca la abriera, que contenía algo precioso. Pero ahora que no tengo hogar, que he perdido todo lo que me era querido, y mi corazón se llena de amargura, ahora, si abro la caja, sin duda encontraré algo que me ayudará. Seguro que es algo que me llevará con mi princesa en el mar. No queda nada más que hacer. Sí, sí. ¡Abriré la caja y miraré!

Y así su corazón aceptó esa desobediencia, e intentó convencerse de que hacía lo correcto al romper su promesa.

Muy lentamente, desató la cuerda de seda roja, lentamente y maravillado, y levantó la tapa de la preciada caja. «¿Qué fue lo que encontró?», os preguntaréis. Pues le pareció extraño que solo una hermosa y pequeña nube púrpura saliera en tres suspiros de su interior. Por un instante cubrió su rostro y se agitó como si se apenara de marcharse, pero luego se apartó de él como el vapor que sale del mar.

Urashima, que hasta ese momento había sido un joven fuerte y hermoso de veinticuatro años, de repente se hizo muy, muy viejo. Su espalda se inclinó con la edad, su cabello se volvió blanco como la nieve, su rostro se arrugó y cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Por su desobediencia, no pudo volver al reino de Ryūjin ni regresó con su amada princesa en el mar.

Niños, nunca desobedezcáis a aquellos más sabios que vosotros, pues la desobediencia es el inicio de todas las miserias y tristezas de la vida.

La medusa y el mono

Hace mucho, mucho tiempo, en el antiguo Japón, el Reino del Mar estaba gobernado por un maravilloso rey. Se llamaba Ryūjin («Rey Dragón del Mar»). Su poder era inmenso, pues gobernaba todas las criaturas del mar, grandes y pequeñas, y en su poder estaban las Joyas de la Marea y de la Inundación. La Joya de la Marea, cuando se lanzaba al océano, hacía que el mar se alejara de la tierra, y la Joya de la Inundación hacía crecer olas tan altas como montañas, que llegaban hasta la costa como tsunamis.

Su palacio estaba en el fondo del mar, y era tan hermoso que nadie había visto algo así ni en sueños. Las paredes eran de coral; el techo, de jade y crisoprasa; los suelos, de la mejor madreperla. Pero el Rey Dragón, a pesar de su extenso reino, su hermoso palacio y todas sus maravillas, y su poder que nadie discutía en todo el mar, no era feliz, pues reinaba solo. Al cabo de un tiempo, pensó que si se casaba sería no solo más feliz, sino también más poderoso. Así que decidió conseguir una esposa. Llamó a todos sus vasallos, eligió a varios para que buscaran una joven princesa dragona que fuera su novia.

Cuando regresaron a palacio, traían consigo a una adorable dragona. Sus escamas eran de un verde brillante como las alas de los escarabajos de verano, sus ojos lanzaban fuego y estaba vestida con hermosísimas túnicas. Todas las joyas del mar iban entretejidas en la más fina seda.

El rey se enamoró al momento, y se celebró una boda con toda la pompa posible. Todas las criaturas del mar, desde las grandes ballenas hasta las pequeñas gambas, llegaron en grandes grupos para felicitar a los novios y desearles una larga y próspera vida. Nunca había habido tal reunión ni festividad más alegre en el mundo de los peces hasta ese momento. El

grupo de portadores que llevaban las posesiones de la novia hasta su nuevo hogar parecía llegar de un extremo del mar al otro. Cada pez llevaba un farol fosforescente e iba vestido con ropas ceremoniales, y brillaban todas azules, rosas y platas entre las olas. Los faroles, al alzarse y romperse esa noche, parecieron masas de fuego blanco y verde, pues el fósforo brillaba con fuerza para honrar el evento.

Por un tiempo, el Rey Dragón y su amada vivieron muy felices. Se amaban con pasión, y el novio se alegraba de mostrar a la novia día tras día las maravillas y los tesoros de su palacio coralino, y ella nunca se cansaba de caminar con él a través de las vastas salas y los amplios jardines. La vida les parecía un largo día de verano.

Dos meses pasaron de esta manera, y entonces la Reina Dragona enfermó y tuvo que guardar cama. El rey estaba muy preocupado al ver que su amada esposa estaba tan enferma, y al momento mandó llamar al pez doctor para que fuera y le diera una medicina. Dio órdenes especiales a sus sirvientes para que la cuidaran con especial atención y que la atendieran con diligencia, pero, a pesar de los cuidados y de la medicina del doctor, la joven reina no mostró señales de recuperación, sino que empeoraba cada día.

Entonces el Rey Dragón se entrevistó con el médico y lo culpó por no ser capaz de curar a la reina. El doctor se asustó ante el disgusto evidente de Ryūjin, y disculpó su falta de habilidad diciendo que, aunque sabía cuál era la medicina adecuada que dar a la inválida, era imposible encontrarla en el mar.

—¿Quieres decir que no puedes traer la medicina? —le preguntó el rey.

—¡Exactamente! —dijo el médico.

—Dime qué necesitas para la reina —exigió Ryūjin.

—¡Necesito el hígado de un mono vivo!



El Rey Dragón se entrevistó con el médico y lo culpó por no ser capaz de curar a la reina.

—¡El hígado de un mono vivo! Por supuesto, eso será muy difícil de conseguir —dijo el rey.

—Si pudiéramos conseguir eso para la reina, sin duda se recuperaría pronto.

—Muy bien, eso lo deja claro. Tenemos que conseguirlo de alguna manera. Pero ¿dónde podríamos encontrar a un mono? —preguntó el rey.

Entonces el doctor le dijo al Rey Dragón que a cierta distancia al sur había una Isla del Mono donde vivían muchos monos.

—Si pudiera capturar uno de esos monos... —dijo el doctor.

—¿Cómo podría mi gente capturar a un mono? —preguntó, confuso, el Rey Dragón—. Los monos viven en tierra, mientras que nosotros vivimos en el agua, ¡y fuera de nuestro elemento moriríamos! ¡No veo cómo podríamos hacerlo!

—Por eso es difícil —dijo el doctor—. ¡Pero entre sus innumerables sirvientes seguro que alguno podría ir a la playa con ese motivo!

—Debemos hacer algo —dijo el rey, y llamó a su mayordomo jefe para preguntarle sobre el asunto.

El mayordomo jefe pensó un tiempo y entonces, como si tuviera una idea repentina dijo feliz:

—¡Sé lo que debemos hacer! Está la medusa, o kurage. Es un pez horrible, pero está orgulloso de poder caminar por la tierra con sus cuatro patas como una tortuga. Que vaya a la Isla del Mono a capturar uno.

La medusa fue convocada entonces a presencia del rey, y Su Majestad le dio sus órdenes.

La medusa, al ver la inesperada misión que se le confiaba, parecía muy preocupada, y dijo que nunca había estado nunca en la isla en cuestión, y como no tenía ninguna experiencia en capturar monos, temía no ser capaz de capturar uno.

—Bueno —dijo el mayordomo jefe—, si intentas confiar en tu fuerza o tu destreza, nunca lo capturarás. ¡Tienes que engañarlo!

—¿Y cómo hago eso? No sé cómo hacerlo —dijo la perpleja medusa.

—Esto es lo que tienes que hacer —dijo el astuto mayordomo jefe—, cuando te acerques a la Isla del Mono y encuentres alguno, debes intentar hacerte buen amigo suyo. Dile que eres un sirviente del Rey Dragón, e invítalo a venir a visitarte y ver el palacio del Rey Dragón. ¡Intenta describirle tan claramente como puedas la grandeza del palacio y las maravillas del mar para incentivar su curiosidad y hacerle desear verlo!

—¿Y cómo lo traigo hasta aquí? ¿Sabes que los monos no nadan? —dijo la medusa, reticente.

—Debes traerlo sobre tu lomo. ¡De qué sirve tu concha si no!

—¿No será demasiado pesado?

—No debería preocuparte eso, pues estás trabajando por tu Rey Dragón.

—Haré todo lo que pueda —dijo la medusa, y nadó hacia la Isla del Mono. Nadando rápidamente, llegó a su destino en un par de horas y apareció en una playa gracias a una conveniente ola. Al mirar alrededor, no muy lejos vio un gran pino con ramas caídas y en una de ellas, justo lo que estaba buscando: un mono vivo.

«¡Qué suerte he tenido!», pensó la medusa. «Ahora debo halagar a la criatura e intentar tentarla para que venga conmigo al palacio, ¡y habré hecho mi parte!».

Así que la medusa caminó lentamente hacia el pino. En esos antiguos días, la medusa tenía cuatro patas y un caparazón duro como el de una tortuga. Cuando llegó al pino, alzó la voz y dijo:

—¿Qué tal está, señor Mono? ¿A que hace un buen día?

—Un día muy bueno —respondió el mono desde el árbol—. Nunca la he visto en esta parte del mundo antes. ¿De dónde viene? ¿Cómo se llama?

—Me llamo kurage o medusa. Soy uno de los sirvientes del Rey Dragón. He oído hablar tanto de su hermosa isla que he venido a propósito para verla —respondió la medusa.

—Encantado de conocerla —dijo el mono.

—Por cierto —dijo la medusa—. ¿Ha visto alguna vez el palacio del Rey Dragón del Mar donde vivo?

—He oído hablar de él, ¡pero nunca lo he visto! —respondió el mono.

—Entonces debe venir, sin duda. No sabe lo que se pierde al no haberlo visto. La belleza del palacio es indescriptible, para mí, el lugar más hermoso del mundo.

—¿Tan hermoso es? —preguntó asombrado el mono.

Entonces, la medusa vio su oportunidad y empezó a describir lo mejor que pudo la belleza y la grandeza del palacio del Rey del Mar, y las maravillas del jardín con sus curiosos árboles de blanco, rosa y rojo coralino, y las frutas aún más extrañas como grandes joyas colgando de sus ramas. El mono se sintió cada vez más interesado, y conforme escuchaba bajó del árbol paso a paso para no perderse ni una palabra de la maravillosa historia.

«¡Ya lo tengo!», pensó la medusa, pero dijo en voz alta:

—Señor Mono. Ahora debo volver. Como nunca ha visto el palacio del Rey Dragón, ¿no quiere aprovechar esta espléndida oportunidad para venir conmigo? Así podría actuar como guía y enseñarle todas las vistas del mar, que serán incluso más maravillosas para usted, un terrestre.

—Me encantaría ir —dijo el mono—, ¡pero cómo voy a atravesar el agua! ¡No puedo nadar, como seguro que sabe!

—Eso no supone ninguna dificultad. Puedo llevarle en mi lomo.

—Eso sería demasiado molesto para usted —dijo el mono.

—Puedo hacerlo sin dificultad. Soy más fuerte de lo que parezco, así que no se preocupe —dijo la medusa, y llevando al mono en su lomo, entró en el mar—. Quédese muy quieto, señor Mono —dijo la medusa—. No debe caer al mar, soy responsable de su llegada a salvo al palacio del rey.

—Por favor, no vaya tan rápido, o me caeré seguro —dijo el mono.



Por favor, no vaya tan rápido, o me caeré seguro.

Así fueron juntos, con la medusa atravesando las olas con el mono en el lomo. Cuando iban a mitad de camino, la medusa, que sabía muy poco de anatomía, empezó a preguntarse si el mono llevaba el hígado consigo.

—Señor Mono, dígame, ¿lleva consigo el hígado?

El mono estaba muy sorprendido con esta extraña pregunta, y preguntó qué quería la medusa con un hígado.

—Es lo más importante de todo —dijo la estúpida medusa—, así que en cuanto lo recogí, me pregunté si tendría el suyo.

—¿Por qué es tan importante el hígado para usted? —preguntó el mono.

—¡Oh! Ya lo descubrirá —dijo la medusa.

El mono sintió cada vez más curiosidad, que dio paso a la sospecha, y apremió a la medusa para que le dijera para qué quería su hígado, y acabó apelando a sus sentimientos al decir que estaba muy preocupado por lo que había oído.

Entonces, la medusa, al ver cuán preocupado parecía el mono, sintió lástima por él y le contó todo. Cómo había caído enferma la Reina Dragón y cómo el doctor había dicho que solo el hígado de un mono vivo la curaría, y cómo el Rey Dragón lo había enviado a encontrar uno.

—Ahora que he hecho lo que me han dicho, en cuanto lleguemos al palacio, el doctor querrá su hígado, así que me da un poco de lástima.

El pobre mono se horrorizó cuando lo descubrió, y se enfadó mucho con el truco que le habían jugado. Tembló con miedo ante lo que le esperaba.

Pero el mono era un animal inteligente, y pensó que el mejor plan era no mostrar ninguna señal del miedo que sentía, así que intentó calmarse y pensar en alguna forma de poder escapar.

«¡El doctor piensa abrirme y sacarme el hígado! ¡Sin duda, moriré!», pensó el mono. Por fin, una brillante idea se le ocurrió, así que le dijo alegremente a la medusa:

—¡Qué lástima, señora Medusa, que no me dijera nada antes de salir de la isla!

—Si le hubiera dicho por qué quería que me acompañara, sin duda se hubiera negado —respondió la medusa.

—Está muy equivocada —dijo el mono—. Los monos podemos vivir tranquilamente sin un hígado o dos, especialmente si era lo que quería la

Reina Dragona del Mar. Si solo hubiera sabido lo que necesitaba... Podría haberle regalado uno con que me lo pidiera. Tengo varios hígados. Pero la mayor lástima es que, como no hablé a tiempo, me los he dejado todos colgando de un pino.

—¿Se ha dejado el hígado? —preguntó la medusa.

—Sí —dijo el astuto mono—, durante la mañana suelo dejar mi hígado colgado en una rama del árbol, pues es muy incómodo pasar de árbol en árbol con él. Hoy, al escuchar esa interesante conversación, me olvidé de ello, y me lo dejé detrás cuando vine con usted. Si me lo hubiera dicho antes, podría haberlo recordado, ¡y lo habría traído conmigo!

La medusa se sintió muy decepcionada cuando lo escuchó, pues se creyó todo lo que el mono le dijo. El mono no le servía de nada sin hígado. Por fin, la medusa se detuvo y se lo dijo al mono.

—Bien —dijo el mono—, eso tiene fácil arreglo. Siento mucho ver cuántos problemas se ha tomado; pero si pudiera llevarme de vuelta donde me encontré, podría recogerlo pronto.

A la medusa no le gustaba la idea de volver de nuevo a la isla, pero el mono le aseguró que si fuera tan amable como para llevarlo de vuelta, cogería su mejor hígado y se lo traería. Convencida, la medusa cambió su curso y volvió hacia la Isla del Mono.

En cuanto la medusa alcanzó la playa y el astuto mono pisó tierra, subió al árbol donde la medusa lo había visto por primera vez. Cortó varias alcaparras entre las ramas con la alegría de volver a estar a salvo en casa. Después, miró a la medusa.

—¡Muchas gracias! ¡Lamento todos los problemas que le he causado! ¡Preséntele mis respetos al Rey Dragón cuando vuelva!

La medusa se asombró ante esas palabras y el tono de burla con el que fueron dichas. Entonces, preguntó al mono si no tenía intención de volver con él cuando recuperara su hígado.

El mono respondió, riéndose, que no podía permitirse perder el hígado: era demasiado importante para él.

—¡Pero recuerde su promesa! —le pidió la medusa, ahora muy desalentada.

—¡Esa promesa era falsa, y de todos modos, acabo de romperla! — respondió el mono. Entonces empezó a reírse de la medusa y le dijo que había estado engañándola en todo momento; no tenía intención de perder la vida, lo que le hubiera pasado si hubiera llegado al palacio donde lo esperaba el doctor, en vez de persuadir a la medusa de volver.

—Por supuesto, no pienso darte mi hígado, ¡pero ven a por él si puedes! —añadió el mono, riéndose desde el árbol.

No había nada que pudiera hacer la medusa excepto arrepentirse de su estupidez, y volver donde el Rey Dragón del Mar y confesar sus errores, así que empezó a nadar lentamente y con tristeza. Lo último que escuchó mientras se alejaba, dejando detrás la isla, fue al mono reírse de ella.

Mientras tanto, el Rey Dragón, el médico, el mayordomo jefe y todos los sirvientes esperaban impacientes el regreso de la medusa. Cuando lo vio, se acercó al palacio, la llamaron con alegría. Empezaron a agradecerle sus esfuerzos al ir hacia la Isla del Mono, y luego le preguntaron dónde estaba el mono.

Llegó el momento de la verdad para la medusa. Murmuró todo lo que había sucedido mientras contaba su historia. Cómo había traído al mono la mitad del camino, y después se le había escapado el secreto de su trabajo, cómo el mono la había engañado al hacerle creer que se había dejado el hígado en casa.

La ira del Rey Dragón fue grande, y dio órdenes al momento de que la medusa debía ser severamente castigada. El castigo fue terrible: sacarle todos los huesos del cuerpo y golpearla con palos.

La pobre medusa, humillada y horrorizada más allá de toda descripción, gritó pidiendo perdón. Pero las órdenes del Rey Dragón eran irrevocables. Los sirvientes del palacio sacaron cada uno un palo y rodearon a la medusa, y después de arrancarle los huesos, la golpearon hasta la saciedad, y después la arrastraron fuera del palacio y la lanzaron al agua. Allí la dejaron para que sufriera y se arrepintiera de su estúpida charla, y para que se acostumbrara a su falta de huesos.



Golpearon a la medusa hasta la saciedad.

De esta historia aprendemos que en la Antigüedad la medusa tuvo concha y huesos como los de una tortuga, pero, desde que sus ancestros sufrieron la sentencia del Rey Dragón, sus descendientes han sido suaves y faltos de huesos como los veis hoy en las olas de las playas de Japón.

El alegre cazador y el hábil pescador

Hace mucho, mucho tiempo, gobernaba Japón Hohodemi, el cuarto Mikado, descendiente directo de la ilustre Amaterasu, la diosa del Sol. No solo rivalizaba en belleza con su antepasada, sino que también era muy fuerte y valiente. Tenía la fama de ser el mejor cazador de la tierra. Debido a su incomparable habilidad como cazador, se le llamaba Yamasachi-hiko («El príncipe afortunado en las montañas»).

Su hermano mayor era un pescador muy hábil, por ello, como era mucho mejor que sus rivales en la pesca, se le llamaba Umisachi-hiko («El príncipe afortunado en el mar»). Los hermanos llevaban así vidas felices, disfrutando sin reparos en sus respectivos trabajos, y los días pasaron agradablemente mientras cada uno iba por su camino, el uno cazando y el otro pescando.

Un día, Hohodemi se acercó a su hermano.

—Bueno, hermano mío, te veo ir al mar todos los días con la caña en la mano, y cuando vuelves, llegas cargado con peces. En cuanto a mí, disfruto yendo a las montañas y a los valles. Durante mucho tiempo, hemos seguido cada uno nuestro trabajo favorito, así que ahora debemos estar cansados, tú de pescar y yo de cazar. ¿No sería adecuado que cambiáramos? ¿Qué tal si te vas tú de caza a la montaña y yo de pesca al mar?

El hábil pescador escuchó en silencio a su hermano y durante un momento se quedó pensativo.

—Oh, sí, ¿por qué no? —dijo, finalmente—. No es una mala idea para nada. Dame tu arco y tus flechas y partiré a las montañas de caza.

Así quedó decidido, y los dos hermanos empezaron a probar el trabajo del otro, sin imaginarse lo que podría suceder. No era inteligente por su

parte, pues Hohodemi no sabía nada de la pesca, y Umisachi-hiko, cuyo mal genio era conocido por todos, sabía lo mismo, es decir nada, de la caza.

El cazador se llevó la caña y el anzuelo más apreciados por su hermano, bajó a la costa y se sentó en las rocas. Puso el cebo en el anzuelo y lo tiró torpemente al mar. Se sentó y miró fijamente el pequeño flotador que subía y bajaba en el agua. Deseaba que un buen pez llegase y cayese en la trampa. Cada vez que se movía ligeramente, tiraba de la caña, pero nunca había ningún pez al final del hilo, solo el anzuelo y el cebo. Si hubiera sabido pescar apropiadamente, hubiera podido capturar muchos pescados, pero, aunque era el mejor cazador en la tierra, no podía evitar ser el peor pescador.

Pasó todo el día así, sentado en las rocas sosteniendo la caña y esperando en vano tener suerte. Al final, empezó a oscurecer, y llegó la noche, pero todavía no había capturado ni un solo pez. Sacó la caña por última vez antes de irse a casa y descubrió que había perdido el anzuelo sin siquiera saber cuándo había ocurrido.

Empezó a sentirse extremadamente ansioso, pues sabía que su hermano se enfadaría con él por haber perdido su anzuelo, pues, al ser único, lo valoraba más que ninguna otra cosa. Hohodemi se puso a buscar entre las rocas y en la arena el anzuelo perdido, y mientras iba de un lado a otro buscando, su hermano llegó al lugar. No había conseguido encontrar ninguna presa mientras cazaba ese día, y no solo estaba de mal humor, sino que parecía atterradoramente enfadado. Cuando vio al cazador buscar en la playa supo que algo debía haber ido mal.

—¿Qué haces, hermano?

Hohodemi se acercó con timidez, pues temía la ira de su hermano.



El alegre cazador rogó en vano a su hermano que lo perdonase.

—Oh, hermano mío, sin duda he cometido un error.

—¿Qué sucede? ¿Qué has hecho? —preguntó el hermano mayor con impaciencia.

—He perdido tu preciado anzuelo...

Su hermano lo interrumpió, gritando con ira:

—¡Has perdido mi anzuelo! Justo lo que esperaba. Por esto precisamente, por esto, cuando propusiste al principio tu plan de cambiarnos los papeles estaba en contra, pero parecías desearlo con tantas ganas que cedí y permití que hicieras lo que quisieras. ¡El error de hacer algo que no conocemos es obvio! Y encima tú lo has estropeado todo. No te devolveré tu arco y tus flechas hasta que hayas encontrado mi anzuelo. Búscalo hasta que lo encuentres y me lo puedas devolver.

El cazador sintió que tenía la culpa de todo lo que había pasado y soportó el enfado de su hermano con humildad y paciencia. Buscó por todas partes el anzuelo, pero no estaba en ningún sitio. Al fin tuvo que aceptar que no iba a encontrarlo. Fue entonces a casa y con desesperación rompió su amada espada en piezas e hizo quinientos anzuelos con ella.

Llevó estos a su enfadado hermano y se los ofreció, pidiendo su perdón, y suplicando que aceptara estos a cambio del que él había perdido. No sirvió de nada, su hermano no lo escuchó siquiera y menos aún le concedió su petición.

Hohodemi hizo otros quinientos anzuelos y volvió a llevárselos a su hermano, suplicando su perdón.

—Aunque hicieras un millón —dijo el pescador, negando con la cabeza—, no me servirían de nada. No puedo perdonarte a menos que me traigas el mío.

Nada calmaría la ira de Umisachi-hiko, pues tenía un mal temperamento y siempre había odiado a su hermano por sus virtudes. Ahora, con la excusa del anzuelo perdido, pensaba matarlo y usurpar su lugar como gobernante de Japón. Hohodemi lo sabía perfectamente, pero no podía decir nada, pues al ser el menor debía a su hermano mayor obediencia, así que volvió a la costa y volvió a buscar el anzuelo. Estaba deprimido, pues había perdido toda esperanza de encontrar alguna vez el anzuelo de su hermano. Mientras estaba allí, perplejo y preguntándose qué podría hacer ahora, un anciano apareció de repente con un palo en la mano. El feliz cazador recordaría después que no había visto de dónde había salido el anciano, ni sabía cómo había sabido este de su presencia allí, simplemente levantó la mirada y vio al anciano acercarse.

—¿Eres Hohodemi, el Augusto, al que a veces llaman Yamasachi-hiko? —preguntó el anciano—. ¿Qué haces en un lugar así?

—Sí, soy yo —respondió el joven infeliz—. Por desgracia, mientras pescaba, perdí el preciado anzuelo de mi hermano. He registrado toda la costa, pero no puedo encontrarlo, y estoy muy preocupado, pues mi hermano no me perdonará hasta que se lo devuelva. Pero ¿quién eres?

—Me llamo Shiwozuchino Okina y vivo cerca de aquí. Qué desgracia más grande te ha ocurrido, pero no creo que encuentres el anzuelo aquí. No te pongas nervioso, o bien ha llegado al fondo del mar, o algún pez se lo ha tragado. En serio, por más que lo busques no lo vas a encontrar.

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó el atribulado hombre.

—Será mejor que vayas a Ryūgū-jō y le digas a Ryūjin, el Rey Dragón del Mar, cuál es tu problema y le pidas que te encuentre el anzuelo. Creo que esa sería la mejor solución.

—¡Qué idea más espléndida! —dijo Hohodemi—. Pero me temo que no puedo llegar al reino del Rey del Mar, pues siempre he oído que está en el fondo del mar.

—Oh, no tendrás ninguna dificultad para llegar allí —dijo el anciano—. Puedo hacerte en poco tiempo algo para que puedas atravesar el mar.

—Gracias —dijo Hohodemi—. Te estaría eternamente agradecido por ello.

El anciano se puso a trabajar y pronto terminó una cesta y se la ofreció al Mikado. La recibió con felicidad y la llevó al agua, se montó en ella y se preparó para el viaje. Se despidió del amable anciano que tanto lo había ayudado y le dijo que, sin duda, lo recompensaría en cuanto encontrase su anzuelo y pudiera volver a Japón sin miedo de la ira de su hermano. El anciano señaló la dirección que debía tomar y le dijo cómo llegar al reino de Ryūgū-jō, y lo vio salir hacia el mar en la cesta, que parecía una pequeña barca.

Hohodemi se apresuró cuanto pudo en la cesta que le había dado su amigo. Su extraño bote parecía atravesar el agua por su propia voluntad, y la distancia era mucho menor de lo que había esperado, pues en pocas horas vio la puerta y el techo del palacio del Rey del Mar. ¡Y qué lugar más grande era, con sus innumerables techos inclinados y frontones, sus

enormes puertas y sus paredes de piedra gris! Aterrizó al poco tiempo y, dejando su cesta en la playa, se acercó a la gran entrada. Los pilares de la puerta estaban hechos de hermoso coral rojo, y la propia puerta estaba adornada con gemas brillantes de todo tipo. Grandes árboles katsura le daban sombra. Nuestro héroe había oído hablar muchas veces de las maravillas del palacio del Rey del Mar, pero todas las historias que había escuchado se quedaban cortas ante la realidad, que tenía ante él por vez primera.

Hohodemi hubiera querido entrar por la puerta en ese mismo momento, pero vio que estaba bien cerrada, y que no había nadie cerca a quien pudiera pedirle que la abriera. Se paró a pensar qué debería hacer. A la sombra de los árboles cerca de la puerta, vio un pozo lleno de agua fresca. «Sin duda, alguien saldrá a sacar agua del pozo en algún momento», pensó. Entonces escaló al árbol que había sobre el pozo, se sentó para descansar en una de las ramas, y esperó a ver qué sucedía. No mucho después, vio cómo la enorme puerta se abría de par en par, y dos hermosas jóvenes salieron. El Mikado había escuchado que Ryūgū-jō («el reino del Rey Dragón del Mar») estaba habitado por dragones y criaturas semejantes, así que, cuando vio a las dos adorables princesas, cuya belleza llamaría la atención incluso en el mundo del que venía, lo sorprendieron por completo y se preguntó qué podía significar.

No dijo ni una palabra, sin embargo, sino que las observó en silencio a través de las hojas de los árboles, esperando ver qué iban a hacer. Vio que en sus manos llevaban cubos dorados. Lentamente, y con gracia, se acercaron con sus vestidos que llegaban hasta el suelo. Se quedaron bajo la sombra de los árboles katsura y se acercaron al pozo, sin saber nada del extraño que las estaba viendo, pues el feliz cazador se hallaba bien oculto detrás de las ramas del árbol en el que se había situado.

Cuando las dos damas se inclinaron sobre el lateral del pozo para bajar sus cubos dorados, lo que hacían todos los días del año, vieron reflejado en el agua el rostro de un bello joven observándolas desde las ramas del árbol bajo cuya sombra se cobijaban. Nunca antes habían visto el rostro de un mortal; se asustaron y sacaron con prisas los cubos dorados. Su curiosidad,

sin embargo, les dio valor al poco tiempo, miraron con timidez hacia arriba para ver la causa del inusual reflejo, y vieron al feliz cazador sentado en el árbol mirándolas con sorpresa y admiración. Lo miraron fijamente cara a cara, pero sus lenguas estaban paralizadas por la sorpresa y no pudieron encontrar ninguna palabra que decirle.

Cuando el Mikado se dio cuenta de que lo habían descubierto, bajó de un salto del árbol.

—Soy un viajero y, como estaba sediento, me acerqué al pozo con la esperanza de calmar mi sed, pero no pude encontrar ningún cubo con el que sacarla. Así que subí al árbol, molesto, y esperé que alguien se acercara. En ese momento, mientras esperaba con sed impaciente, ustedes, nobles damas, aparecieron, como si respondieran a mis plegarias. Por tanto, suplico que se apiaden de mí y me den algo de agua, pues soy un viajero sediento en tierra extraña.

Su dignidad y su gracia superaron su timidez, y con una reverencia en silencio, ambas volvieron a acercarse al pozo y sacaron agua con sus cubos dorados, la echaron en una copa enjovada y se la ofrecieron al extraño.

La recogió con ambas manos, se la llevó a la frente como muestra de su respeto y bebió el agua rápidamente, pues su sed era grande. Cuando terminó su largo trago, puso la copa en el borde del pozo y con su espada cortó una de las extrañas magatama («joyas curvadas»), un collar que colgaba de su cuello y caía sobre su pecho. Puso la joya en la copa y se la devolvió con una profunda reverencia.

—¡Aquí tienen una muestra de mi agradecimiento!

Las dos damas cogieron la copa y miraron dentro para ver qué había puesto, pues no sabían de qué se trataba. Dieron un salto de sorpresa, pues encontraron una bella gema al fondo de la copa.

—Ningún mortal común daría una joya así con tanta tranquilidad. ¿Nos hará el honor de decirnos su nombre? —dijo la dama mayor.

—Sin duda —dijo el feliz cazador—. Soy Hohodemi, el cuarto Mikado, a quien llaman en Japón Yamasachi-hiko.

—¿Es usted entonces Hohodemi, el nieto de Amaterasu, la diosa del Sol? —preguntó la dama que había hablado—. Soy la hija mayor de Ryūjin y me llamo Tayotama.

—Y yo —dijo la doncella menor, que por fin encontró fuerzas para hablar— soy su hermana, la princesa Tamayori.

—¿Son ustedes las hijas de Ryūjin? No se pueden imaginar la felicidad que me da conocerlas —dijo Hohodemi. Y sin esperar su respuesta continuó—: El otro día fui a pescar con el anzuelo de mi hermano y se me cayó, aunque no sé cómo pudo pasar. Como mi hermano aprecia su anzuelo por encima de todo lo demás, esta es la mayor calamidad que podía haberme ocurrido. A menos que lo encuentre de nuevo, no puedo ganarme su perdón. Lo he buscado muchas veces, pero no lo he podido hallar, por eso estoy muy preocupado. Mientras buscaba el anzuelo, muy triste, di con un sabio anciano que me dijo que lo mejor que podía hacer era venir a Ryūgū-jō y pedir a Ryūjin que me ayudara. El amable anciano también me enseñó cómo llegar hasta aquí. Quiero preguntarle si sabe dónde está el anzuelo perdido. ¿Serían tan amables como para llevarme hasta su padre? ¿Creen que querrá verme?

La princesa Tayotama escuchó la larga historia y luego habló.

—No solo es fácil que vea a mi padre, pues estará encantado de conocerle. Estoy segura de que dirá cuán buena fortuna le ha llegado, que un hombre tan grande y noble como usted, el nieto de Amaterasu, baje hasta el fondo del mar. —Después se giró hacia su hermana menor, y dijo—: ¿No crees, Tamayori?

—Por supuesto —respondió la princesa Tamayori, con su dulce voz—. Como dices, no podremos tener un honor mayor que recibir al Mikado en nuestra casa.

—Entonces, por favor, llevadme hasta él.

—Entre con nosotras, Mikado —dijeron ambas hermanas, y, con una reverencia lo guiaron hacia el interior.

La joven princesa dejó a su hermana encargarse de Hohodemi, se adelantó a ellos y llegó la primera al palacio. Corrió hasta la habitación de su padre, le contó todo lo que había ocurrido en la puerta y le avisó de que su hermana estaba acompañando al Mikado. El Rey Dragón del Mar estaba completamente sorprendido por la noticia, pues hacía mucho, tal vez un centenar de años, que el palacio del Rey del Mar no recibía mortales.

Ryūjin dio una palmada y convocó a todos sus cortesanos y sirvientes. Al jefe de todos los peces del mar le dijo solemnemente que el nieto de la diosa del Sol, Amaterasu, iba al palacio. Ordenó que siguieran todas las ceremonias y que fueran corteses al servir a tan augusto visitante. Después conminó a todos a que fueran a la entrada del palacio a dar la bienvenida al Mikado.

Ryūjin se vistió con sus túnicas de ceremonia y salió a recibirlo. En pocos momentos, la princesa Tayotama y Hohodemi llegaron a la entrada, y el Rey del Mar y su esposa hicieron una reverencia profunda y le agradecieron el honor que les hacía al venir a verlos. Después, el rey guio al Mikado hasta la habitación de invitados, y le puso en el mejor asiento.

—Soy Ryūjin, el Rey Dragón del Mar, y esta es mi esposa. Acuérdense siempre de nosotros.

—¿Es usted entonces Ryūjin de quien tanto he oído hablar? —respondió Hohodemi, saludando ceremoniosamente a su anfitrión—. Debo disculparme por todos los problemas que le estoy ocasionando con mi inesperada visita.

—No tiene que agradecermelo —dijo Ryūjin—. Soy yo quien debe agradecerle que venga. Aunque el palacio del Rey del Mar es un lugar sencillo, como puede ver, me sentiré muy honrado si nos hace una larga visita.

Había mucha alegría entre el Rey del Mar y el Mikado, se sentaron y hablaron mucho tiempo. Al cabo de un rato, el Rey del Mar dio una palmada y un gran cortejo de peces apareció, todos vestidos con túnicas ceremoniales, que cargaban en sus aletas varias bandejas en las que estaban preparados distintos tipos de delicias del mar. Pusieron un gran festín ante el Rey y su invitado real. Todos los peces que les servían fueron elegidos entre los mejores peces del mar, así que podéis imaginaros el maravilloso grupo de criaturas del mar que atendía a Hohodemi ese día. Todos en el palacio se esforzaron para agradarlo y mostrarle cuán honrados se sentían de tenerlo como invitado. Durante la larga sobremesa, que duró horas, Ryūjin ordenó a sus hijas que tocaran algo de música, y las dos princesas entraron y tocaron el koto, y cantaron y bailaron por turnos. El tiempo pasó de forma tan agradable, que el Mikado parecía haber olvidado el problema

que lo había llevado hasta allí. Se rindió a la diversión de tan maravilloso lugar, ¡la tierra de los peces hada! ¿Quién ha oído hablar de un lugar tan maravilloso? Pero el Mikado recordó de repente lo que le había traído hasta allí y dijo a su anfitrión:

—Tal vez sus hijas le hayan dicho, Ryūjin, que he venido a intentar recuperar el anzuelo de mi hermano, que perdí mientras pescaba el otro día. ¿Puedo pedirle si sería tan amable como para preguntar a sus súbditos si alguno lo ha visto?

—Por supuesto —dijo el amable rey—, ahora mismo los llamo y se lo pregunto.

En cuando dio la orden, el pulpo, el atún, la sepia, la anguila, el pez globo, la gamba y la platija, y muchos otros peces de todo tipo llegaron, se sentaron ante su rey y se colocaron en fila.

—Nuestro visitante, que está sentado ante vosotros, es el augusto nieto de Amaterasu. Se llama Hohodemi, es el cuarto Mikado, y también se le conoce como Yamasachi-hiko. Mientras estaba pescando en la costa de Japón, alguien le quitó el anzuelo de su hermano. Ha venido hasta aquí, a nuestro Reino, porque ha pensado que uno de vosotros podía haber cogido el anzuelo como travesura. Si alguno lo ha hecho, que lo devuelva inmediatamente, o si alguno de vosotros sabe quién es el ladrón debe decirme al momento su nombre y dónde se encuentra.

Todos los peces se sorprendieron cuando escucharon estas palabras y se quedaron sin palabras. Se sentaron mirando al Rey Dragón. La sepia se acercó y dijo:

—¡Creo que el ladrón fue el besugo!

—¿Qué prueba tienes? —preguntó el rey.

—Desde ayer por la noche, el besugo no ha podido comer nada, ¡y parece estar sufriendo dolor de garganta! Por esta razón creo que el anzuelo puede estar en su garganta. ¡Será mejor que lo mande llamar al momento!

Todos los peces mostraron su acuerdo.

—Sin duda es extraño que el besugo sea el único pez que no ha obedecido su convocatoria. Mándelo llamar y pregúntele sobre ello. Entonces verán que somos inocentes.

—Sí —dijo el rey—, es extraño que el besugo no haya venido, pues debería haber sido el primero en llegar. ¡Id a buscarlo!

Sin aguardar la orden del rey, la sepia se dirigió hacia el hogar del besugo, y lo trajo consigo hasta el salón del trono.

El besugo se sentó, asustado y enfermo. Sin duda tenía dolores, pues su rostro, habitualmente rojo, estaba pálido, y sus ojos estaban casi cerrados y parecía haber adelgazado mucho.

—¡Responde, besugo! —gritó el rey—. ¿Por qué no has venido cuando te convoqué?

—Llevo enfermo desde ayer —respondió este—; por eso no pude venir.

—¡No digas nada más! —gritó enfadado Ryūjin—. Tu enfermedad es el castigo de los dioses por robar el anzuelo del Mikado.

—¡Así es! —dijo el besugo—. El anzuelo sigue en mi garganta y todos mis esfuerzos para sacarlo han sido inútiles. No puedo comer y apenas puedo respirar, y cada momento siento que me ahogo, y algunas veces me causa mucho dolor. No tenía intención de robar su anzuelo. Descuidadamente, mordí el cebo que vi en el agua y el anzuelo se soltó y se clavó en mi garganta. Así que espero que me perdone.

La sepia se adelantó entonces y dijo al rey:

—Tiene razón. Puede ver que el anzuelo aún sobresale de la garganta del besugo. Espero poder sacarlo en presencia del Mikado para poder devolvérselo.

—¡Oh, date prisa y sácalo! —gritó el besugo, pues sentía volver el dolor en la garganta—. Quiero devolvérselo cuanto antes al Mikado.

—Muy bien, besugo —dijo su amiga la sepia, y abriendo la boca del besugo tanto como pudo, y poniendo uno de sus tentáculos por la garganta, sacó rápidamente el anzuelo de la gran boca del paciente. Después lo lavó y se lo trajo al rey.



La sepia abrió la boca del besugo.

Ryūjin lo tomó y se lo devolvió respetuosamente a Hohodemi, que no cabía en sí de gozo al recuperar el anzuelo. Se lo agradeció muchas veces, con el rostro brillante de gratitud, y le dijo que debía el final feliz de su aventura a su sabia autoridad y amabilidad.

Ryūjin deseaba ahora castigar al besugo, pero Hohodemi le suplicó que no lo hiciera, puesto que había recuperado su anzuelo perdido, no quería ocasionarle más problemas al pobre besugo. Sin duda, se había llevado el anzuelo, pero ya había sufrido suficiente por ello. Lo que había hecho, había sido por descuido y no con malicia. El Mikado se sentía culpable, si hubiera entendido cómo pescar adecuadamente, nunca habría perdido el anzuelo. Todos sus problemas venían de creer que podía hacer algo sin entrenarse para ello. Así que suplicó al Rey del Mar que perdonase a su súbdito.

¿Quién puede resistirse a las súplicas de un juez tan sabio y compasivo? Ryūjin perdonó a su súbdito al momento por petición de su augusto

invitado. El besugo estaba tan feliz que agitó sus aletas por alegría y él y el resto de peces se alejaron de la presencia del rey, alabando las virtudes de Hohodemi.

Ahora que ya había hallado el anzuelo, el Mikado no tenía nada que hacer en Ryūgū-jō, y estaba ansioso por volver a su propio reino y hacer las paces con su enfadado hermano, Umisachi-hiko; pero el Rey del Mar, que había empezado a amarlo y quería tenerlo como hijo, le suplicó que no se fuera tan pronto, sino que hiciera del palacio del Rey del Mar su hogar tanto tiempo como quisiera. Mientras Hohodemi todavía dudaba, las dos adorables princesas, Tayotama y Tamayori entraron. Con las reverencias y las palabras más dulces, se unieron a su padre para presionarlo y convencerlo. Así que, para no parecer desagradecido, se vio obligado a quedarse un tiempo.

Entre el Reino del Mar y Japón no había diferencias en el paso del tiempo, y el Mikado descubrió que tres años pasaron rápidamente en una tierra tan agradable. Los años pasan rápido cuando se es verdaderamente feliz. Pero aunque las maravillas de esa tierra encantada parecían nuevas cada día, y aunque la hospitalidad del Rey del Mar parecía incrementarse en vez de disminuir, Hohodemi sentía cada vez más nostalgia de su hogar conforme pasaban los días. No podía reprimir una gran ansiedad por saber qué había ocurrido en su casa, su país y su hermano mientras intentaba marcharse.

Al final, se acercó al Rey del Mar y dijo:

—Mi estancia aquí con usted ha sido feliz y le estoy muy agradecido por su amabilidad, pero gobierno Japón, y, por muy agradable que sea este lugar, no puedo ausentarme para siempre de mi país. Además, debo devolver el anzuelo a mi hermano y pedirle perdón por la tardanza. Sin duda, lamento separarme de ustedes, pero no se puede evitar este momento. Con su permiso, me marcharé hoy. Espero volver pronto. Por favor, no puedo quedarme más tiempo.

Ryūjin se apenó terriblemente ante la idea de perder al amigo que tanto quería, y sus lágrimas caían como una catarata.

—Lamentamos, sin duda, separarnos de usted, Mikado, pues hemos disfrutado mucho de su estancia con nosotros. Ha sido nuestro invitado más

noble y honorable, y le hemos recibido de corazón. Comprendo que, como gobierna Japón, debe estar allí y no aquí, y no serviría de nada que intentemos mantenerlo con nosotros más tiempo, por más que nos pudiera gustar que se quedase. Espero que no nos olvide. Extrañas circunstancias nos han unido y confío en que nuestra amistad entre la Tierra y el Mar dure y crezca cada vez más.

Cuando el Rey del Mar terminó de hablar, se giró hacia sus dos hijas y les dijo que trajeran las dos Joyas de la Marea del Mar. Las dos princesas hicieron una reverencia, se levantaron y se deslizaron fuera de la sala. En unos minutos volvieron, cada una con una brillante gema que llenaban la habitación de luz en sus manos. Cuando el Mikado las miró, se preguntó qué podían ser. El Rey del Mar las agarró y dijo a su invitado:

—Estos dos valiosos talismanes los hemos heredado de nuestros ancestros. Ahora se los damos como regalo de despedida como muestra de nuestro gran afecto por usted. Estas dos gemas se llaman nanjiu y kanjiu.

Hohodemi hizo una reverencia.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente su amabilidad. ¿Y aún quieren incluir otro favor y decirme qué son estas gemas y qué debo hacer con ellas?

—El nanjiu —respondió el Rey del Mar— también se conoce como «Joya de la Inundación», y quien la tenga puede ordenar al mar que entre e inunde la tierra cuando quiera. El kanjiu es la «Joya de la Marea», y puede controlar el mar y las olas, y puede incluso detener un tsunami.

Entonces Ryūjin enseñó a su amigo cómo usar los talismanes y se los entregó. El Mikado era muy dichoso por tener estas dos gemas maravillosas como recuerdo del viaje, pues sentía que lo protegerían en caso de peligro ante cualquiera de sus enemigos. Después de volver a agradecer a su amable anfitrión varias veces, se preparó para partir. El Rey del Mar y las dos princesas, Tayotama y Tamayori, y todos los habitantes del palacio salieron a despedirse, y, antes de irse, Hohodemi salió por la puerta y pasó por delante del pozo de felices recuerdos que había a la sombra de los árboles katsura de camino a la playa.

Allí encontró, en vez de la extraña cesta en que había llegado, un gran cocodrilo que lo esperaba. Nunca había visto uno tan enorme. Medía ocho

codos de largo desde la punta de su cola hasta el final de su larga boca. El Rey del Mar había ordenado al monstruo que llevase al Mikado de vuelta a Japón. Como la maravillosa cesta que había hecho Shiwozuchino Okina, el anciano, el animal podía viajar más deprisa que ningún barco de vapor, y de esta extraña manera, cabalgando a lomos de un cocodrilo, Hohodemi volvió a su propio reino.

Tan pronto como el cocodrilo lo llevó a la playa, el cazador se apresuró a ver a Umisachi-hiko. Entonces le dio el anzuelo que había sido la causa de tanto dolor entre ellos. Pidió con ansiedad el perdón de su hermano, contándole todo lo que le había ocurrido en el palacio del Rey del Mar y las aventuras maravillosas que habían llevado al descubrimiento del anzuelo.

Umisachi-hiko había utilizado el anzuelo perdido como excusa para sacar a su hermano del país. Cuando este se marchó tres años antes y no volvió, se alegró en el fondo de su malvado corazón y usurpó al momento su lugar como gobernante de la Tierra, y se había hecho rico y poderoso. Mientras disfrutaba de lo que no le pertenecía, confiaba en que su hermano no volviera nunca para reclamar sus derechos. Sin embargo, ante él se acababa de presentar Hohodemi.

Umisachi-hiko fingió que lo perdonaba, pues no podía encontrar otra excusa para volver a alejar a su hermano. En su corazón solo había ira y la semilla del odio crecía cada vez más, hasta que no pudo siquiera verlo. Empezó a planear y a buscar una oportunidad para matarlo.

Un día, mientras el Mikado caminaba por los campos de arroz, su hermano lo siguió con una daga. Hohodemi sabía que su hermano quería matarlo y presentía que se acercaba el momento de usar las gemas para defenderse.

Así que sacó la Joya de la Inundación de su túnica y la alzó hasta su frente. Al instante, sobre los campos y sobre las granjas, el mar llegó en oleadas hasta alcanzar el lugar donde se encontraba su hermano. Umisachi-hiko se quedó sorprendido y aterrorizado al ver lo que estaba ocurriendo. Al siguiente minuto estaba luchando con el agua y pidiendo a su hermano que lo salvara de ahogarse.



Sacó la Joya de la Inundación de su túnica.

Hohodemi tenía un corazón amable, y no podía soportar ver a su hermano en problemas. Al momento, guardó la Joya de la Inundación y sacó la de la Marea. En cuanto se la puso en la frente, el mar volvió a su lugar y las inundaciones desaparecieron, y las granjas, los campos y la tierra volvieron a su sitio.

Umisachi-hiko recordaba con terror lo cerca que había estado de la muerte. Al mismo tiempo, estaba muy impresionado por las cosas

maravillosas que había visto hacer a su hermano. Descubrió que había cometido un error fatal al posicionarse contra él, por joven que fuera, pues se había vuelto tan poderoso que podía dominar las idas y venidas del mar. Así que se humilló ante Hohodemi y le pidió que le perdonara todas las maldades que le había hecho. Umisachi-hiko prometió que le devolvería sus derechos y juró que, aunque Hohodemi fuera el hermano menor y le debiera lealtad por derecho de nacimiento, él, Umisachi-hiko, lo elevaría como su superior y se arrodillaría ante él como Señor de todo Japón.

Entonces, Hohodemi dijo que perdonaría a su hermano si este se deshacía de toda la maldad que le quedara. Umisachi-hiko se comprometió y hubo paz entre los dos hermanos. Desde ese momento, mantuvo su palabra y se convirtió en un buen hombre y un hermano amable.

El Mikado gobernaba ahora su reino sin problemas familiares y hubo paz en Japón durante un largo, largo tiempo. Entre todos los tesoros de su casa, los que más apreciaba eran las gemas que le había dado Ryūjin, el Rey Dragón del Mar.

Este es el final feliz de Yamashi-hiko y Umisachi-hiko.

La gorriona de la lengua cortada

Hace mucho, mucho tiempo, vivían en Japón un anciano y su esposa. El anciano era un hombre bueno, amable y trabajador, pero su esposa era la típica arpía que destruía la felicidad de su hogar con una lengua malhablada. Siempre estaba gruñendo, desde la mañana hasta la noche. El anciano hacía mucho tiempo que había dejado de prestar atención a sus enfados. Pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en los campos, y, como no tenía ningún hijo, para divertirse cuando llegaba a casa, tenía una gorriona domada. Amaba tanto a la pequeña ave como si hubiera sido su hija.

Cuando volvía por la noche después de un duro día de trabajo al aire libre, su único placer era criar a la gorriona, hablar con ella y enseñarle pequeños trucos que aprendía muy rápido. El anciano abría su jaula y la dejaba volar por la habitación, jugando con ella. Después, cuando llegaba la hora de la cena, siempre guardaba algunos trocitos de su comida para alimentar al pequeño pájaro.

Pero, un día, el anciano salió a cortar madera en el bosque y la anciana se quedó en casa para lavar las ropas. El día antes había hecho algo de almidón y salió a buscarlo, pero no lo encontró. El recipiente que había llenado hasta el borde el día anterior estaba casi vacío.

Mientras se preguntaba quién podía haberlo usado o robado, bajó volando la gorriona y, tras hacer una reverencia con su pequeña cabeza alada, un truco que le había enseñado su señor, el hermoso pájaro dijo:

—Soy yo quien se ha llevado el almidón. Pensé que era comida que me habían preparado en el recipiente y me lo comí todo. Si he cometido un error, pido humildemente que me perdones. ¡Pío, pío, pío!

Como podéis ver, la gorriona era un pájaro sincero, y la anciana debería haberla perdonado al pedirlo tan agradablemente. Pero no lo hizo.

La anciana nunca había querido a la gorriona, y había discutido con su marido por conservar «ese sucio pájaro», como ella la llamaba, diciendo que solo le daba más trabajo. Ahora estaba encantada de tener un motivo de queja real contra la mascota. Regañó e incluso maldijo al pobre pájaro por su mal comportamiento y, no contenta con usar esas duras palabras y desconsideradas, en un arranque de ira agarró al pájaro —que todo este tiempo tenía las alas extendidas y la cabeza inclinada ante la anciana, para mostrar cuán arrepentida se encontraba—, tomó las tijeras y le cortó la lengua.

—¡Supongo que usaste esa lengua con mi almidón! ¡Ahora verás qué tal te va sin ella! —Y con estas ominosas palabras, tiró lejos al pájaro, sin preocuparse de lo que pudiera pasarle y sin sentir la más mínima piedad por su sufrimiento. ¡Así de cruel era!

La anciana, después de alejar a la gorriona, hizo algo más de pasta de arroz, gruñendo todo el tiempo por tener que molestarse en repetir la tarea y, después de almidonar todas las ropas, las extendió en tablas para que se secaran al sol, en vez de plancharlas como se hace en Inglaterra.

Por la tarde, el anciano llegó a casa. Como siempre, llevaba todo el camino de vuelta deseando que llegara el momento en que alcanzara su puerta y viera a su mascota acercarse volando y piando, agitando las alas para mostrar su alegría y, por último, posándose en su hombro. Pero esa noche, se sintió muy decepcionado, pues ni siquiera pudo ver la sombra de su querida gorriona.

Avanzó más rápido, quitándose a toda prisa sus sandalias de paja y subiéndose al porche. Todavía no veía por ninguna parte a la gorriona. Estaba seguro de que su esposa, en uno de sus arranques de ira, la habría encerrado en su jaula. Así que llamó al pájaro y dijo, ansioso:



Y con estas terribles palabras ahuyentó al pájaro.

—¿Dónde está hoy Suzume^[4]

La anciana fingió no saber nada, respondiendo:

—¿Tu gorriona? Te puedo asegurar que no tengo ni idea. Ahora que lo pienso, no la he visto en toda la tarde. ¡No me extrañaría que ese ingrato pájaro hubiera volado, cansado de tus cuidados!

Pero después de que el anciano no dejase de preguntarle una y otra vez por su pájaro, insistiendo constantemente que debía saber qué le había pasado a su mascota, ella lo confesó todo. Le dijo, molesta, cómo la gorriona se había comido la pasta de arroz que había hecho especialmente para almidonar su ropa, y cómo cuando el pájaro había confesado lo que había hecho, llena de ira le había cortado la lengua con las tijeras. También le confesó finalmente que había alejado al pájaro y le había prohibido de nuevo la entrada.

Entonces, la anciana le enseñó a su marido la lengua de la gorriona.

—¡Aquí tienes su lengua! Maldito pájaro, ¿por qué se comió mi almidón?

—¿¡Cómo has podido ser tan cruel!? ¡Oh! ¿Cómo puedes ser tan cruel?
—Era todo lo que podía responder el anciano. Era demasiado amable como para castigar a su malvada esposa, pero estaba terriblemente molesto por lo que podría haberle sucedido a su pobre gorrioncita.

—¡Qué desgracia más horrible que mi pobre Suzume haya perdido la lengua! —se dijo—. Ya no podrá piar más, y seguro que el corte le duele tanto que se ha puesto enferma. ¿No puedo hacer nada?

El anciano lloró mucho después de que su malvada esposa se fuera a dormir. Mientras se limpiaba las lágrimas con la manga de su túnica de algodón, un brillante pensamiento lo reconfortó: por la mañana iría a buscar a su gorriona. Tras decidirse, pudo por fin dormirse.

A la mañana siguiente se levantó temprano, al alba, y, tras tomar un rápido desayuno, fue a las colinas y a los bosques, parándose en todas las zonas de bambú para gritar:

—¿Dónde, oh, dónde estará mi gorriona de la lengua cortada? ¡Dónde, oh, dónde estará mi gorriona de la lengua cortada!

No se paró a descansar para tomarse la comida del mediodía, y era tarde cuando se vio cerca de un gran bosque de bambú. Estos eran los lugares favoritos de los gorriones, y cuál fue su sorpresa cuando vio a su querida gorriona esperando al borde del mismo para darle la bienvenida. ¡Qué

felicidad sintió! Corrió hacia ella rápidamente para saludarla. Ella inclinó su pequeña cabeza e hizo unos cuantos de los trucos que le había enseñado, para mostrar el placer que le daba ver a su viejo amigo, y, lo que era aún más sorprendente, podía hablar como siempre. El anciano le dijo lo apenado que estaba por todo lo que había pasado y preguntó por su lengua, sorprendido de que pudiera hablar tan bien sin ella. Entonces la gorriona abrió su pico y le enseñó la nueva lengua que había crecido en el lugar de la otra y le suplicó que no siguiese molesto por el pasado, pues ya se encontraba bastante bien. En ese momento, se dio cuenta el anciano de que la gorriona era un hada, y no un pájaro común. Sería difícil explicaros la felicidad que le causó dicho descubrimiento; se olvidó de todos sus problemas, incluso de su cansancio, pues había encontrado a su gorriona perdida y, en vez de estar enferma y sin lengua como había temido, estaba feliz y satisfecha, y tenía una nueva lengua, sin ninguna señal del maltrato que había recibido por parte de su esposa. Y encima era un hada.

La gorriona le pidió que la siguiera, y, volando ante él, lo guio hacia una hermosa casa en el corazón de la arboleda de bambú. El anciano se quedó asombrado cuando entró en esa casa tan brillante. Estaba construida de la madera más blanca, las suaves esterillas de color cremoso que había en lugar de alfombras eran las mejores que había visto, y los cojines que la gorriona sacó para que se sentara eran de la mejor seda. Hermosos jarrones y cajas lacadas adornaban el tokonoma^[5] de todas las habitaciones.

La gorriona llevó al anciano al lugar de honor y después, tras sentarse a una humilde distancia, le agradeció con muchas reverencias corteses la amabilidad que había mostrado hacia ella durante tantos años.



La Dama Gorriona presentando a su familia.

Entonces, la Dama Gorriona, como la llamaremos a partir de ahora, le presentó a su familia. Después de hacer esto, sus hijas, vestidas con delicados vestidos de crepé, trajeron hermosas bandejas anticuadas llenas de un festín de todo tipo de deliciosas comidas, hasta que el anciano empezó a pensar que estaba soñando. En mitad de la cena, algunas de las hijas realizaron una maravillosa danza, llamada *suzume-odori* («la danza del gorrión») para entretener a su invitado.

El anciano nunca había disfrutado tanto. Las horas volaron en ese lugar tan adorable, con todas esas hadas para atenderlo, darle de comer y bailar ante él.

Pero la noche llegó y la oscuridad le recordó que tenía un largo camino de vuelta por delante y que debía pensar en marcharse y volver a casa. Agradeció a su amable anfitriona por su espléndido entretenimiento, y le suplicó que, por él, perdonase todo lo que había sufrido a manos de su malvada mujer. Le dijo a la Dama Gorriona que le reconfortaba y le hacía feliz ver que se encontraba en una casa tan hermosa y saber que tenía todo

lo que necesitaba, pues se había preocupado por ella, y necesitaba saber qué le había ocurrido. Ahora que sabía que todo iba bien, podía volver a casa con el corazón tranquilo. Si alguna vez necesitaba algo, solo tenía que hacerle llegar un mensaje y vendría al momento.

La Dama Gorriona le suplicó que se quedara unos días para disfrutar del cambio, pero el anciano respondió que tenía que volver con su anciana esposa. Probablemente esta estaría molesta porque no hubiera llegado a la hora habitual. También tenía un trabajo al que volver. Por tanto, a pesar de cuánto deseara hacerlo, no podía aceptar su amable invitación. Pero ahora que sabía dónde vivía la Dama Gorriona, se pasaría a verla de vez en cuando.

Cuando esta vio que no podría persuadirlo para que se quedase más, dio una orden a algunos de sus sirvientes y estos trajeron ante ellos dos cajas, una grande y otra pequeña. Estas se colocaron delante del anciano, y la Dama Gorriona le pidió que eligiera cuál prefería como regalo, pues deseaba darle algo.

El anciano no podía negarse a tan amable petición y eligió la caja pequeña.

—Soy demasiado viejo y débil para llevar la caja grande y pesada. Eres muy amable al decir que puedo llevarme la que quiera, así que elegiré la pequeña, que podré llevar más cómodamente —dijo.

Entonces todos los gorriones le ayudaron a que se la pusiera a la espalda y lo acompañaron hasta la puerta para despedirlo. Hicieron muchas reverencias y le invitaron a volver cuando pudiera. Por tanto, el anciano y su gorriona mascota se separaron felices, esta última sin mostrar ninguna mala intención a pesar de toda la crueldad que había sufrido a manos de la anciana esposa. Es más, solo sentía lástima por que el anciano tuviera que soportarla toda su vida.

Cuando este llegó a casa, encontró a su esposa más molesta de lo habitual, pues era tarde y lo había estado esperando mucho tiempo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó a gritos—. ¿Por qué has llegado tan tarde?

El anciano intentó calmarla mostrándole la caja de regalos que había traído con él, y entonces le dijo todo lo que le había ocurrido, y cuán

maravillosamente había estado en la casa de la gorriona.

—Ahora, veamos qué hay en la caja —dijo el anciano, sin darle tiempo para que volviera a quejarse—. Ayúdame a abrirla. —Se sentaron delante de la caja y la abrieron.

Para su completo asombro, descubrieron que la caja estaba llena hasta el borde con monedas de oro y plata y muchos otros objetos preciosos. Las esterillas de su pequeña casa brillaron conforme sacaban los objetos uno por uno, los dejaban y los manoseaban una y otra vez. El anciano estaba sobrecogido ante la visión de las riquezas que ahora eran suyas. El regalo de la gorriona sobrepasaba sus mayores expectativas, tanto, que le permitía dejar el trabajo y vivir con comodidad y sencillez el resto de sus días.

—¡Qué maravillosa es mi pequeña y bondadosa gorriona! —dijo muchas veces.

Pero la anciana, después de los primeros momentos de sorpresa y satisfacción al ver el oro y la plata, no pudo evitar la avaricia de su malvada naturaleza. Ahora empezó a reprochar al anciano por no traer a casa la gran caja de regalos, pues con toda inocencia este le había contado que había rechazado la caja grande que le habían ofrecido los gorriones, prefiriendo la pequeña porque era ligera y fácil de acarrear.

—Viejo tonto —dijo ella—. ¿Por qué no has traído la grande? Piensa en lo que hemos perdido. Puede que hubiera el doble de oro y plata en ella. ¡Eres un viejo tonto! —gritó, y después se fue a la cama más enfadada que nunca.

El anciano ahora deseaba no haber dicho nada de la caja grande, pero era demasiado tarde; la avariciosa anciana, a la que no le bastaba la buena fortuna que les había llegado tan inesperadamente, y que tan poco se merecía, decidió, si era posible, conseguir más.

A la mañana siguiente, temprano, se levantó y obligó al anciano a describirle el camino a la casa de la gorriona. Cuando vio lo que tenía en mente, este intentó detenerla, pero fue inútil. No escuchó ni una palabra de lo que le dijo. Es extraño que la anciana no sintiera ninguna vergüenza por ir a ver a la gorriona después de la forma tan cruel en que la había tratado al cortarle la lengua en un arranque de ira. Pero su avaricia por la caja grande le hizo olvidar todo lo demás. Ni siquiera se le ocurrió que los gorriones

podrían estar enfadados con ella, como, sin duda, estaban, y podían castigarla por lo que había hecho.

Desde que la Dama Gorriona había vuelto a casa en el triste estado en que la habían encontrado, llorando y sangrando por la boca, toda su familia y sus amigos habían estado hablando de la crueldad de la anciana.

—¿Cómo pudo —se preguntaban— infligir un castigo tan cruel por una ofensa tan pequeña como comer por error algo de pasta de arroz?

Todos amaban al anciano por lo amable, bueno y paciente que era a pesar de sus problemas, pero a la anciana la odiaban todos y habían decidido, si alguna vez tenían la posibilidad, castigarla como se merecía. No tuvieron que esperar mucho.

Después de caminar unas horas, la anciana encontró la arboleda de bambú que había descrito tan cuidadosamente el marido, y entonces se puso a gritar.

—¿Dónde está la casa de la gorriona de la lengua cortada? ¿Dónde está la casa de la gorriona de la lengua cortada?

Al fin vio los aleros de la casa sobresalir entre los bambúes. Se apresuró hacia la puerta y llamó ruidosamente.

Cuando los sirvientes le dijeron a la Dama Gorriona que su antigua señora estaba en la puerta preguntando por ella, se vio sorprendida ante la inesperada visita, después de todo lo que había ocurrido, y se maravilló ante la osadía de la anciana por aventurarse a ir hasta su casa. La Dama Gorriona, sin embargo, era un pájaro educado, y así se acercó a saludar a la anciana, recordando que una vez había sido su señora.

La anciana pretendía, sin embargo, no malgastar ni un segundo en palabras y fue al grano, sin la menor vergüenza.

—No te molestes en tratarme como hiciste con mi marido. He venido yo misma para coger la caja que se dejó tan estúpidamente. Me marcharé en cuanto me des la caja grande. ¡Eso es todo lo que quiero!

La Dama Gorriona aceptó al instante y dijo a sus sirvientes que sacaran la caja grande. La anciana la cogió emocionada y se la cargó a la espalda, sin siquiera agradecer a la Dama Gorriona antes de marcharse a casa.

La caja era tan pesada que no podía correr, ni siquiera andar rápido. Como le hubiera gustado, ya que estaba ansiosa por llegar a casa. Quería

ver qué había en la caja, pero no pudo evitar sentarse y descansar cerca del camino. Mientras se tambaleaba bajo la pesada carga, su deseo de abrir la caja se hizo demasiado grande como para resistirlo. No pudo esperar más, pues suponía que esta gran caja estaría llena de oro, plata y gemas como la pequeña que había recibido su marido.

Al final, la avariciosa y egoísta anciana dejó la caja al lado del camino y la abrió cuidadosamente, esperando alegrarse los ojos con una gran riqueza. Lo que vio, sin embargo, la aterrorizó tanto que por poco perdió los sentidos. En cuanto levantó la tapa, unos cuantos demonios de aspecto horrible salieron de la caja y la rodearon como si tuvieran intención de matarla. Ni siquiera en sus pesadillas se había encontrado con criaturas tan horribles como las que contenía su tan deseada caja. Un demonio con un ojo enorme justo en el centro de la frente se la quedó mirando, monstruos con bocas abiertas como si pensarán devorarla, una serpiente enorme que siseó a su lado y una rana enorme que saltaba y croaba hacia ella.

Nunca había pasado tanto miedo en su vida, y salió corriendo tanto como le permitieron sus piernas temblequeantes, feliz de escapar viva. Cuando llegó a su casa, se cayó al suelo y le dijo a su marido con lágrimas en los ojos todo lo que le había ocurrido, y cómo acababa de estar a punto de morir a manos de los demonios de la caja.

Entonces empezó a culpar a la gorriona, pero el anciano la detuvo.

—No culpes a la gorriona, es tu maldad que por fin ha obtenido su recompensa. ¡Espero que esto te sirva como lección!

La anciana no dijo nada más y, desde entonces, se arrepintió de su comportamiento y fue convirtiéndose gradualmente en una buena anciana. Tanto cambió que su marido apenas podía reconocerla, y pasaron felices sus últimos días, libres de toda necesidad o preocupación, gastando cuidadosamente el tesoro que el anciano había recibido de su mascota, la gorriona de la lengua cortada.



La anciana nunca había pasado tanto miedo en su vida.

El granjero y el tejón

Érrese una vez un anciano granjero que vivía con su esposa en las montañas, alejado de cualquier pueblo. Su único vecino era un malicioso tejón. Este solía salir todas las noches y atravesaba el campo del granjero destrozando todas las verduras y el arroz que cultivaba con cuidado. El tejón, finalmente, se volvió tan cruel en su malvado trabajo, e hizo tanto daño en todas partes de la granja, que el amable granjero no pudo soportarlo más, y decidió ponerle fin. Así que se quedó día tras día y noche tras noche, con un gran garrote, esperando cazar al tejón, pero fue en vano. Entonces puso trampas para el taimado animal.

El trabajo y la paciencia del granjero tuvieron su recompensa, pues un buen día, al revisar todas las trampas, encontró al tejón en un hoyo que había cavado para ello. El granjero estaba feliz de haber atrapado a su enemigo, y lo llevó a su casa atado con fuerza con una cuerda. Cuando llegó a la casa, el granjero le dijo a su esposa:

—Por fin he cazado al malvado tejón. Ahora, debes mantenerlo vigilado mientras estoy trabajando y no dejarlo escapar, porque quiero hacerme una sopa con él esta noche.

Colgó al tejón de las vigas de su almacén y salió a trabajar en los campos. El tejón estaba muy preocupado, porque no le gustaba mucho la idea de convertirse esa noche en sopa, y pensó y pensó mucho tiempo, intentando descubrir un plan que pudiera librarlo. Era difícil pensar con claridad en esa posición tan incómoda, pues había sido colgado boca abajo. Muy cerca de él, a la entrada del almacén, mirando a los verdes campos y a los árboles y a la agradable luz del sol, estaba la anciana esposa del granjero golpeando la cebada. Parecía cansada y vieja. Su rostro estaba cubierto de

arrugas y su piel era como el cuero, y cada cierto tiempo tenía que detenerse a quitarse el sudor que bajaba por su frente.



La esposa del granjero golpeando la cebada.

—Querida señora —dijo el astuto tejón—, debes estar muy cansada haciendo tanto trabajo a tu edad. ¿Por qué no me dejas encargarme de eso? Mis brazos son muy fuertes, ¡y podría ahorrarte mucho trabajo!

—Gracias —dijo la anciana—, pero no puedo dejarte hacer este trabajo por mí porque no debo desatarte, pues podrías escapar si lo hago, y mi marido se enfadaría mucho si volviera a casa y descubriera que ya no estás.

Sin embargo, el tejón es uno de los animales más astutos y volvió a decir, con voz muy triste y gentil:

—Qué desagradecida. Puedes desatarme, pues te prometo que no intentaré escapar. Si tienes miedo de tu marido, te dejaré volver a atarme antes de que vuelva, cuando haya terminado tu trabajo. Estoy tan cansado e incómodo atado así. ¡No sabes cómo de agradecido te estaría si me bajaras unos minutos!

La anciana era sencilla y bondadosa, y no podía pensar mal de nadie. Y mucho menos se imaginaba que el tejón solo estaba engañándola para poder escapar. Sintió pena, además, cuando se dio la vuelta para mirar al animal. Parecía tan triste colgado boca abajo desde el techo, con las patas atadas con tanta fuerza que los nudos de la cuerda estaban clavándose en la piel... Así que, por la bondad de su corazón, y confiando en la promesa de la criatura de que no huiría, desató la cuerda y lo bajó.

La anciana entonces le dio la mano de madera del mortero y le dijo que trabajara durante un rato mientras descansaba. Tomó la mano, pero en vez de trabajar como le había dicho, el tejón se lanzó sobre la vieja y la golpeó con el pesado objeto de madera. Después la mató, la descuartizó e hizo sopa con ella, y esperó el retorno del granjero. El viejo trabajó duro en sus campos todo el día y, mientras lo hacía, pensaba con placer que nunca más volvería a ver su trabajo estropeado por el destructivo tejón.

Conforme se acercaba el ocaso, se preparó para volver a casa. Estaba muy cansado, pero el pensamiento de la agradable cena de sopa de tejón caliente que esperaba a su vuelta lo animó. La idea de que el tejón pudiera haberse liberado y cobrado venganza con la pobre anciana no pasó por su mente ni un segundo.

El tejón, mientras tanto, asumió la forma de la anciana, y en cuanto vio al viejo granjero acercarse para saludarlo en el porche de su pequeña casa, lo saludó.

—Por fin has vuelto. Hice sopa de tejón y he estado esperándote mucho tiempo.

El anciano se quitó rápidamente sus sandalias de paja y se sentó delante de la diminuta bandeja de su cena. El inocente nunca pensó ni por un momento que no era su esposa sino el tejón quien lo estaba sirviendo, y pidió al momento la sopa. Entonces el tejón se transformó de repente a su forma natural y gritó:

—¡Viejo come esposas! ¡Busca los huesos en la cocina!

Riendo a carcajadas despectivamente, se escapó de la casa y volvió a su cubil en las montañas. El anciano se quedó solo. Apenas podía creer lo que había visto y oído. Entonces, cuando entendió toda la verdad, se asustó y se horrorizó tanto que se desmayó al momento. Después de un rato, volvió en sí y estalló en lágrimas. Lloró amargamente un tiempo. Se meció de lado a lado, inmerso en una lástima infinita. Parecía demasiado terrible para ser real que su fiel esposa hubiera sido asesinada y cocinada por el tejón mientras él estaba trabajando tranquilamente en los campos. Sin saber nada de lo que estaba ocurriendo en la casa, se había alegrado de librarse de una vez por todas del malvado animal que tantas veces había destruido sus sembrados. ¡Oh! Pero lo peor era que había estado a punto de beberse la sopa que la criatura había hecho con su pobre esposa.

—¡Oh, querida mía! ¡Oh, querida mía! ¡Oh, querida mía!—se lamentaba a gritos.

Cerca de allí, vivía en la misma montaña un amable y gentil conejo ancestral. Oyó al anciano llorar y, al momento, se fue a ver qué había ocurrido y si había algo que pudiera hacer por su vecino. El anciano le contó todo lo que pasó. Cuando el conejo escuchó la historia, se enfadó mucho con el malvado y engañoso tejón, y le dijo al anciano que él se encargaría de vengar la muerte de su esposa. El granjero se sintió reconfortado y, limpiándose las lágrimas, agradeció al conejo su bondad por venir en su ayuda.

El conejo, viendo que el granjero se había calmado, volvió a su casa a preparar sus planes para el castigo del tejón.

Al día siguiente, hacía buen tiempo, y se fue a buscar a su víctima. No se le veía ni en el bosque ni en la falda de la colina ni en los campos, así que el conejo se fue al cubil de la criatura y lo encontró allí escondido, pues

el animal había estado aterrorizado desde que escapó de casa del granjero, pues temía la justa venganza del anciano.

—¿Por qué no estás fuera en un día tan hermoso? —gritó el conejo—. Sal conmigo e iremos a cortar césped a las colinas.

El tejón, que no dudaba en ningún momento que el conejo era su amigo, aceptó de buena gana ir con él, feliz de salir de las cercanías del granjero y del miedo de encontrarse con él. El conejo lo llevó a kilómetros de allí, en las colinas donde el césped crecía alto, grueso y dulce. Ambos se pusieron a trabajar para cortar tanto como pudieran llevar a casa, para guardarlo para el invierno. Cuando cada uno cortó cuanto quiso, lo ataron en hatos y empezaron el camino de regreso, cada uno cargando uno a la espalda. Esta vez, el conejo dejó que el tejón fuera delante.

Cuando hubieron avanzado un poco, el conejo cogió yesca y pedernal y los golpeó cerca de la espalda del tejón mientras este caminaba, incendiando su hato de césped. El tejón escuchó el golpe y preguntó:

—¿Has oído algo?

—Oh, no es nada —respondió el conejo—. Estaba diciendo «crac, crac» porque la montaña se llama Montaña Cracacraca.

El fuego se extendió rápido por el hato de hierba seca en la espalda del tejón. El tejón, al escuchar el ruido de la hierba al quemarse, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Acabamos de llegar a la montaña ardiente —respondió el conejo.

Para entonces, el hato estaba prácticamente quemado y todo el pelo de la espalda del tejón se había ido con él. Supo qué era lo que había ocurrido por el olor del humo del césped ardiente. Gritando de dolor, el tejón corrió tan rápido como pudo hasta su cubil. El conejo lo siguió y se lo encontró tumbado en la cama gimiendo de dolor.



El conejo incendiando el hato de césped.

—¡Qué mala suerte has tenido! —le dijo el conejo—. ¡No puedo imaginarme cómo ha pasado eso! ¡Te traeré una medicina que te ayudará a sanar más rápido!

El conejo se fue feliz, sonriendo ante la idea de que el castigo del tejón acababa de comenzar. Esperaba que el tejón muriera de las quemaduras, pues pensaba que nada sería lo suficientemente malo para el animal, que era culpable de asesinar a una pobre anciana indefensa que había confiado en él. Se fue a casa y le hizo un aceite mezclando algo de salsa y pimienta roja.

Se lo llevó al tejón, pero, antes de ponérselo, le dijo que le haría mucho daño, pero que tendría que soportarlo con paciencia, porque era una medicina verdaderamente maravillosa de quemaduras, escaldaduras y heridas de ese tipo. El tejón se lo agradeció y le pidió que se la pusiera al momento. Pero no hay palabras para la agonía que sintió el tejón en cuanto la pimienta roja estuvo extendida por su dolorida espalda. Se retorció y aulló de dolor. El conejo, mirándolo, sintió que empezaba la venganza de la esposa del granjero.

El tejón estuvo en cama durante cerca de un mes, pero, al final, a pesar de la pimienta roja, sus quemaduras sanaron y se sintió mejor. Cuando el conejo vio que el tejón estaba recuperándose, pensó en otro plan por medio del cual conseguiría la muerte de la criatura. Así que un día se acercó de visita al tejón y lo felicitó por su recuperación.

Durante la conversación, el conejo mencionó que se iba a ir de pesca, y describió qué placentera era esta cuando hacía buen tiempo y el mar estaba en calma.

El tejón escuchó con placer la forma en que el conejo hablaba de cómo iba a pasar el tiempo, y se olvidó de todo el dolor y de la enfermedad, y pensó cuán divertido sería si pudiera ir de pesca también, así que preguntó al conejo si podía llevarlo consigo la próxima vez que fuera. Era justo lo que quería el conejo, así que aceptó.

Entonces volvió a casa y construyó dos botes, uno de madera y otro de arcilla. Cuando estuvieron terminados, el conejo se levantó y observó satisfecho su trabajo; pensó que todo sería recompensado si su plan salía bien y conseguía matar al malvado tejón.

Llegó el día que habían acordado irse de pesca. Se quedó el bote de madera y le dio al tejón el de arcilla. El tejón, que no sabía nada de botes, estaba feliz con el suyo y se maravilló ante la amabilidad del conejo que se lo dio. Ambos se metieron en sus botes y partieron. Después, a cierta distancia de la costa, el conejo propuso una carrera, para ver qué bote era el más rápido. El tejón aceptó la propuesta, y ambos se pusieron a remar a toda velocidad. En mitad de la carrera, descubrió que su bote empezaba a deshacerse, pues el agua había ablandado la arcilla. Gritó aterrorizado para que el conejo lo ayudara. Pero el conejo le respondió que estaba vengando a

la anciana y que esa había sido su intención en todo momento, y que era feliz de pensar que el tejón por fin había recibido su merecido por todos sus malvados crímenes, y que se iba a ahogar sin que nadie fuera a ayudarlo. Entonces levantó el remo y golpeó al tejón con todas sus fuerzas, hasta que se cayó del bote que se hundía y no se le vio más.



Levantó el remo y golpeó al tejón con todas sus fuerzas.

Así consiguió cumplir su promesa al anciano. El conejo se giró y remó hacia la costa, y, tras llegar a tierra y subir el bote a la playa, corrió a contarle todo al granjero. Tenía que saber cómo había muerto su enemigo.

El anciano granjero se lo agradeció con lágrimas en los ojos. Dijo que ahora podría dormir por las noches y estar tranquilo durante el día, pues hasta ese momento, al estar la muerte de su esposa sin vengar, era incapaz de comer o dormir. Suplicó al conejo que se quedara con él y compartiera

su casa, así que desde ese día el conejo se fue allí, y vivieron felices como amigos hasta el fin de sus días.

La pelea del mono y el cangrejo

Hace mucho, mucho tiempo, en un brillante día de otoño japonés, un mono de rostro rosado y un cangrejo amarillo estaban jugando juntos en la ribera. Mientras corrían por allí, el cangrejo encontró un onigiri, y el mono, una semilla de caqui.

El cangrejo recogió el onigiri y se lo mostró al mono.

—¡Mira lo que he encontrado!

Entonces el mono levantó su semilla de caqui.

—¡Yo también he encontrado algo bueno! ¡Mira!

Aunque al mono le gustaba el caqui, no le servía de nada la semilla que acababa de encontrar. La semilla de caqui es tan dura e incomedible como una roca. Él, por tanto, con su naturaleza avariciosa, sintió mucha envidia de lo que había encontrado el cangrejo, y le propuso el intercambio. El cangrejo naturalmente no entendía por qué debería sacrificar su premio a cambio de una semilla dura como una piedra, y no aceptó la propuesta del mono.

Entonces el astuto mono empezó a persuadir al cangrejo.

—¡Qué poco sabio por tu parte! ¡No piensas en el futuro! Puedes comerte el onigiri ahora, y sin duda es mucho más grande que mi semilla, pero si plantas esta semilla en el suelo, crecerá en poco tiempo y se convertirá en un gran árbol, que dará una buena cosecha de caquis todos los años. ¡Ay, si pudiera mostrártelo cuando la fruta amarilla cuelgue de sus ramas! Por supuesto, si no me crees, tendré que plantarla yo mismo, aunque estoy seguro de que te arrepentirás de no haberme hecho caso.

El simple cangrejo no podía resistirse a la inteligente persuasión del mono. Por fin se rindió y aceptó su propuesta y se llevó a cabo el intercambio. El avaricioso mono se tragó en nada el onigiri y, con mucha

reticencia, le dio la semilla al cangrejo. Le hubiera gustado quedársela también, pero tenía miedo de enfadar al cangrejo y que este le pillara con sus pinzas afiladas como tijeras. Se separaron entonces, el mono se fue a casa a los árboles del bosque y el cangrejo a las piedras cerca del río. En cuanto el cangrejo llegó a casa, puso la semilla de caqui en el suelo como el mono le había dicho.

A la siguiente primavera, el cangrejo se sintió feliz al ver un brote de un joven árbol salir del suelo. Cada año, crecía, hasta que una primavera floreció por fin, y durante el siguiente otoño le dio varios caquis grandes. Entre las suaves y anchas hojas verdes, colgaban frutas como pelotas doradas, y conforme maduraban se cogían un tono naranja oscuro. El pequeño cangrejo disfrutaba de salir todos los días, sentarse al sol, mirar de la misma forma que un caracol mueve sus cuernos y observar cómo los caquis maduraban hasta la perfección.

«¡Qué deliciosos van a estar!», se dijo.

Por fin, un día, supo que los caquis ya debían estar maduros y quiso probar uno. Intentó varias veces escalar el árbol, con la vana esperanza de alcanzar uno de los hermosos caquis que colgaban sobre él, pero no lo conseguía, pues sus patas no estaban preparadas para escalar árboles, sino solo para correr por el suelo y sobre las piedras, lo que puede hacer perfectamente. Ante este dilema, se acordó de su viejo amigo el mono, quien, como él sabía, podía escalar árboles mejor que nadie. Decidió pedirle ayuda, y partió a buscarlo.

Corrió al estilo cangrejo por la ribera pedregosa, llegó a los caminos del sombrío bosque, donde encontró al mono echándose una siesta en su pino favorito, con la cola apretando una rama para evitar caerse mientras dormía. Se despertó del todo sin problemas, sin embargo, cuando oyó que lo llamaban, y escuchó con atención al cangrejo. Cuando se enteró de que la semilla que había cambiado hacía tanto tiempo por un onigiri se había convertido en un árbol y estaba dando buen fruto, se alegró, pues había preparado un astuto plan para quedarse con los caquis.

Aceptó ir con el cangrejo para coger la fruta para él. Cuando llegaron al lugar, el mono se sorprendió al ver qué árbol tan bueno había salido de la semilla, y qué gran número de caquis maduros doblaban las ramas.



El mono empezó a comerse los caquis tan rápido como podía.

Escaló a toda prisa el árbol, y empezó a coger y comerse, tan rápido como podía, un caqui tras otro. Siempre elegía el mejor y el más maduro que encontraba, y siguió hasta que no pudo comer más. No dio ni una al

hambriento cangrejo que esperaba en el suelo, y cuando hubo terminado, solo quedaba la fruta verde y dura.

Puedes imaginarte cómo se sentía el pobre cangrejo después de esperar pacientemente, durante tanto tiempo, a que creciera el árbol y, cuando la fruta ya había madurado, ver al mono devorar todos los caquis buenos. Estaba tan decepcionado que estuvo corriendo alrededor del árbol, gritándole que recordara su promesa. El mono al principio no se dio cuenta de las quejas del cangrejo, pero cuando se cansó, agarró el caqui más verde y más duro que pudo encontrar y se lo tiró a la cabeza al cangrejo. El caqui es tan duro como una piedra cuando está verde. El proyectil del mono dio de lleno, y el golpe le dolió mucho al cangrejo. Una y otra vez, tan rápido como podía recogerlos, el mono cogió todos los caquis duros y se los tiró al indefenso cangrejo hasta que cayó muerto, cubierto de heridas por todo el cuerpo. Allí, quedó con un aspecto horrible al pie del árbol que él mismo había plantado.

Cuando el malvado mono vio que había matado al cangrejo, huyó del lugar tan rápido como pudo, temblando de miedo, como el cobarde que era.

El cangrejo tenía un hijo que había estado jugando con un amigo cerca de donde esto había tenido lugar. De camino a casa, se encontró a su padre muerto, en la peor condición, su cabeza aplastada y la concha rota en varios lugares, y alrededor de su cuerpo yacían los caquis inmaduros que habían sido las armas del delito. Ante esta horrible visión, el pobre cangrejito se sentó y lloró.

Pero cuando hubo llorado un tiempo, se dijo que llorar no le serviría de nada. Era su trabajo vengarse del asesinato de su padre, y estaba decidido a hacerlo. Buscó alguna pista que le llevara a descubrir al asesino. Al mirar al árbol, se dio cuenta de que había desaparecido la mejor fruta, y que lo único que había alrededor del árbol eran trozos de piel y muchas semillas, así como los caquis verdes que habían acabado con su padre. Entonces entendió que el mono era el asesino, pues recordó que su padre le había contado una vez la historia del onigiri y la semilla de caqui. El joven cangrejo sabía que el caqui era la fruta favorita de los monos, y pensó que

era seguro que la avaricia por la fruta deseada había sido la causa de la muerte del anciano cangrejo.

Al principio pensó en atacar al mono al momento, pues ardía de rabia. Después pensó, sin embargo, que era inútil, pues el mono era viejo y astuto, y sería difícil vencerlo. Debía derrotarlo en su propio juego y pedir a algunos de sus amigos que lo ayudaran, pues sabía que él solo no podría matarlo.

El joven cangrejo partió al instante a visitar al mortero, el viejo amigo de su padre, y le contó lo que había ocurrido. Le pidió consejo con lágrimas en los ojos acerca de cómo vengar la muerte de su padre. El mortero sintió mucha pena cuando escuchó la horrible historia, y le prometió al momento ayudarle a castigar al mono con la muerte. Le avisó que tenía que tener mucho cuidado con lo que hiciera, pues el mono era un enemigo fuerte y astuto. El mortero mandó llamar también a la abeja y a la castaña, que también habían sido buenas amigas del cangrejo, para hablar con ellos del asunto. En poco tiempo, llegaron la abeja y la castaña. Cuando les contaron los detalles de la muerte del viejo cangrejo y de la maldad y la avaricia del mono, ambos aceptaron con alegría ayudar al joven cangrejo en su venganza.

Hablaron mucho tiempo sobre las formas de llevar a cabo sus planes, después, se separaron y el mortero se fue a casa con el joven cangrejo para ayudarlo a enterrar a su pobre padre.

Mientras sucedía todo esto, el mono se felicitaba, como los malvados a veces hacen antes de que les llegue su castigo, de lo bien que había hecho todo. Pensó que estaba bien haber robado a su amigo todos los caquis maduros y después haberlo matado. Aun así, por más que sonreía, no podía evitar del todo temer las consecuencias si se conocieran sus malvados actos. Si lo descubrían, aunque él pensaba que era imposible, pues había escapado sin ser visto, la familia del cangrejo le odiaría y buscaría venganza. Así que no saldría y se quedaría en casa varios días. Descubrió, sin embargo, que ese tipo de vida era extremadamente aburrida, acostumbrado como estaba a vivir libre entre los árboles.

—¡Nadie sabe que fui yo quien mató al cangrejo! —dijo para sí mismo—. Estoy seguro de que el anciano expiró antes de que lo dejara. ¡Los

cangrejos muertos no tienen boca! ¿Quién va a decir que era un asesino? Como nadie lo sabe, ¿de qué sirve que me encierre y me preocupe sobre el asunto? ¡A lo hecho, pecho!

Con esto, se acercó al poblado de los cangrejos y se acercó tan silenciosamente como pudo a la casa de su antiguo amigo e intentó escuchar lo que decían los vecinos. Quiso descubrir lo que decían sobre la muerte de su jefe, pues eso había sido el anciano. Pero no escuchó nada.

—¡Son tan tontos que no saben y no les importa quién asesinó a su jefe!
—se dijo.

Poco podía imaginarse con su «sabiduría de mono» que esta poca preocupación era parte del plan del joven cangrejo. Él fingía a propósito no saber quién había matado a su padre, y también que creía que había muerto por un error suyo. Con esto quería mantener en secreto la venganza, pues estaba meditando cómo hacerlo.

Así, el mono volvió a casa de su paseo bastante contento. Se dijo que no tenía nada que temer.

Un buen día, mientras el mono estaba sentado en casa, le sorprendió la aparición de un mensajero del joven cangrejo. Mientras se preguntaba qué podía significar, el mensajero hizo una reverencia.

—Me ha mandado mi señor para informarle de que su padre murió el otro día cuando se cayó del árbol del caqui mientras intentaba escalarlo buscando su fruta. Hoy, al ser el séptimo día, es el primer memorial después de su muerte, y mi maestro ha preparado un pequeño festival en nombre de su padre, y le invita a participar en él, ya que era uno de sus mejores amigos. Mi señor espera que honre su casa con una amable visita.

Cuando el mono escuchó estas palabras, se alegró en el fondo de su corazón, pues ya no tenía miedo alguno de ser sospechoso. No podía imaginarse que había una conspiración en su contra. Fingió sorprenderse por la noticia de la muerte del cangrejo.

—Lamento mucho la muerte de su jefe. Éramos grandes amigos, como sabe. Recuerdo que una vez intercambiamos un onigiri y la semilla del caqui. Me apena pensar que la semilla fue al final la causa de su muerte. Acepto su amable invitación con mucho agradecimiento. ¡Estaré encantado

de honrar a mi pobre amigo! —E hizo que unas falsas lágrimas cayeran de sus ojos.

El mensajero se rio para sí mismo y pensó: «El malvado mono suelta ahora falsas lágrimas, pero en poco tiempo serán reales». Pero en voz alta, agradeció al mono con educación y volvió a casa.

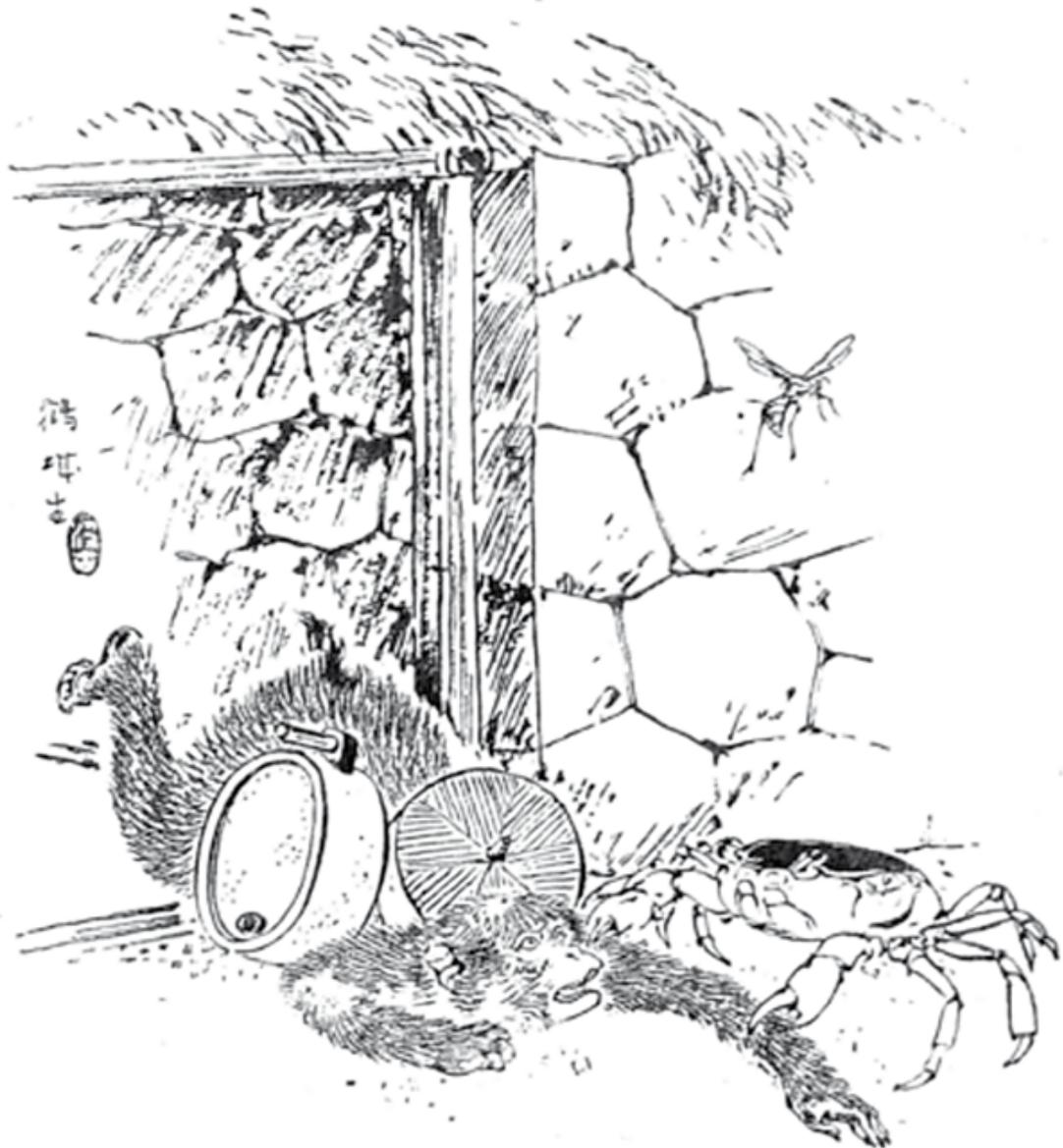
Cuando se hubo marchado, el malvado mono se rio al pensar en la inocencia del joven cangrejo, y sin preocuparse en lo más mínimo, empezó a desear que llegara el festín que habría ese día en honor del cangrejo muerto, al que había sido invitado. Se cambió de ropa y partió solemnemente para visitar al joven cangrejo.

Descubrió a toda la familia del cangrejo y a sus familiares esperando para recibirle y darle la bienvenida. En cuanto terminaron las reverencias, lo llevaron a una sala. Allí, el joven jefe de luto lo recibió. Se intercambiaron expresiones de condolencia y agradecimiento, y después se sentaron para tomarse un lujoso festín, del que el mono fue el invitado de honor.

Cuando terminó, se le invitó a la habitación de la ceremonia del té a beber una taza. El joven cangrejo lo llevó allí y después se retiró. Pasó el tiempo y no volvía. El mono se impacientó.

—Esta ceremonia del té siempre es un asunto muy lento. Estoy cansado de esperar. ¡Estoy sediento después de beber tanto sake en la cena!

Se acercó después a la chimenea de carbón, y empezó a echar agua caliente en la tetera que hervía allí, cuando algo salió de las cenizas con un pop y golpeó al mono directamente en el cuello. Era la castaña, una de las amigas del cangrejo, que se había escondido en el fuego. El mono, sorprendido, dio un salto y salió corriendo de la habitación.



Fue culpa de tu padre —dijo el mono, sin arrepentirse.

La abeja, que estaba escondida detrás de la puerta, salió volando y le picó en la mejilla. El mono estaba sufriendo mucho dolor, pues el cuello le ardía por la castaña, y la picadura de la abeja le dolía mucho en el rostro, pero corrió gritando y balbuceando de ira.

El mortero de piedra se había escondido con otras piedras sobre la puerta del cangrejo, y el mono corrió debajo, el mortero y todas las rocas

cayeron sobre su cabeza. ¿Era posible que el mono soportara el peso del mortero al caerse sobre él desde lo alto de la puerta? Yacía aplastado y con mucho dolor, casi incapaz de levantarse. En ese momento, el joven cangrejo se acercó y, con las enormes garras como tijeras sobre el mono, dijo:

—¿Recuerdas que asesinaste a mi padre? Prepárate para morir.

—Entonces, ¿eres... mi... enemigo? —resolló el mono.

—Por supuesto —dijo el joven cangrejo.

—¡Fue... culpa... de... tu... padre! —dijo el mono, sin arrepentirse.

—¿Todavía puedes mentir? ¡Pronto dejarás de respirar! —Y cortó la cabeza del mono con sus pinzas. Así el malvado mono encontró su merecido castigo, y el joven cangrejo vengó la muerte de su padre.

Este es el fin de la historia del mono, el cangrejo y la semilla de caqui.

El mono sagaz y el jabalí

Hace mucho, mucho tiempo, en la provincia de Shinshin en Japón, vivía un viajero que se ganaba la vida llevando a un mono y mostrando los trucos que había aprendido el animal.

Una noche, el hombre llegó a casa de muy mal humor y dijo a su esposa que mandara llamar al carnicero por la mañana.

—¿Por qué quieres que mande llamar al carnicero? —le preguntó muy confusa.

—No sirve de nada que siga llevando al mono, es demasiado viejo y se olvida de sus trucos. Lo golpeo con el bastón de todas las formas que sé, pero no baila adecuadamente. Debo vendérselo al carnicero ahora y conseguir todo el dinero que pueda. No hay nada más que hacer.

La mujer sintió mucha lástima por el pobre animalito, y suplicó al marido que perdonara al mono, pero fue en vano, pues este estaba decidido a vendérselo al carnicero.

El mono, sin embargo, estaba en la habitación contigua y escuchó toda la conversación. No tardó en comprender que iban a matarlo y se dijo:

—¡Qué monstruo es mi señor! Yo, que le he servido fielmente durante años, y, en vez de permitirme acabar mis días cómodo y en paz, va a dejar que me mate el carnicero, y mi pobre cuerpo será asado, guisado y comido. ¡Qué horror! ¡¿Qué puedo hacer?! ¡Ah! ¡Qué idea más brillante! Hay, como bien sé, un jabalí salvaje que vive en el bosque cercano. He oído hablar de su sabiduría. Quizá si voy y le cuento el problema en el que me encuentro, me dé algún consejo. Iré y lo intentaré.

No había tiempo que perder. El mono se escapó de la casa y corrió cuanto pudo para encontrar al jabalí. Este estaba en casa, y el mono comenzó a contarle su historia al momento.



El mono comenzó a contar la historia al jabalí.

—Buen señor Jabalí, he oído hablar de su excelente sabiduría. Tengo un gran problema, y solo usted puede ayudarme. He envejecido al servicio de mi señor y, como ahora no puedo bailar apropiadamente, tiene la intención de venderme al carnicero. ¿Qué me aconseja que haga? ¡Conozco bien su astucia!

Al jabalí le complacieron los halagos y se decidió a ayudar al mono. Pensó un poco y dijo:

—¿No tiene tu señor un bebé?

—Oh, sí —dijo el mono—, un bebé adorable.

—¿Y no está cerca de la puerta por la mañana cuando tu señora empieza a trabajar? Bien, pues me acercaré pronto y en cuanto tenga una oportunidad, agarraré al niño y correré con él.

—¿Y entonces? —dijo el mono.

—Vaya, la madre se llevará un tremendo susto, y antes de que tu señor y ella sepan qué hacer, debes correr tras de mí, rescatar al niño y devolvérselo a sus padres. Ya verás cómo, cuando llegue el carnicero, ellos no podrán venderte.

El mono le agradeció al jabalí su ayuda muchas veces, y volvió a casa. No durmió demasiado esa noche, como podéis imaginar, al pensar en la mañana. Su vida dependía de que el plan del jabalí funcionara. Fue el primero en levantarse, esperando ansioso lo que había de ocurrir. Le pareció que pasaba mucho tiempo antes de que la esposa del señor empezara a moverse y abriera las ventanas para dejar entrar la luz del día. Entonces, todo ocurrió como el jabalí había planeado. La madre colocó a su hijo cerca del porche, como era habitual, mientras limpiaba la casa y preparaba el desayuno.

El niño estaba canturreando feliz a la luz del sol de la mañana, toqueteando las esterillas, jugando con las luces y las sombras. De repente, hubo un ruido en el porche y un fuerte grito del niño. La madre salió corriendo de la cocina al momento, solo para ver cómo el jabalí desaparecía a través de la puerta con su hijo en sus garras. Lanzó las manos al cielo con un aullido de desesperación y corrió a la habitación interior donde su marido seguía durmiendo sin inmutarse.

Se irguió lentamente y se restregó los ojos. Molesto, preguntó a su esposa por qué estaba haciendo tanto ruido. Para cuando el hombre supo lo que había ocurrido y ambos salieron por la puerta, el jabalí se había alejado bastante, pero vieron al mono correr tras el ladrón con todas sus fuerzas.

Tanto el hombre como su esposa se conmovieron ante la conducta heroica del sagaz mono, y su gratitud no tuvo límite cuando el leal mono devolvió al niño a salvo entre sus brazos.

—¡Mira! —dijo la esposa—. ¡Este es el animal al que querías matar! Si el mono no hubiera estado aquí, ya no tendríamos a nuestro hijo.



El mono corría tras el ladrón tan rápido como lo permitían sus piernas.

—Por una vez, esposa mía, tienes razón —dijo el hombre mientras llevaba al niño a la casa—. Puedes despedir al carnicero cuando venga, y ahora preparáanos un buen desayuno, y esmérate con el del mono.

Cuando el carnicero llegó, se le despidió con una petición de carne de jabalí para la cena. El resto de su vida, el mono recibió todo el cariño de la familia y pudo vivir en paz y su señor no volvió a golpearlo.

La liebre blanca y los cocodrilos

Hace mucho, mucho tiempo, cuando todos los animales podían hablar, vivía en la provincia de Inaba en Japón una pequeña liebre blanca. Su casa estaba en la isla de Oki, y al otro lado del mar estaba la tierra de Inaba.

La liebre quería pasar a la tierra de Inaba. Día tras día, salía y se sentaba en la playa y miraba al otro lado del agua hacia Inaba, y día tras día deseaba que hubiera alguna forma de pasar allí.

Un día, como de costumbre, la liebre estaba en la playa, con la mirada perdida en el horizonte, cuando vio a un gran cocodrilo nadando cerca de la isla.

«¡Qué suerte!», pensó la liebre. «Ahora podré conseguir mi deseo. ¡Pediré al cocodrilo que me lleve al otro lado del mar!».

Pero dudaba mucho de que el cocodrilo aceptara sin más. Así que pensó que en vez de pedir un favor, intentaría engañarlo.

Con una fuerte voz, llamó al cocodrilo.

—Oh, señor Cocodrilo, ¡qué buen día hace!

El cocodrilo, que había salido a disfrutar de la luz del sol, estaba empezando a sentirse solitario cuando el saludo alegre de la liebre rompió el silencio. El cocodrilo nadó cerca de la costa, feliz al escuchar la voz de alguien.

—¡Me pregunto quién me ha hablado ahora mismo! ¿Fue usted, señora Liebre? ¡Debe sentirse muy sola!

—Oh, no, no estoy sola para nada —dijo la liebre—, pero era un día tan bueno que salí a disfrutarlo. ¿No querrá jugar un rato conmigo?

El cocodrilo salió del mar y se aposentó en la playa, y los dos jugaron juntos un rato.

—Señor Cocodrilo, vive en el mar y yo en esta isla, así que no nos encontramos a menudo, por eso, sé muy poco sobre usted. Dígame, ¿cree que hay más de los suyos que de los míos?

—Por supuesto, hay más cocodrilos que liebres —respondió el cocodrilo—. ¿No puede verlo usted misma? Vive en esta pequeña isla, mientras que yo vivo en el mar, que se extiende por todo el mundo, así que si llamo a todos los cocodrilos que viven en el mar, las liebres no tendrán ninguna oportunidad.—El cocodrilo estaba muy confiado.

La liebre pensaba engañar al cocodrilo.

—¿Cree que es posible llamar a suficientes cocodrilos para hacer una línea desde la isla hasta Inaba a través del mar?

El cocodrilo lo pensó un momento.

—Por supuesto, es posible.

—Entonces, inténtelo —dijo la artera liebre—, ¡y los contaré desde aquí!

El cocodrilo, que era muy simple, y que no tenía la menor idea de que la liebre intentaba engañarlo, aceptó su petición.

—¡Espere un poco mientras voy al mar y llamo a mi gente!

El cocodrilo se lanzó al mar y desapareció un tiempo. La liebre, mientras tanto, esperó pacientemente en la playa. Cuando el cocodrilo volvió, traía consigo un gran número de cocodrilos.

—¡Mire, señora Liebre! —dijo el cocodrilo—. No nos cuesta nada a mis amigos y a mí formar una línea desde aquí hasta Inaba. Hay suficientes cocodrilos para llegar desde aquí hasta China o India. ¿Ha visto alguna vez tantos cocodrilos?

Entonces todo el grupo de cocodrilos se colocaron en el agua para formar un puente entre la isla de Oki y la tierra de Inaba. Cuando la liebre vio el puente, dijo:

—¡Qué espléndido! No creí que esto fuera posible. ¡Ahora, déjenme contarles! Para hacerlo, sin embargo, con su permiso, deberé andar sobre su lomo hasta el otro lado, así que por favor, no se muevan, ¡o me caeré en el mar y me ahogaré!

Cuando la liebre saltó desde la isla al extraño puente de cocodrilos contó mientras saltaba de un lomo al otro.

—Por favor, quédense quietos o no podré contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve...

Así la astuta liebre llegó sin problemas a la tierra de Inaba. No contenta con conseguir su deseo, empezó a reírse de los cocodrilos en vez de agradecerse cuando abandonó el lomo del último.

—¡Oh! ¡Estúpidos cocodrilos! ¡Me he reído de ustedes!

Y estaba a punto de huir con toda la velocidad que podía. Pero no escaparía tan fácilmente, pues pronto los cocodrilos comprendieron que los había engañado para pasar al otro lado, y que la liebre ahora se estaba riendo de ellos por su estupidez, se enfurecieron y decidieron vengarse. Así, algunos corrieron detrás de la liebre y la capturaron. Entonces, todos rodearon al pobre animalito y le arrancaron todo el pelo. Gritó con fuerza y les pidió que la perdonaran, pero con cada trozo de piel que le arrancaban, dijeron:



Algunos cocodrilos corrieron detrás de la liebre y la capturaron.

—¡Lo tiene merecido!

Cuando los cocodrilos le quitaron el último trozo de pelo, tiraron a la pobre liebre a la playa, y se alejaron riéndose de lo que habían hecho.

La liebre daba pena, le habían arrancado todo su bello pelo blanco, y su pequeño cuerpo desnudo estaba temblando con el dolor y sangrando sin cesar. Apenas podía moverse, todo lo que podía hacer era quedarse tumbada en la playa y llorar por la desgracia que le había ocurrido. Aunque era culpa suya, que se había buscado todo ese sufrimiento, cualquiera que viera a la pequeña criatura no podía evitar sentir lástima de ella por su triste situación, pues los cocodrilos habían sido muy crueles en su venganza.

En ese momento, un número de hombres, que parecían hijos de un rey, pasaron cerca, y al ver a la liebre en la playa llorando, se detuvieron y le preguntaron qué había sucedido.

La liebre levantó la cabeza de entre sus patas y respondió:

—Me he peleado con unos cocodrilos, pero me vencieron, me arrancaron el pelaje y me dejaron aquí para que sufriera, por eso estoy llorando.

Os sorprenderá saber que uno de los jóvenes tenía una mala y vengativa disposición. Pero fingió amabilidad, y le dijo a la liebre:

—Lo siento mucho. Si quisieras, conozco un remedio que curaría tu cuerpo dolorido. Ve y báñate en el mar, luego vuelve y siéntate al viento. Eso hará que vuelva a crecerte el pelo, y así estarás como al principio.

Después, todos los jóvenes siguieron su camino. La liebre estaba muy contenta de haber encontrado una cura. Fue y se bañó en el mar, y salió y se sentó al viento.

Pero cuando el viento la secó, la piel se endureció y la sal incrementó el dolor tanto que se arrastraba en la arena con agonía y lloró con fuerza.

Entonces, pasó otro hijo del rey, que llevaba una gran bolsa a la espalda. Vio a la liebre, se detuvo y preguntó por qué lloraba tanto.

Pero la pobre liebre, al recordar que el hombre que la había engañado era muy parecido al que le hablaba en ese momento, no respondió, sino que continuó llorando.

Pero este hombre tenía buen corazón, y miró compasivamente a la liebre.



Este hombre tenía buen corazón, y miró compasivamente a la liebre.

—¡Pobrecilla! Veo que te han quitado todo el pelo y han dejado la piel bastante desnuda. ¿Quién te ha tratado con tanta crueldad?

Cuando la liebre escuchó estas amables palabras, se sintió agradecida, y animada por su bondad, la liebre le habló de todo lo que le había ocurrido. El pequeño animal no le ocultó nada a su amigo, sino que le contó con franqueza cómo había engañado a los cocodrilos y cómo había cruzado el puente que habían hecho, pensando que deseaba contar el número; cómo se había burlado entonces de ellos por su estupidez, y cómo los cocodrilos se

habían vengado. Después, continuó hablando de cómo la había engañado un grupo de hombres que se parecían mucho a su amable amigo, y la liebre terminó su larga historia de desdichas rogando al hombre que le diera alguna medicina que la curara y le hiciera crecer de nuevo el pelo.

Cuando la liebre terminó su historia, el hombre sintió mucha compasión y dijo:

—Siento mucho todo lo que has sufrido, pero recuerda, todo ha sido consecuencia de tu engaño a los cocodrilos.

—Lo sé —dijo la arrepentida liebre—, pero me he arrepentido y he decidido no engañar nunca más, así que te suplico que me enseñes cómo puedo curar mi cuerpo dolorido y que me crezca de nuevo el pelo.

—Entonces, te contaré un buen remedio —dijo el hombre—. Primero ve y báñate bien en el lago de allí para quitarte toda la sal del cuerpo. Después coge esas flores de kava que crecen cerca del borde del agua, échalas en el suelo y rueda sobre ellas. Si haces eso, el polen hará que vuelva a crecerte el pelo, y en poco tiempo estarás perfectamente.

La liebre estaba muy feliz ante la nueva idea, tan amable. Se arrastró hasta el lago que le había señalado, se bañó bien en ella, tomó las flores cerca del agua y rodó sobre ellas.

Para su sorpresa, incluso mientras lo estaba haciendo, vio que su bonito pelo blanco le crecía de nuevo, el dolor cesó y se sintió tan bien como antes de que todo empezara.

La liebre se alegró por su rápida recuperación y fue saltando alegre hasta el joven que la había ayudado y se arrodilló a sus pies.

—¡No tengo palabras para expresar mi agradecimiento! Desearía poder darte algo a cambio. ¿Podrías decirme quién eres?

—No soy el hijo de ningún rey, como crees. Soy un hada, y me llamo Okuninushi no Mikado —respondió el hombre— y esos seres que pasaron antes eran mis hermanos. Han oído hablar de una bella princesa llamada Yakami que vive en la provincia de Inaba y van en su busca para pedir que se case con alguno de ellos. Pero en esta expedición soy solo un sirviente y me han dejado atrás con esta gran bolsa en mi espalda.



Cuando la princesa miró el rostro del amable hombre se acercó hasta él directamente.

La liebre se arrodilló de nuevo ante el gran hada Okuninushi no Mikado a quien muchos adoraban como un dios en aquella parte de la tierra.

—¡Oh, no sabía que eras Okuninushi no Mikado! ¡Qué amable has sido conmigo! Es imposible creer que ese desagradable tipo que me envió a bañarme en el mar sea uno de tus hermanos. Estoy segura de que la princesa, a quien han ido a buscar tus hermanos, se negará a ser la esposa de ninguno de ellos, y te preferirá a ti por la bondad de tu corazón. Estoy segura de que te ganará su corazón sin querer, y te pedirá ser tu mujer.

Okuninushi no Mikado no prestó atención a lo que decía la liebre, sino que se despidió de ella, siguió su camino y alcanzó pronto a sus hermanos. Lo hizo justo cuando llegaban a la puerta de la princesa.

Como la liebre había dicho, la princesa no podía aceptar ser la esposa de ninguno de los hermanos, pero cuando ella miró el rostro del amable hombre se acercó hasta él directamente.

—A ti me entrego —le dijo, y así se casaron.

Este es el final de la historia. Okuninushi no Mikado es adorado por la gente en algunas partes de Japón, como un dios, y la liebre se hizo famosa como «la liebre blanca de Inaba». Pero nadie sabe qué pasó con los cocodrilos.

Las aventuras de Kintarō, el chico de oro

Hace mucho, mucho tiempo, vivía en Kioto un valiente soldado llamado Kintoki. Se enamoró de una hermosa dama y se casó con ella. No mucho después, debido a la maldad de algunos de sus amigos, cayó en desgracia con la corte y fue despedido. Esta desgracia se cebó con su mente hasta el punto de que no sobrevivió mucho tiempo después, y murió, dejando en el mundo una hermosa y joven esposa que debería enfrentarse sola al mundo. Temiendo a los enemigos de su marido, huyó a las montañas Ashigara en cuanto este murió y, allí, en los solitarios bosques, por donde solo pasaban los leñadores, nació un pequeño niño, al que llamó Kintarō («Chico de Oro»). Lo más asombroso sobre este niño era su enorme fuerza y, conforme crecía, esta aumentaba. Cuando cumplió los ocho años ya era capaz de cortar árboles tan deprisa como los leñadores. Entonces su madre le dio una gran hacha, y solía ir al bosque a ayudar a los leñadores, que lo llamaban «Chico Maravilla» y a su madre «la Anciana de la Montaña», pues no conocían su verdadero rango. Otro de los pasatiempos de Kintarō era romper en pedazos rocas y piedras. ¡Ya os podéis imaginar cuán fuerte era!

A diferencia de otros niños, Kintarō creció solo en las montañas, y como no tenía compañeros, se hizo amigo de todos los animales y aprendió a comprenderlos y a hablar su extraña lengua. Poco a poco, todos acabaron domesticados y veían en Kintarō a su maestro, y él los empleaba como sirvientes y mensajeros. Pero sus vasallos más importantes eran la osa, el ciervo, el mono y la liebre.

La osa traía a veces a sus oseznos para que jugaran con Kintarō, y cuando volvía para llevárselos a casa, Kintarō se subía a su espalda e iba con ella hasta la cueva. También le tenía mucho cariño al ciervo y, a menudo, rodeaba

el cuello de la criatura con sus brazos para mostrar que sus largos cuernos no lo asustaban. Nunca dejaban de divertirse.

Un día, como era habitual, Kintarō fue a las montañas seguido por la osa, el ciervo, el mono y la liebre. Después de caminar un tiempo colina arriba y valle abajo y atravesar carreteras desastradas, de repente llegaron a una llanura verde y amplia, cubierta con hermosas flores salvajes.

Ese era, sin duda, un agradable lugar para divertirse todos juntos. El ciervo restregó sus cuernos contra un árbol por placer, el mono se rascó la espalda, la liebre se alisó las largas orejas y la osa soltó un gruñido de satisfacción.

—Este es un buen lugar para jugar un rato. ¿Qué os parece un combate cuerpo a cuerpo? —dijo Kintarō.

—Eso será muy divertido —dijo la osa, al ser la más grande y la mayor—. Soy el animal más fuerte, así que haré la plataforma para los luchadores. —Se puso a trabajar con ganas para levantar la tierra y apisonarla.

—Muy bien —dijo Kintarō—. Os miraré mientras lucháis. Daré un premio al que gane cada ronda.

—¡Qué divertido! Intentemos todos ganar el premio—dijo la osa.

El ciervo, el mono y la liebre ayudaron a la osa a construir la plataforma en la que lucharían. Cuando terminaron, Kintarō gritó:

—¡Empecemos! El mono y la liebre empezarán el torneo y el ciervo será el árbitro. Ahora, señor Ciervo, ¡haz de árbitro!

—¡Je, je! —rio el ciervo—. Seré el árbitro. Ahora, señor Mono y señora Liebre, si estáis preparados, entrad y situaos en vuestros lugares en la plataforma.

Entonces el mono y la liebre se subieron de un salto, ágiles y rápidos, a la plataforma de combate. El ciervo, como árbitro, se situó entre los dos.



Entonces el mono y la liebre se subieron de un salto.

—¡Espalda roja! ¡Espalda roja! —dijo al mono, que en Japón tiene la espalda roja—. ¿Estás preparado?

Después se giró hacia la liebre.

—¡Orejona! ¡Orejona! ¿Estás preparada?

Ambos luchadores se quedaron frente a frente mientras el ciervo alzaba una hoja como señal. Cuando soltó la hoja, el mono y la liebre se lanzaron el uno contra el otro al grito de: «¡Yoisho! ¡Yoisho!».

Durante el combate, el ciervo animó o gritó advertencias a cada uno mientras la liebre y el mono se empujaban cerca del borde de la plataforma y estaban en peligro de caerse.

—¡Espalda roja! ¡Espalda roja! ¡Mantente firme! —gritó.

—¡Orejona! ¡Orejona! ¡Con fuerza, con fuerza! ¡No dejes que el mono te venza! —gruñó la osa.

Así, el mono y la liebre, animados por sus amigos, se esforzaron al máximo para vencer al contrario. Al final la liebre venció al mono. Pareció que este se tropezaba y la liebre lo empujó y lo mandó volando fuera de la plataforma.

El pobre mono se sentó y se frotó la espalda. Y se le veía muy triste mientras se lamentaba.

—¡Oh, oh! ¡Cómo me duele la espalda, cómo me duele la espalda!

Al ver al mono en esas condiciones, el ciervo levantó de nuevo la hoja.

—Esta ronda ha terminado, la liebre ha ganado.

Kintarō abrió su cesta para la comida y sacó un dulce de arroz. Se lo dio a la liebre.

—¡Aquí tienes tu premio, y te lo has ganado!

El mono se levantó muy molesto, y, como dicen en Japón, «su estómago se levantó», pues sintió que no había perdido limpiamente.

—No ha sido una lucha justa. Mi pie se deslizó y yo me tambaleé. Dadme otra oportunidad de luchar con la liebre otra ronda —le dijo a Kintarō y al resto que estaba cerca.

Kintarō lo aceptó y la liebre y el mono volvieron a luchar. Como todo el mundo sabe, el mono es un animal astuto por naturaleza, y decidió hacer todo lo posible para ganar a la liebre en esta ocasión. Para ello, pensó que lo mejor era agarrar las largas orejas de la liebre. Pronto consiguió hacerlo. La liebre bajó la guardia por el dolor que daba que le tiraran de las orejas con tanta fuerza, y el mono aprovechó la oportunidad, cogió una de las patas de la liebre y la mandó al suelo. El mono fue el ganador en esa ocasión y recibió otro dulce de arroz de manos de Kintarō, lo que lo alegró tanto que olvidó su dolor de espalda.

El ciervo se acercó y le preguntó a la liebre si se veía con fuerzas para otro combate y si le gustaría probar contra él. La liebre aceptó y se levantó para combatir. La osa se adelantó para actuar de árbitro. El ciervo con sus largos cuernos y la liebre con sus largas orejas hubieran sido una divertida imagen para aquellos que vieran este extraño combate. De repente, el ciervo

se arrodilló y la osa con la hoja en alto lo declaró vencido. De esta manera, el pequeño grupo se divirtió hasta que estuvieron cansados.

Al cabo de un tiempo, Kintarō se levantó y dijo:

—Es suficiente por hoy. Qué sitio más agradable hemos encontrado para combatir, volveremos mañana. Ahora, vamos a casa. ¡Venid! —Kintarō llevó a todos los animales hacia la casa.

Después de caminar un poco, llegaron a la ribera de un río que avanzaba por un valle. Kintarō y sus cuatro amigos peludos se acercaron y buscaron alguna forma de cruzar. No había ningún puente. El río corría haciendo «don, don». Todos los animales estaban serios, pensando en cómo podrían cruzar el agua para llegar a casa esa noche.

Kintarō, sin embargo, dijo:

—Esperad un momento. Haré un buen puente para todos vosotros en unos minutos.

La osa, el ciervo, el mono y la liebre lo miraron para ver qué hacía entonces.

Kintarō avanzó de árbol en árbol, cercanos todos a la orilla del río. Al final, se detuvo frente a uno grande que crecía justo al borde del agua. Sujetó el tronco y tiró con todas sus fuerzas.

—Una, dos y tres —gritó.

Entonces, ante la grandiosa fuerza de Kintarō, las raíces salieron del suelo y, con un ruido estentóreo, cayó el árbol, creando un excelente puente sobre el río.

—¿Veis? —dijo Kintarō—. ¿Qué os parece mi puente? Es bastante seguro, así que seguidme. —Y avanzó el primero. Los cuatro animales lo siguieron. Nunca habían visto a nadie tan fuerte.

—¡Qué fuerza! ¡Qué fuerza! —gritaron todos.

Mientras todo esto pasaba, cerca del río, un leñador, que estaba por fortuna en una piedra cercana, lo vio todo. Observó sorprendido a Kintarō y a sus amigos animales. Se frotó los ojos para asegurarse de que no estaba soñando cuando vio al chico sacar un árbol de raíz y tirarlo encima del río para hacer un puente.

El leñador, pues eso era lo que parecía por su vestimenta, se maravilló y se dijo:

—No es un niño ordinario. ¿De quién puede ser hijo? Lo descubriré antes de que acabe el día.

Se apresuró a seguir al extraño grupo y cruzó el puente tras ellos. Kintarō no sabía nada de todo esto, y poco podía imaginarse que lo estaban siguiendo. Al llegar al otro lado del río, se separó de los animales, pues ellos tenían que volver a sus guaridas en el bosque, mientras que él tenía que ir a ver a su madre, que lo estaba esperando.

En cuanto entró a la cabaña, que parecía una caja de cerillas en el corazón del pinar, se acercó a saludar a su madre.

—¡Madre, ya estoy aquí!

—¡Oh, Kintaro! —dijo su madre con una sonrisa brillante, feliz por ver a su hijo llegar a casa sano y salvo después del largo día—. Qué tarde llegas hoy. Temía que te hubiera ocurrido algo. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Me llevé a mis cuatro amigos, la osa, el ciervo, el mono y la liebre, a las colinas y allí hice que compitieran peleando, para ver quién era el más fuerte. Todos nos divertimos y queremos ir mañana al mismo sitio para hacer otra competición.

—Entonces, ¿quién es el más fuerte de todos? —preguntó su madre, como si no supiera la respuesta.

—Oh, madre —dijo Kintarō—. ¿Acaso no sabes que yo soy el más fuerte? No necesito competir con ellos para saberlo.

—¿Y después de ti?

—La osa, sin duda.

—¿Y después?

—Después de la osa no está tan claro, pues el ciervo, la liebre y el mono tienen una fuerza parecida.

De repente, Kintarō y su madre se vieron sorprendidos por una voz que llegó desde fuera.

—¡Escucha, chaval! La próxima vez, lleva a este anciano contigo. ¡Me apetece divertirme un rato también!

Era el anciano leñador que había seguido a Kintarō desde el río. Se quitó las sandalias y entró a la cabaña. La Anciana de la Montaña y su hijo se quedaron sorprendidos. Miraron interrogantes al intruso y vieron que no lo conocían de nada.

—¿Quién eres tú? —gritaron al unísono.

El leñador rio.

—Ahora mismo no importa quién soy, veamos esa fuerza, chico. ¿Crees que podrías ganarme en un pulso?

Entonces Kintarō, que había vivido toda su vida en el bosque, respondió al anciano sin ninguna cortesía:

—Podemos intentarlo, pero será mejor que no te enfades pierda quien pierda.

Entonces, Kintarō y el leñador alargaron el brazo derecho y se agarraron de la mano. Durante un rato largo, Kintarō y el anciano lucharon así, intentando girar el brazo del otro, pero el anciano era muy fuerte, y la extraña pareja estaba en igualdad de condiciones. Por fin, el anciano desistió, declarando un empate.

—Sin duda, eres un chaval muy fuerte. ¡Pocos hombres pueden comparar su fuerza con la de mi brazo derecho!—dijo el leñador—. Te vi en la ribera del río hace unas horas, cuando arrancaste ese gran árbol para hacer un puente con el que cruzar. No podía creer lo que había visto, así que te seguí a casa. La fuerza de tu brazo, que acabo de comprobar, prueba lo que vi esta tarde. Cuando hayas crecido, sin duda serás el hombre más fuerte de todo Japón. Es una lástima que estés oculto en estas montañas.

Entonces se giró hacia la madre de Kintarō.

—Y tú, mujer, ¿no has pensado en llevar a tu hijo a la capital y enseñarle a llevar una espada como corresponde a un samurái?

—Es muy amable por su parte interesarse así por mi hijo —respondió la madre—, pero como puede ver es salvaje e inculto, y mucho me temo que sería muy difícil conseguir lo que dice. Por su gran fuerza, de niño, lo escondí en esta parte desconocida del país, pues hería a todo el que se acercaba. A veces he soñado con ver a mi hijo de samurái, con las dos espadas, pero no tenemos amigos influyentes que nos presenten en la capital, por tanto me temo que mis esperanzas son vanas.

—No te preocupes por eso. Si os digo la verdad, ¡no soy ningún leñador! Soy uno de los grandes generales de Japón. Me llamo Sadamitsu y soy vasallo del poderoso señor Minamoto no Raikō. Me ordenó recorrer el país en busca de chicos que prometieran por su fuerza, para que fueran entrenados como soldados para su ejército. Pensé que lo mejor que podía hacer para esto

era hacerme pasar por leñador. Por suerte, de esta manera me encontré inesperadamente con tu hijo. Ahora, si realmente quieres que sea un samurái, me lo llevaré y se lo presentaré al señor Raikō como candidato para ser vasallo suyo. ¿Qué te parece?



El amable general contaba su plan.

Conforme el amable general contaba su plan, el corazón de la madre se llenó de una gran alegría. Vio que había una oportunidad maravillosa para que su deseo se viera cumplido, Kintarō llegaría a samurái antes de que ella lo abandonara para siempre.

Bajó la cabeza hasta el suelo y respondió:

—Si realmente está seguro de ello, le confío a mi hijo.

Kintarō había estado todo este tiempo sentado al lado de su madre escuchando lo que decían.

—¡Oh, qué felicidad! ¡Qué alborozo! ¡Me voy con el general para ser samurái! —exclamó cuando su madre terminó de hablar.

Así se decidió el destino de Kintarō, y el general decidió partir para la capital al momento, con Kintarō a su lado. Por supuesto, la Anciana de la Montaña se entristeció al ver partir a su hijo, pues era todo lo que le quedaba. Pero escondió su pena, endureciendo el rostro, como dicen en Japón. Sabía que era lo mejor para el chico dejarla en ese momento, y no debía resultarle una carga. Kintarō prometió no olvidarla nunca y dijo que tan pronto como fuera un samurái con las dos espadas construiría una casa para ella y la cuidaría en su vejez.

Todos los animales a los que había domado para servirlo: la osa, el ciervo, el mono y la liebre, en cuanto descubrieron que se marchaba, se acercaron a preguntar si podían acompañarlo como de costumbre. Cuando supieron que se iba para siempre, lo siguieron al pie de las montañas para despedirlo.

—Kintarō —dijo su madre—, cuídate y sé un buen chico.

—Señor Kintarō —le dijeron los leales animales—, le deseamos un feliz viaje.

Entonces todos se subieron a los árboles para verlo partir, y desde aquella altura vieron su sombra disminuir hasta que se perdió de vista.

El general Sadamitsu siguió su camino feliz de haber encontrado inesperadamente un prodigio como Kintarō.

Al llegar a su destino, el general llevó a Kintarō hasta su señor, Minamoto no Raikō, y le habló de Kintarō y de cómo había encontrado al chico. El señor Raikō se maravilló con la historia, y ordenó que Kintarō se le acercara, convirtiéndole así en su vasallo al momento.

El ejército del señor Raikō era famoso por su grupo llamado «los Cuatro Valientes». Estos guerreros los elegía entre los más valientes y los más fuertes de todos sus soldados, y la pequeña y selecta banda era conocida por su arrojo y su valor en todo Japón.

Cuando Kintarō creció, su señor lo convirtió en el Jefe de los Cuatro Valientes. Era, por descontado, el más fuerte de todos ellos. Poco después, llegó a la ciudad la noticia de que un monstruo caníbal había aparecido no muy lejos y la gente se asustó. El señor Raikō ordenó a Kintarō que lo solucionara. Salió al momento, encantado de la oportunidad de probar su espada.



El señor Raikō ordenó a Kintarō que lo solucionara.

Sorprendió al monstruo en su madriguera, y se encargó de cortar su enorme cabeza, que cargó triunfante hasta su señor.

Entonces, Kintarō se convirtió en el mayor héroe del país, y grandes fueron el poder, el honor y la riqueza que llegaron a sus manos. Pero mantuvo su promesa, y construyó una cómoda casa a su anciana madre, que vivió feliz con él en la capital hasta el fin de sus días.

¿No es esta la historia de un gran héroe?

Momotarō, o la historia del hijo de un melocotón

Hace mucho, mucho tiempo, vivían un anciano y una anciana; eran campesinos, y tenían que trabajar duro para ganarse su arroz diario. El anciano trabajaba cortando el césped de los granjeros cercanos y, mientras estaba fuera, la anciana, su esposa, hacía las tareas de la casa y trabajaba en su propio pequeño campo de arroz.

Un día, el anciano fue a las colinas, como era habitual, a cortar césped y la anciana se llevó algunas ropas al río a lavar.

Casi había llegado el verano, y el país estaba muy hermoso con el fresco verdor mientras los dos ancianos iban al trabajo. El césped en la ribera del río brillaba de un verde esmeralda sedoso, y las ramas de los sauces al borde del agua se combaban.

La brisa soplaba y agitaba la suave superficie del agua formando ligeras olas, y pasaba tocando las mejillas de la pareja de ancianos que, por alguna razón que no podían explicar, sentían mucha felicidad esa mañana.

La anciana por fin encontró un buen lugar en la ribera y dejó su cesta. Entonces, se puso a lavar las ropas, una por una las sacó de la cesta, las limpió en el río y las restregó en las piedras. El agua era tan clara como el cristal, y podía ver diminutos peces nadando de un lado a otro, y las piedrecitas del fondo.

Mientras estaba ocupada limpiando sus ropas, un gran melocotón bajó por el arroyo. La anciana levantó la mirada de su trabajo y lo vio. Tenía sesenta años, y nunca durante su vida había visto un melocotón tan grande.



La anciana se puso a lavar las ropas.

—¡Qué melocotón más delicioso! —se dijo—. Debo atraparlo y llevárselo a mi marido.

Alargó el brazo e intentó cogerlo, pero estaba fuera de su alcance. Miró a su alrededor en busca de un palo, pero no había ninguno a la vista, y si iba a buscar alguno, perdería el melocotón.

Se detuvo un momento para pensar qué tenía que hacer, y recordó un antiguo encantamiento. Empezó a dar palmadas a un ritmo, mientras bajaba el melocotón por el arroyo cantaba esta canción:

—El agua lejana es amarga,
»el agua cercana es dulce,
»aléjate de la lejana
»y acércate a la dulce.

Por extraño que parezca, en cuanto empezó a repetir esta pequeña canción, el melocotón empezó a acercarse a la ribera, donde se encontraba la anciana, hasta que al final quedó delante de ella y fue capaz de cogerlo entre sus manos. La anciana estaba encantada. No podía seguir con su trabajo, de

tan feliz y nerviosa que estaba, así que devolvió sus ropas a la cesta de bambú, y con la cesta a la espalda y el melocotón en la mano, se apresuró a casa.

Le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que volvió su marido. El anciano regresó con la puesta de sol, con un gran matojo de hierba a la espalda, tan grande que prácticamente no podía verle la cara. Parecía muy cansado y usaba la guadaña como bastón, apoyándose en ella para caminar.

En cuanto lo vio, la anciana lo llamó:

—¡Abuelo! ¡Llevo mucho tiempo esperando que volvieras a casa después de un día tan largo!

—¿Qué sucede? ¿Por qué esa impaciencia? —preguntó el anciano, extrañado ante su inusual emoción—. ¿Ha pasado algo mientras estaba fuera?

—¡Oh, no! —respondió la anciana—. No ha pasado nada, ¡pero te he encontrado un bonito regalo!

—Eso está bien —dijo el anciano. Después se lavó los pies en una palangana y se subió al porche.

La anciana corrió a la pequeña habitación y sacó del armario el gran melocotón. Pesaba más que antes. Se lo enseñó y dijo:

—¡Mira esto! ¿Has visto alguna vez un melocotón tan grande?

El anciano miró sorprendido el melocotón.

—¡Sin duda es el melocotón más grande que he visto! ¿Dónde lo has comprado?

—No lo compré —dijo la anciana—. Me lo encontré en el río mientras lavaba. —Y le contó toda la historia.

—Me alegro mucho de que lo hayas encontrado. Comámoslo, que tengo hambre —dijo el anciano.

Trajo el cuchillo de la cocina y, tras poner el melocotón en una mesa, estaba a punto de cortarlo cuando, ¡qué maravilla sucedió! El melocotón se abrió por la mitad.



El melocotón se abrió por la mitad.

—¡Espera un segundo, abuelo! —dijo una clara voz, mientras salía un hermoso niño del interior.

El anciano y su mujer se sorprendieron tanto que se cayeron al suelo. El niño volvió a hablar:

—No tengáis miedo. No soy un demonio ni un hada. Os diré la verdad. El cielo se ha compadecido de vosotros. Todos los días y todas las noches os habéis lamentado por no tener hijos. ¡Han escuchado vuestros lamentos y me han enviado para que sea vuestro hijo!

Al escuchar esto, el anciano y su esposa se pusieron muy contentos. Habían llorado día y noche de tristeza, al no tener ningún hijo que los

ayudara en la soledad de su ancianidad, y ahora que sus oraciones habían sido escuchadas, no sabían qué hacer. El anciano tomó al niño en sus brazos, luego lo hizo su esposa, y lo llamaron Momotarō («Hijo de un melocotón»), pues había salido de uno.

Quince años pasaron en un suspiro. El niño era más alto y mucho más fuerte que otros chicos de su edad. Además, su sabiduría no tenía parangón. Los ancianos disfrutaban al verlo, pues era justo como pensaban que debía ser un héroe.

Un día, Momotarō se acercó a su padre adoptivo y le dijo solemnemente:

—Padre, por una extraña casualidad, nos hemos convertido en padre e hijo. Tu bondad conmigo ha sido más grande que el césped de montaña, como el que cortas todos los días, y más profundo que el río donde mi madre limpia las ropas. No sé cómo agradeceréte lo suficiente.

—Vaya —respondió el anciano—, pues claro que un padre tiene que criar a su hijo. Cuando seas mayor, será tu turno para cuidarnos, así que después de todo quedaremos en paz. Es más, ¡me sorprende que me lo agradezcas así! —Y el anciano parecía molesto.

—Espero que tengas paciencia conmigo —dijo Momotarō—, pero antes de empezar a devolver vuestra amabilidad, tengo una petición que espero me permita daros todo lo posible.

—Te dejaré hacer lo que quieras, ¡pues eres bastante diferente del resto de chicos!

—¡Entonces déjame partir!

—¿Qué dices? ¿Quieres dejar a tus ancianos padres y marcharte de casa?

—Volveré seguro, si me dejas ir.

—¿Dónde vas?

—Debes pensar que es extraño que quiera irme —dijo Momotarō—, ya que todavía no te he contado mis motivos. Lejos, al noreste de Japón, hay una isla en el mar. Esta es la fortaleza de un grupo de demonios. He oído muchas veces cómo invaden esta tierra, roban y matan a la gente y se llevan todo lo que encuentran. No solo son muy malvados, sino que son desleales con el emperador y desobedecen sus leyes. Son caníbales, pues matan y devoran a los pobres desafortunados que caen en sus manos. Estos demonios son verdaderamente odiosos. Debo ir y conquistarlos, y traer todo el botín que han robado a esta tierra. ¡Por eso debo irme de viaje!

El anciano estaba muy sorprendido al escuchar todo esto de un simple chico de quince años. Pensaba que lo mejor sería dejar ir al chico. Era fuerte y valiente, y aparte, el anciano sabía que no era un chico normal, pues les había sido entregado como regalo del cielo, y estaba bastante seguro de que los demonios no podrían herirlo.

—Todo eso es muy interesante, Momotarō —dijo el anciano—, no te pondré traba alguna. Puedes ir si así lo deseas. Ve a la isla en cuanto quieras y destruye a los demonios y trae paz a la tierra.

—Gracias por toda vuestra amabilidad —dijo Momotarō, que empezó a prepararse para ese mismo día. No sentía nada más que valor y no sabía qué era el miedo.

El anciano y su mujer empezaron al momento a golpear el arroz en el mortero de la cocina para hacer onigiri para que Momotarō se lo llevase en su viaje.

No mucho después, Momotarō estaba listo para partir y los onigiri estuvieron listos.

Separarse siempre es triste. En aquella ocasión también. Los ojos de los dos ancianos estaban llenos de lágrimas y sus voces temblaban.

—Ve con cuidado, pero vuelve pronto. ¡Esperamos que vuelvas victorioso!

Momotarō lamentaba abandonar a sus ancianos padres, aunque supiera que volvería en cuanto pudiera, pues pensaba cuán solitarios se sentirían mientras estuviera lejos. Pero partió valeroso.

—Me voy. Cuidaos mucho mientras no estoy. ¡Adiós! —Salió de la casa. En silencio, los ojos de Momotarō y de sus padres se encontraron en una última despedida.

Momotarō se apresuró a avanzar hasta el mediodía. Empezó a sentirse hambriento, así que abrió su bolsa y sacó uno de los onigiri y se sentó debajo de un árbol cerca del camino para comer. Mientras estaba tomando así la comida, un perro casi tan grande como un potro salió corriendo del césped alto. Se dirigió a Momotarō y mostró los dientes.

—¡Eres un hombre grosero al pasar por mi campo sin pedirme permiso antes! —dijo, con voz fiera—. Si me das todos los onigiri de la bolsa, podrás

continuar, si no, ¡te morderé hasta matarte!

—¿Qué estás diciendo? —rio Momotarō desdeñosamente—. ¿Sabes quién soy? Soy Momotarō, y estoy de camino para subyugar a los demonios en su fortaleza de la isla al noreste de Japón. ¡Si intentas detenerme mientras voy de camino, te cortaré por la mitad desde la cabeza!

El comportamiento del perro cambió al momento. Su cola cayó entre sus piernas, se acercó e hizo una reverencia tan profunda que su frente tocó el suelo.

—¿Qué oigo? ¿El nombre de Momotarō? ¿El verdadero Momotarō? He oído hablar de tu gran fuerza. Al no saber quién eras, me he comportado como un estúpido. ¿Puedes perdonar mi grosería? ¿Estás de camino para invadir la Isla de los Demonios? Si aceptas a un tipo tan grosero como uno de tus compañeros, te estaré muy agradecido.

—Creo que puedo llevarte allí, si así lo deseas —dijo Momotarō.

—¡Gracias! —dijo el perro—. Por cierto, tengo mucha hambre. ¿Podrías darme uno de los onigiri que llevas?

—Es el mejor onigiri de Japón —dijo Momotarō—. No puedo darte uno completo, te daré medio.

—Muchas gracias —dijo el perro, cogiendo el trozo que le había lanzado.

Después, Momotarō se levantó y el perro lo siguió. Durante un largo rato, caminaron por colinas y valles. Mientras avanzaban, un animal bajó de un árbol poco delante de ellos. La criatura se acercó a Momotarō.

—¡Buenos días, Momotarō! Bienvenido a esta parte del país. ¿Me permitirás ir contigo?

El perro respondió celoso:

—Momotarō ya tiene un perro que lo acompañe. ¿De qué sirve un mono como tú en la batalla? ¡Estamos de camino a pelear con los demonios! ¡Márchate!

El perro y el mono empezaron a discutir y a morderse, pues esos dos animales se odian.

—¡Vamos, no discutáis! —dijo Momotarō, interponiéndose entre ellos—. ¡Espera un momento, perro!

—¡No es digno de ti que te acompañe una criatura así! —dijo el perro.

—¿Qué sabrás tú? —preguntó Momotarō, y empujó a un lado al perro, después habló con el mono—: ¿Quién eres?

—Soy un mono que vive en estas colinas —respondió este—. He oído hablar de tu expedición hacia la Isla de los Demonios y tengo que ir contigo. ¡Nada me gustaría más que acompañarte!

—¿De verdad deseas ir a la Isla de los Demonios y luchar a mi lado?

—Sí, señor —respondió el mono.

—Admiro tu valor —dijo Momotarō—. Aquí tienes un trozo de uno de mis buenos onigiri. ¡Vamos!

Así se unió el mono a Momotarō. El perro y el mono no se llevaban bien. Siempre estaban burlándose el uno del otro mientras avanzaban, y siempre querían pelearse. Esto enfadó mucho a Momotarō, y al final mandó al perro delante con una bandera, al mono detrás con una espada y se puso en medio con un abanico de guerra, que estaba hecho de hierro.

Así llegaron a un gran campo. Un pájaro bajó y aterrizó justo delante del pequeño grupo. Era el pájaro más hermoso que Momotarō había visto nunca. En su cuerpo, se veían cinco túnicas diferentes de plumas, y su cabeza estaba cubierta por un sombrero escarlata.

El perro corrió al momento hacia el pájaro para engancharlo y matarlo. Pero el pájaro dio un golpe con sus alas y voló hasta la cola del perro, y lucharon con fuerza.

Momotarō, mientras miraba, no pudo sino admirar al pájaro y el espíritu que mostraba en la lucha. Sin duda sería un gran soldado.

Momotarō se acercó a los dos combatientes, y, conteniendo al perro, le dijo al pájaro:

—¡Sinvergüenza! Estás retrasando mi viaje. Ríndete y te llevaré conmigo. ¡Si no, dejaré que este perro te arranque la cabeza de un mordisco!

En ese momento, el pájaro se rindió enseguida, y suplicó ser aceptado en el grupo de Momotarō.

—No sé qué excusa dar para mi pelea con el perro, tu sirviente, pero no te vi. Soy un pájaro miserable llamado faisán. Es muy generoso por tu parte perdonar mi grosería y llevarme contigo. ¡Permíteme ir detrás del perro y del mono!

—Te felicito por tu rendición tan rápida —dijo Momotarō, sonriendo—. Ven y únete a nosotros en nuestro ataque a los demonios.

—¿Vas a llevar también a este pájaro contigo? —preguntó el perro, interrumpiéndolo.

—¿Por qué preguntas algo así? ¿No me has oído? ¡Llevaré al pájaro porque así lo deseo!

—Uhm —dijo el perro.

Entonces, Momotarō se puso en pie y dio esta orden:

—Ahora, escuchadme todos. Lo primero que necesita un ejército es armonía. Hay un sabio dicho que dice: «¡Las ventajas en la Tierra son mejores que las ventajas en el Cielo!». La unión entre nosotros es mejor que cualquier ganancia terrenal. Mientras no estemos en paz entre nosotros, no será fácil subyugar al enemigo. Desde ahora, los tres, el perro, el mono y el faisán, debéis ser amigos y luchar en armonía. ¡El primero que empiece una discusión será despedido al momento!

Los tres prometieron no discutir. El faisán era ahora miembro del cortejo de Momotarō y recibió medio onigiri.

La influencia de Momotarō era tan grande que los tres se convirtieron en buenos amigos y avanzaron con él como líder.

Continuaron día tras día hasta que llegaron a la costa del mar del noreste. No había nada que ver en el horizonte, ni siquiera una señal de isla alguna. Lo único que rompía la quietud eran las olas que avanzaban hacia la playa.

El perro, el mono y el faisán habían avanzado con valentía por los largos valles y las altas colinas, pero nunca antes habían visto el mar, y por primera vez desde que partieron, estaban confusos y se miraban en silencio. ¿Cómo podrían cruzar el agua y llegar a la Isla de los Demonios?

Momotarō descubrió pronto que estaban aturdidos ante la visión del mar y para probarlos, habló fuerte y con dureza:

—¿Por qué dudáis? ¿Teméis al mar? ¡Oh! ¡Qué cobardes! ¡Es imposible que criaturas tan débiles quieran luchar conmigo contra los demonios! Será mejor que vaya solo. ¡Os despido a todos!

Los tres animales se sorprendieron ante esta regañina repentina, y se agarraron a la manga de Momotarō, suplicándole que no los despidiera.

—¡Por favor, Momotarō! —dijo el perro.

—¡Ya hemos llegado hasta aquí! —dijo el mono.

—¡Es inhumano dejarnos aquí! —dijo el faisán.

—No tenemos miedo del mar —dijo de nuevo el mono.

—Llévanos contigo —dijo el faisán.

—Por favor —dijo el perro.

—¡Bien, entonces, os llevaré conmigo, pero tened cuidado! —dijo Momotarō al ver que habían conseguido algo de valor.

Momotarō consiguió un barco pequeño y todos se subieron. El viento y el tiempo fueron buenos, y el barco avanzó como una flecha por el mar. Era la primera vez que estaban en el agua, así que al principio el perro, el mono y el faisán estaban asustados por las olas y el movimiento del navío, pero poco a poco se acostumbraron al agua y se calmaron al respecto. Todos los días recorrían la cubierta de su pequeño barco, buscando con interés la Isla de los Demonios.

Cuando se cansaban, se contaban historias de las aventuras de las que estaban orgullosos, y después jugaban juntos. Momotarō se divirtió mucho al escuchar a los tres animales y al ver lo que hacían, y de ese modo se olvidó de que el camino era largo, de lo cansado del viaje que estaba y de que no podía hacer nada. Estaba deseando matar a los monstruos que tanto daño habían hecho a su país.

Como el viento soplaba a su favor y no encontraron ninguna tormenta, el barco hizo que el viaje fuera corto, y un día, mientras el sol brillaba con fuerza, los cuatro vigías fueron recompensados avistando tierra.

Momotarō supo al momento que lo que estaban viendo era la fortaleza de los demonios. Sobre la escarpada playa, con vista al mar, había un gran castillo. Ahora que su objetivo estaba tan cercano, se quedó perdido en sus pensamientos con la cabeza apoyada en las manos, preguntándose cómo podría comenzar el ataque. Sus tres seguidores lo observaron, esperando órdenes. Por fin, llamó al faisán.

—Es una gran ventaja tenerte con nosotros —dijo Momotarō al pájaro—, pues tienes buenas alas. Vuela al castillo y enfréntate a los demonios. Te seguiremos.

El faisán obedeció al momento. Voló desde el barco aleteando con alegría. El pájaro pronto alcanzó la isla y se situó en el techo en mitad del castillo, gritando:

—¡Escuchadme, demonios! El gran general japonés Momotarō ha venido a luchar contra vosotros y a arrebatáros este fuerte. Si queréis salvar la vida, rendíos al momento, y como muestra de vuestra sumisión deberéis romperos

los cuernos que crecen en vuestra frente. Si no os rendís, sino que decidís luchar, nosotros, el faisán, el perro y el mono, os mataremos, ¡mordiéndooos y destrozándooos!

Los cornudos demonios levantaron la mirada y al ver solo a un faisán se rieron.

—¡Qué faisán más salvaje! Es ridículo escuchar tales palabras de una cosita como tú. ¡Espérate a que te demos un golpecito con una de nuestras barras de hierro!

Los demonios claramente estaban muy enfadados. Agitaron sus cuernos y sus melenas de rojo cabello ferozmente, y corrieron a ponerse los pantalones de piel de tigre para parecer más terribles. Después fueron a coger unas grandes barras de hierro y corrieron donde estaba el faisán e intentaron golpearlo. El faisán voló a otro lado para escapar del golpe y después atacó la cabeza del primer demonio y luego la de otro. Voló rodeándolos, golpeando el aire con sus alas tan fieramente sin cesar, que los demonios empezaron a preguntarse si luchaban solo con un pájaro.

Mientras tanto, Momotarō había atracado. Conforme se acercaba, vio que la playa era casi un precipicio, y que el gran castillo estaba rodeado de altas murallas y puertas de hierro, y que estaba fuertemente fortificado.

Momotarō bajó del barco y, con la esperanza de encontrar alguna entrada, se acercó por el camino hasta lo alto, seguido del mono y el perro. Pronto encontraron dos bellas damiselas lavando ropas en un arroyo. Momotarō vio que las ropas estaban manchadas de sangre y que mientras las dos doncellas las lavaban, caían lágrimas por sus mejillas. Se detuvo y habló con ellas.

—¿Quiénes sois y por qué lloráis?

—Somos cautivas del Rey Demonio. Nos arrancó de nuestras casas hasta la isla, y aunque éramos hijas de daimyō, nos vemos obligadas a ser sus sirvientes, y un día nos matará. —Las doncellas alzaron las ropas manchadas de sangre—. ¡Nos comerá y nadie nos puede ayudar!

Y nuevas lágrimas surgieron ante el terrible pensamiento.

—Os rescataré —dijo Momotarō—. Dejad de llorar, simplemente mostradme cómo puedo entrar al castillo.

Entonces las dos damas lo guiaron hasta una pequeña puerta trasera en la parte más baja de la muralla del castillo, tan pequeña que Momotarō apenas

podía arrastrarse por ella.

El faisán, que había pasado todo el tiempo combatiendo, vio a Momotarō y su pequeño grupo llegar desde atrás.

La masacre de Momotarō fue tan feroz que los demonios no pudieron resistirse. Al principio, su enemigo había sido un simple pájaro, el faisán, pero ahora que Momotarō, el perro y el mono habían llegado estaban confusos, pues los cuatro enemigos luchaban como un centenar, así de fuertes eran. Algunos demonios se cayeron del parapeto del castillo y se hicieron pedazos en las rocas debajo, otros cayeron al mar y se ahogaron, y muchos fueron golpeados hasta la muerte por los tres animales.

El jefe de los demonios fue el último con vida. Decidió rendirse, pues sabía que su enemigo era más fuerte que un humano normal.

Se acercó humildemente a Momotarō y tiró su barra de hierro, se arrodilló a los pies del vencedor y rompió sus cuernos como muestra de sumisión, pues eran una señal de su fuerza y poder.

—Te tengo miedo —dijo tímidamente—. No puedo enfrentarme a ti. Te daré el tesoro escondido en el castillo si me perdonas la vida.

Momotarō se rio.



Momotarō volvió triunfante, tomando al jefe demonio como cautivo.

—No sueles pedir clemencia, ¿verdad, gran demonio? No puedo perdonar tu malvada vida, supliques como supliques, pues has matado y torturado a mucha gente y has arrasado nuestro país demasiados años.

Entonces Momotarō ató al jefe de los demonios y lo dejó a cargo del mono. Tras hacer esto, fue a todas las habitaciones del castillo y liberó a los prisioneros y reunió todo el tesoro que encontró.

El perro y el faisán llevaron a casa el botín, y así Momotarō volvió triunfante, tomando al jefe demonio como cautivo.

Las dos pobres damiselas, hijas del daimyō, y otros a quien el malvado demonio se había llevado para ser sus esclavos, volvieron a salvo a sus casas

y fueron devueltos a sus padres.

Todo el país ensalzó a Momotarō a su triunfante retorno, y se alegraron de que el país se hubiera librado de los demonios ladrones que habían aterrorizado al país durante tanto tiempo.

La felicidad de la pareja de ancianos no tenía límite, y el tesoro que Momotarō llevó a casa con él les sirvió para vivir con paz y prosperidad hasta el fin de sus días.

El señor «Bolsa de Arroz»

Hace mucho, mucho tiempo, vivía en Japón un valiente guerrero conocido por todos como Tawara Tōda («Bolsa de Arroz»). Su verdadero nombre era Fujiwara Hidesato y, tras su otro nombre, hay una historia muy interesante.

Un día, partió en busca de aventuras, pues era un guerrero de corazón y no soportaba estar parado. Así que preparó las dos espadas, cogió su enorme arco, mucho más grande que él mismo, y se puso el carcaj a la espalda. No se había alejado mucho cuando llegó al puente de Seta no Karashi, que partía de un extremo del hermoso lago Biwa. En cuanto puso el pie en él, pudo ver en mitad de su camino a un enorme dragón serpentino. Su cuerpo era tan grande que parecía el tronco de un gran pino y ocupaba todo el puente a lo ancho. Una de sus enormes garras estaba apoyada en el parapeto a un lado, mientras que su cola golpeaba el otro. El monstruo parecía estar dormido y, con cada respiración, echaba un poco de fuego y humo por la nariz.

Al principio, Hidesato no pudo evitar sentirse alarmado ante el aspecto del horrible reptil que se encontraba en su camino, pues tenía dos opciones: o bien se daba la vuelta, o bien pasaba por encima de su cuerpo. No obstante, era un hombre valiente, así que echó a un lado el miedo y avanzó osadamente. ¡Crunch, crunch! Se subió al cuerpo del dragón, luego sobre sus alas y, sin mirar hacia atrás, continuó su camino.

Apenas había avanzado unos pasos cuando escuchó que alguien lo llamaba desde atrás. Al darse la vuelta, se sorprendió mucho cuando vio que el monstruoso dragón había desaparecido por completo. En su lugar se encontraba un hombre de aspecto extraño haciendo una reverencia tan profunda que tocaba el suelo con la frente. Su cabello rojizo flotaba sobre sus hombros y llevaba encima una corona con forma de cabeza de dragón y un

vestido turquesa ornamentado con caracolas. Hidesato supo al momento que no era un mortal ordinario y se preguntó el porqué de tan extraña aparición.

¿Dónde había ido a parar en tan corto espacio de tiempo el dragón? ¿O se había transformado en este hombre? ¿A qué se debía todo esto? Mientras estos pensamientos flotaban por su mente, se acercó al hombre y le dijo:

—¿Eres tú quien me ha llamado hace un momento?

—Sí, he sido yo —respondió el hombre—. Tengo una petición muy seria que hacerte. ¿Crees que podrías concedérmela?

—Si está en mi poder, así lo haré —respondió Hidesato—. Pero, primero, dime quién eres.

—Soy el Rey Dragón del Lago, y mi hogar son las aguas debajo de este puente.

—¿Y qué me tienes que pedir?

—Quiero que mates a mi enemigo mortal, el ciempiés, que vive en aquella montaña —dijo el Rey Dragón señalando un alto pico en la costa opuesta del lago—. He vivido muchos años aquí y tengo una numerosa familia de hijos y nietos. Llevamos un tiempo viviendo aterrorizados, pues un monstruoso ciempiés ha descubierto nuestro hogar y noche tras noche viene y se lleva a un miembro de mi familia. No tengo poder para salvarlos. Si sigue mucho tiempo más, no solo perderé a todos mis hijos, sino que yo mismo caeré víctima del monstruo. Soy, por tanto, infeliz, y en esta situación he decidido pedir la ayuda de un ser humano. Durante muchos días, con esta intención, he esperado en el puente con la forma del horrible dragón serpentino que viste, con la esperanza de que algún poderoso hombre valiente apareciera. Pero todos los que pasaban por aquí, en cuanto me veían, se aterrorizaban y huían tan rápido como podían. Eres el primer hombre que he visto que es capaz de mirarme sin miedo, así que supe al momento que eras un hombre de gran coraje. Te suplico que tengas piedad de mí. ¿Me ayudarás y matarás a mi enemigo, el ciempiés?



Dejando a un lado cualquier temor, fue hacia adelante.

Hidesato sintió mucha pena al escuchar la historia del Rey Dragón, y rápidamente prometió que haría todo lo que pudiera para ayudarlo. El guerrero le preguntó dónde vivía el ciempiés, para poder atacar al momento a la criatura. El Rey Dragón respondió que su hogar estaba en la montaña Mikami, pero como venía todas las noches a una hora determinada al palacio del lago, sería mejor esperarlo allí. Así, llevó a Hidesato hasta su palacio bajo el puente. Por extraño que pareciera, mientras seguía a su anfitrión hacia abajo, las aguas se abrieron formando un camino y sus ropas ni siquiera se humedecieron al pasar a través de ellas. Hidesato nunca había visto nada tan bello como ese palacio construido de mármol blanco bajo el lago. Había

escuchado hablar del que el Rey Dragón tenía al fondo del mar, donde todos los sirvientes y vasallos eran peces de agua salada, pero aquella magnífica construcción que había en el corazón del lago Biwa no era menor. Las delicadas carpas doradas y rojas y las truchas plateadas atendían al Rey Dragón y a su invitado.

Hidesato estaba asombrado ante el festín que se extendía ante él. Los platos eran hojas y flores de loto cristalizadas y los palillos eran del ébano más sorprendente. En cuanto se sentaron, las puertas deslizantes se abrieron dando paso a diez carpas doradas bailarinas y a diez carpas rojas músicas que tocaban el koto y el shamisen. Así pasaron las horas hasta medianoche, y la bella música y el baile alejaron cualquier pensamiento acerca del ciempiés. El Rey Dragón estaba punto de ofrecer al guerrero una copa de vino cuando el palacio se vio sacudido con un ¡tramp, tramp! Como si un poderoso ejército hubiera empezado a marchar no lejos de allí.

Hidesato y su anfitrión se levantaron y avanzaron hacia la balconada, y el guerrero pudo ver dos grandes esferas de fuego brillante que se acercaban poco a poco desde la montaña. El Rey Dragón temblaba de miedo a su lado.

—¡El ciempiés! ¡El ciempiés! Esas dos bolas de fuego son sus ojos. ¡Viene a por su presa! Es el momento de matarlo.

Hidesato miró hacia donde señalaba su anfitrión y, a la débil luz de la noche estrellada, detrás de las dos esferas de fuego, vio el largo cuerpo de un enorme ciempiés que rodeaba las montañas. La luz de sus cien patas brillaba como si una miríada de pequeñas linternas distantes se acercase a la playa del lago.

Hidesato no mostró ni la más leve señal de miedo. Intentó calmar al Rey Dragón.

—No tengas miedo. Sin duda lo mataré. Tráeme mi arco y mis flechas.

El Rey Dragón hizo lo que le pidió, y el guerrero se dio cuenta de que solo quedaban tres en su carcaj. Cogió el arco junto a una flecha, apuntó con cuidado y la dejó partir.

La flecha golpeó al ciempiés justo en el centro de la cabeza, pero, en vez de penetrarla, rebotó inútilmente y cayó al suelo.



Hidesato cogió otra flecha.

Sin el menor miedo, Hidesato cogió otra flecha, volvió a colocarla en el arco, y la lanzó. De nuevo, la flecha dio en el blanco, golpeó al ciempiés justo en mitad de la cabeza, solo para rebotar y caer al suelo. ¡El ciempiés era invulnerable a las armas! Cuando el Rey Dragón vio que incluso las flechas del valiente guerrero eran incapaces de matar al ciempiés, perdió el ánimo y empezó a temblar de miedo.

El guerrero vio que solo le quedaba una flecha en el carcaj y que si fallaba esa no podría matar al ciempiés. Miró a través de las aguas. El enorme insecto había rodeado con su horrible cuerpo siete veces la montaña y pronto llegaría al palacio. El brillo de las bolas de fuego se acercaba cada vez más, y la luz de sus cien patas empezaba a reflejarse en las aguas tranquilas del lago.

Entonces, de repente, el guerrero recordó que había oído que la saliva humana era mortal para los ciempiés. Pero no era un simple ciempiés. Era tan monstruoso que incluso pensar en tal criatura hacía que cualquiera temblase, aterrorizado. Hidesato decidió probar una última vez. Así que cogió su última flecha y se puso primero la punta en la boca, la colocó en el arco, apuntó nuevamente y volvió a lanzarla.

Esta vez, la flecha volvió a dar al ciempiés en el centro de la cabeza, pero, en vez de rebotar sin causar ningún daño como las veces anteriores, penetró el cerebro de la criatura. Entonces, con una convulsión de su cuerpo serpentino, dejó de moverse y la fiera luz de sus grandes ojos y de sus cien patas se oscureció hasta convertirse en el opaco resplandor del ocaso de un día tormentoso, y después se apagaron. Una gran oscuridad cubrió los cielos en ese momento, restalló un relámpago y sonó un trueno, mientras el viento rugía con furia. Parecía que el mundo se fuera a acabar. El Rey Dragón, sus hijos y sus vasallos se arrodillaron en diferentes partes del palacio, muertos de miedo, pues el edificio temblaba hasta sus cimientos. Por fin acabó la temida noche. El día amaneció bello y despejado. El ciempiés había desaparecido.

Entonces, Hidesato llamó al Rey Dragón para que saliera con él a la balconada, pues el ciempiés estaba muerto y ya no tenía nada más que temer.

Todos los habitantes del palacio salieron felices, y Hidesato señaló al lago. Allí yacía, flotando, el cuerpo del ciempiés muerto, que estaba teñido de rojo con su sangre.

La gratitud del Rey Dragón no tuvo fin. Toda la familia se acercó y se arrodilló ante el guerrero, diciéndole que era su protector y el más valiente de todo Japón.

Organizaron otro festín, más suntuoso que el primero. Le presentaron todo tipo de pescado, preparado de todas las maneras imaginables: crudo, guisado, cocido y asado. Los sirvieron en bandejas de coral y platos de cristal, y el vino fue el mejor que Hidesato probó en su vida. Además, a la

belleza que los rayos del sol otorgaban a todo, se unía el brillo diamantino del lago, lo que provocaba que el palacio pareciera mil veces más hermoso de día que de noche.

Su anfitrión intentó convencer al guerrero de que se quedase unos días, pero Hidesato insistió en volver al hogar, diciendo que ya había terminado todo lo que tenía que hacer y que debía volver. El Rey Dragón y su familia lamentaron tener que dejarlo partir tan pronto, pero, como había decidido irse, le suplicaron que aceptara unos pequeños regalos, o eso dijeron, como muestra de su gratitud por librarlos para siempre de su horrible enemigo, el ciempiés.

Mientras el guerrero permanecía en el porche preparándose para marchar, un banco de peces se transformó de repente en un cortejo de hombres, todos vestidos de túnicas ceremoniales y coronas de dragón en la cabeza para mostrar que eran sirvientes del gran Rey Dragón. Los regalos que llevaban eran los siguientes: una gran campana de bronce, una bolsa de arroz, un rollo de seda y una olla.

Hidesato no quería aceptar todos esos regalos, pero como el Rey Dragón insistió, no pudo negarse.

El Rey Dragón en persona lo acompañó hasta el puente, luego se despidió de él con muchas reverencias y buenos deseos, dejando que fuera la procesión de sirvientes quien acompañara a Hidesato hasta su casa con los regalos.

En el hogar del guerrero todos estaban muy preocupados cuando descubrieron que no había regresado la noche anterior, pero finalmente llegaron a la conclusión de que se habría refugiado en alguna otra parte al verse visto atrapado por la violenta tormenta. Cuando los sirvientes que estaban esperando su retorno lo vieron acercarse, avisaron a todos para darles la noticia, que salieron a recibirlo, no sin preguntarse de dónde había salido el cortejo, que llevaba regalos y banderas.

En cuanto los vasallos del Rey Dragón dejaron los regalos, desaparecieron y Hidesato contó todo lo que le había ocurrido.



La procesión.

Los regalos que había recibido del agradecido Rey Dragón eran mágicos. Solo la campana era ordinaria, y como Hidesato no le encontró ningún uso, se la ofrendó a un templo cercano, donde la colgaron para que diese la hora a todos los que vivían cerca.

La bolsa de arroz tenía el poder de no agotarse nunca. No importaba cuánto se sacase día tras día para las comidas del samurái y de su familia, siempre había más.

Tampoco decrecía el rollo de seda, cortaras cuanto cortaras para hacer los trajes para ir a la corte en Año Nuevo, seguía habiendo una reserva ilimitada.

También la olla era maravillosa. Pusieras lo que pusieras en su interior, cocinaba deliciosos platos sin necesidad de fuego alguno. Era un instrumento de cocina verdaderamente económico.

La fama de la buena fortuna de Hidesato se extendió a lo ancho y largo del país, y como no tenía necesidad de gastar dinero en arroz, sedas o madera, se hizo muy rico y próspero, y por eso desde entonces se le conoció como el señor «Bolsa de Arroz».

El goblin de Adachigahara

Hace mucho, mucho tiempo, había una gran llanura llamada Adachigahara en la provincia de Mutsu, en Japón. Se decía que ese lugar estaba encantado por un goblin caníbal que tomaba la forma de una anciana. Con el tiempo, muchos viajeros desaparecieron, la anciana rondaba los braseros de carbón por las noches, buscando nuevas víctimas. Mientras, las chicas que lavaban el arroz del hogar en los pozos por las mañanas susurraban horribles historias de cómo los viajeros se habían visto atraídos hacia la cabaña del goblin y habían sido devorados, pues solo comía carne humana. Nadie se atrevía a acercarse al lugar encantado después del ocaso, todos los que podían la evitaban por la mañana y se avisaba a los viajeros del horrible lugar.

Un día, cuando el sol se ponía, un sacerdote llegó a la llanura. Era un viajero tardío, y su túnica era la de un peregrino budista que caminaba de altar en altar para rezar en busca de alguna bendición o del perdón de sus pecados. Al parecer se había perdido, y al ser tan tarde no había visto a nadie que pudiera mostrarle el camino o avisarlo del peligro en el que se encontraba.

Había estado caminando todo el día y, como consecuencia, se hallaba cansado y hambriento. Las noches eran frías, pues se estaba acabando el otoño, y empezaba a sentirse muy ansioso, al no encontrar casa alguna en la que pudiera quedarse durante una noche. Estaba perdido en mitad de la gran llanura y buscaba en vano alguna señal de vida humana.

Al final, después de pasear durante algunas horas más, vio un grupo de árboles en la distancia, y a través de estos, pudo captar el brillo de un solitario rayo de luz.



El sacerdote presionó a la anciana para que le permitiera quedarse.

—¡Oh, seguro que es una cabaña donde puedo quedarme durante la noche! —exclamó con alegría.

Manteniendo la luz ante sus ojos, arrastró sus cansados y doloridos pies tan rápido como pudo hasta el lugar, y pronto llegó a una pequeña cabaña de mal aspecto. Conforme se acercaba, vio que estaba cayéndose a pedazos, con la valla de bambú rota y las malas hierbas amenazando con invadirla. Los shōji^[6] estaban llenas de huecos y las vigas de la casa estaban dobladas por la edad y apenas sujetaban el viejo techado de paja. Estaba abierta, y a la luz de una vieja linterna pudo ver a una anciana sentada, tejiendo con dedicación.

El peregrino la llamó desde el otro lado de la valla de bambú.

—¡Anciana, buenas tardes! ¡Soy un viajero! Por favor, permíteme, pero me he perdido y no sé qué hacer, pues no tengo donde dormir esta noche. Le suplico que se apiade de mí y me deje pasar la noche bajo su techo.

En cuanto lo oyó, dejó de tejer, se levantó y se acercó al intruso.

—Lo lamento mucho. Sin duda, debe estar preocupado por haberse perdido en un lugar tan desolado a estas horas de la noche. Por desgracia, no puedo ofrecerle nada, pues no tengo ninguna cama libre, ni ninguna habitación para huéspedes en este lugar tan pobre.

—Oh, eso no importa —dijo el sacerdote—, todo lo que quiero es la protección de un techo por la noche, y me basta con que me permita tumbarme en el suelo de la cocina. Le estaría muy agradecido. Estoy muy cansado como para intentar seguir andando esta noche, así que espero que no me rechace, ya que, si no, tendré que dormir en la fría llanura al aire libre. — Y de esta manera presionó a la anciana para que le permitiera quedarse.

Parecía estar dudando, pero al final dijo:

—Muy bien, le dejaré quedarse aquí. Puedo ofrecerle poco como bienvenida, pero entre y encenderé un fuego, que hace frío esta noche.

El peregrino se alegró de poder hacer lo que le decía. Se quitó las sandalias y entró a la cabaña. La anciana sacó unos palos de madera y encendió el fuego, e hizo un gesto a su invitado para que se acercara y se calentara.

—Debe estar hambriento después de su largo viaje —dijo la anciana—. Voy a prepararle algo de comer. —Fue a la cocina y preparó algo de arroz.

Cuando el sacerdote terminó de comer, la anciana se sentó cerca de la hoguera y hablaron un rato largo. El peregrino pensó que había tenido mucha suerte de encontrarse con una anciana tan amable y hospitalaria. Al cabo de un rato, la madera se consumió y, conforme el fuego se apagaba lentamente, empezó a temblar de frío, justo como cuando llegó.

—Veo que tiene frío —dijo la anciana—. Saldré a buscar madera, que ya la hemos gastado toda. Por favor, quédese aquí y cuide de la casa mientras estoy fuera.

—No, no —dijo el peregrino—. Permítame ir a mí, que es usted una anciana. ¡No puedo permitir que vaya a buscar madera para mí en esta fría noche!

—Quédese aquí tranquilo, es usted mi invitado —dijo, negando con la cabeza, la anciana. Después se levantó y salió. Un minuto después volvió y dijo—: Por favor, quédese sentado donde está y no se mueva. Sea como sea, ni se le ocurra acercarse a la habitación interior, y mucho menos mirar en el interior. ¿Me ha escuchado?

—Por supuesto. Si usted dice que no debo ir a la habitación interior, la obedeceré —dijo el sacerdote, bastante confuso.

La anciana volvió a marcharse y dejó al sacerdote solo. El fuego se había apagado y la única luz que alumbraba la cabaña provenía de una débil lámpara. Por primera vez esa noche, empezó a sentir que se encontraba en un lugar extraño, y las palabras de la anciana, «haga lo que haga, no mire en la habitación interior», despertaban su curiosidad y su miedo.

¿Qué podía haber oculto en aquella habitación que ella no quería que él viera? Durante algún tiempo, el recuerdo de su promesa a la anciana lo contuvo, pero al final no pudo resistirse a la curiosidad y tuvo que mirar en el lugar prohibido.

Se levantó y empezó a moverse lentamente hacia la habitación interior, pero se dio cuenta de que la anciana se enfadaría con él. Al fin y al cabo, la cortesía del invitado le obligaba a obedecer a su anfitriona, así que volvió a su lugar cerca del fuego.

Los minutos pasaban lentamente y la anciana no volvía, así que empezó a asustarse cada vez más, y a preguntarse qué horrible secreto ocultaba aquella habitación. Necesitaba descubrirlo.

—No sabrá que he mirado a menos que yo mismo se lo diga. Echaré un vistacito antes de que vuelva —se dijo el hombre.

Se levantó, ya que había estado sentado en seiza^[7] todo este tiempo, y sigilosamente se acercó hasta el lugar prohibido. Con manos temblorosas, empujó ligeramente la puerta y miró. Lo que vio heló la sangre que corría por sus venas. La habitación estaba llena de los huesos de hombres muertos, y las paredes y el suelo estaban cubiertos de sangre humana. En una esquina, cráneo sobre cráneo se alzaban hasta el techo; en otra, había un montón de huesos de brazos; en otra, de huesos de piernas. El olor enfermizo le hizo marearse. Se cayó de espaldas, horrorizado, y durante un tiempo se quedó en posición fetal en el suelo, asustado. No dejaba de temblar y sus dientes castañeteaban. No podía ni arrastrarse lejos de aquel horrible lugar.



Lo que vio heló la sangre que corría por sus venas.

—¡Qué horrible! —gritó—. ¿A la madriguera de qué mal he llegado durante mis viajes? Que Buda me ayude o estoy perdido. ¿Es posible que aquella amable anciana sea en verdad un goblin caníbal? ¡Cuando vuelva mostrará su verdadero rostro y me comerá de un bocado!

Con estas palabras, su fuerza regresó y, agarrando su sombrero y su bastón, salió corriendo de la casa tan rápido como sus piernas le permitieron. Hacia la noche avanzó, pensando únicamente en alejarse cuanto pudiera del cubil del goblin. No había llegado demasiado lejos cuando oyó pasos detrás de él y una voz gritando: «¡Pare! ¡Pare!».

Corrió más todavía, redoblando su velocidad, ignorando las voces. Mientras lo hacía, escuchó cómo los pasos se acercaban cada vez más, y

finalmente reconoció la voz de la anciana conforme sonaba más fuerte al acercarse.

—¡Deténgase! ¡Deténgase, malvado! ¿Por qué miró en la habitación prohibida?

El sacerdote se olvidó de su cansancio y sus pies volaron sobre el suelo más rápido que nunca. El miedo le dio fuerzas, pues sabía que si el goblin lo alcanzaba, no tardaría en contarse entre sus víctimas. Con todo su corazón, no dejó de repetir la oración^[8]:

—Namu Amida Butsu, Namu Amida Butsu.

Tras él corría la horrible arpía, su cabello libre al viento, su rostro cambiando con la ira en el demonio que era. En su mano portaba un gran cuchillo manchado de sangre, y seguía aullando: «¡Pare! ¡Pare!».

Por fin, cuando el sacerdote sintió que no podía correr más, llegó el alba, y junto con la oscuridad de la noche desapareció el goblin, y estuvo a salvo. El sacerdote sabía ahora que se había encontrado con el temible goblin de Adachigahara, cuya historia había escuchado a veces pero nunca había creído. Sintió que debía su asombrosa salvación a la protección de Buda, a quien había rezado en busca de ayuda, así que sacó su rosario y, agachando la cabeza mientras el sol se alzaba, rezó y dio las gracias con emoción. Después partió para otra parte del país, feliz de dejar atrás el lugar encantado.

El ogro de Rashōmon

Hace mucho, mucho tiempo, en Kioto, la gente de la ciudad estaba aterrorizada debido a un malvado ogro que, según se decía, encantaba la Puerta de Rashōmon al ocaso y capturaba a cualquiera que pasara cerca. Las víctimas perdidas desaparecían para siempre, así que se murmuraba que el ogro era un horrible caníbal, que no solo mataba a sus infelices víctimas, sino que las devoraba con vida. En aquel entonces todo el mundo de la ciudad y el vecindario estaba muy asustado, y nadie se atrevía a aventurarse después del ocaso cerca de la Puerta de Rashōmon.

En aquella época, vivía en Kioto un general llamado Raikō, que se había hecho famoso por sus valerosas hazañas. Antes, hizo que todo el país vibrara al oír su nombre, pues había atacado Oeyama, donde un grupo de ogros vivía con su jefe, que en vez de vino bebía sangre humana. Los había eliminado a todos y había cortado la cabeza al jefe monstruoso.

Un grupo de leales guerreros seguía siempre al valiente general. En ese grupo, había cinco caballeros de gran valor. Una noche, mientras los cinco caballeros estaban sentados en un festín bebiendo sake en sus boles de arroz, y brindaban por su salud y sus hazañas, el primer samurái, Hōjō, dijo al resto:

—¿Habéis oído el rumor de que todas las noches después del ocaso aparece un ogro en la Puerta de Rashōmon y que captura a todo el que pasa?

El segundo, Watanabe, le respondió:

—¡No digas tonterías! ¡Todos los ogros murieron a manos de nuestro jefe Raikō en Oeyama! No puede ser verdad, porque, incluso si algún ogro se escapó de la gran masacre, no se atrevería a aparecer en la ciudad, pues debe saber que nuestro valiente señor volvería a atacarlo al momento si supiera que quedaba alguno con vida.

—Entonces, ¿no crees lo que digo y piensas que te estoy mintiendo?

—No, no creo que estés mintiendo —dijo Watanabe—, pero has escuchado la historia de alguna anciana a la que no deberías haber creído.

—Entonces, el mejor plan para probarlo es ir allí y que demuestres que no es verdad —dijo Hōjō.

Watanabe, el segundo samurái, no podía soportar la idea de que su compañero creyera que tenía miedo, así que respondió rápidamente:

—¡Por supuesto, iré al momento y lo descubriré por mí mismo!

Así que Watanabe se preparó para ir, envainó su espada y se puso una cota, y se ató su gran casco. Cuando estuvo preparado para marchar, dijo al resto:

—¡Dadme algo para demostrar que estuve allí!

Entonces, uno de los hombres sacó un rollo de papel de escritura y su caja de tinta india y pinceles, y los cuatro camaradas escribieron sus nombres en un trozo de papel.

—Me llevaré esto —dijo Watanabe— y lo pondré en la Puerta de Rashōmon, así mañana por la mañana iréis y lo veréis allí. ¡Puede que capture un ogro o dos para entonces! —Y se montó en el caballo y trotó galantemente.

Era una noche muy oscura, y no había luna ni estrellas que alumbraran a Watanabe su camino. Para que la oscuridad fuera mayor, una tormenta llegó; la lluvia caía con fuerza y el viento aullaba como los lobos en las montañas. Cualquiera otro hombre hubiera temblado ante la idea de enfrentarse a salir por las puertas, pero Watanabe era un guerrero valeroso y osado, y su honor y su palabra estaban en juego, así que avanzó en la noche mientras sus compañeros oían el sonido de las pezuñas de su caballo desaparecer en la distancia. Después cerró todas las ventanas y se reunieron alrededor del fuego del carbón y preguntándose qué iba a pasar, y si su camarada se encontraría con uno de esos terribles oni.



Watanabe encontró el brazo del ogro.

Por fin, Watanabe llegó a la Puerta de Rashōmon, pero por más que intentaba atravesar la oscuridad con su mirada, no conseguía ver ninguna señal del ogro.

—Justo como pensé —se dijo Watanabe—. Por supuesto que no hay ogros por aquí, son solo historias de viejas. Pegaré el papel a la puerta para que los demás vean que he estado aquí cuando vengan mañana, y después volveré a casa y me reiré de ellos.

Puso el papel, firmado por sus cuatro compañeros, en la puerta y después giró la cabeza de su caballo hacia casa.

Al hacerlo, se dio cuenta de que había alguien detrás de él, y al mismo tiempo una voz le pidió que esperara. Entonces, agarraron su casco desde atrás.

—¿Quién eres? —dijo Watanabe sin miedo. Entonces alargó la mano y tanteó alrededor para descubrir quién o qué estaba sujetándolo por el casco. Mientras lo hacía, tocó algo que parecía un brazo, ¡pero estaba cubierto de pelo y era tan grande como el tronco de un árbol!

Watanabe sabía que era el brazo de un ogro, así que sacó la espada y atacó con fiereza.

Hubo un aullido de dolor, y entonces el ogro corrió delante del guerrero.

Los ojos de Watanabe se agrandaron por la sorpresa, pues vio que el ogro era más alto que la gran puerta, sus ojos brillaban como espejos a la luz, y su enorme boca estaba completamente abierta. Al respirar, grandes llamas salían por allí.

El ogro pensaba aterrorizar a su enemigo, pero Watanabe ni se inmutó. Atacó al ogro con toda su fuerza, y así lucharon cara a cara mucho tiempo. Por fin el ogro, al ver que no podía asustar ni vencer a Watanabe, y pensando que podía acabar derrotado, intentó escapar. Pero Watanabe, decidido a no dejar escapar al monstruo, picó espuelas y lo persiguió.

Pero aunque el samurái corrió más rápido, el ogro avanzó a más velocidad, y para decepción del samurái, no fue capaz de alcanzarlo, ya que lentamente desapareció de su vista.

Watanabe volvió a la puerta donde la feroz lucha había tenido lugar, y se bajó del caballo. Mientras lo hacía, se encontró algo en el suelo.

Se arrodilló para recogerlo y descubrió que era uno de los enormes brazos del ogro que debía haber cortado en la lucha. ¡Qué felicidad sintió al conseguir tal premio! Pues esa era la mejor de todas las pruebas de su aventura con el ogro. Así que lo recogió con cuidado y se lo llevó a casa como trofeo.

Cuando volvió, le enseñó el brazo a sus camaradas, quienes le llamaron héroe y dieron un gran festín en su nombre. Su maravillosa actuación pronto fue conocida más allá de Kioto, y la gente de todo el país se acercó a ver el brazo del ogro.

Watanabe empezó a sentirse incómodo respecto a cómo proteger con cuidado el brazo, pues sabía que el ogro al que pertenecía seguía vivo. Estaba seguro de que algún día, en cuanto el ogro se sobrepusiera a su miedo, intentaría volver a recuperar el brazo. Watanabe hizo por ello una caja de la madera más fuerte y la recubrió de hierro. En ella, puso el brazo y la selló con una pesada tapa, que se negaba a abrir para nadie. Mantenía la caja en su propia habitación y la llevaba consigo a todas partes, sin permitirse perderla de vista.

Una noche, escuchó a alguien llamar al porche, pidiendo permiso para entrar.

Cuando el sirviente fue a la puerta para ver quién era, solo había una anciana, de apariencia muy respetable. Al ser preguntada quién era y qué buscaba, la anciana respondió con una sonrisa que había cuidado al señor de la casa cuando era un bebé. Si el señor de la casa estaba disponible, suplicaba que le permitieran verlo.

El sirviente dejó a la anciana en la puerta y fue a decirle a su señor que su cuidadora había venido a verlo. Watanabe pensó que era extraño que viniera a esas horas de la noche, pero al pensar en su anciana cuidadora, que había sido como una madre para él, y a quien hacía mucho que no veía, un sentimiento muy amable surgió en su corazón. Ordenó al sirviente que la llevara hasta él.

Llevaron a la anciana hasta la habitación, y después de que las reverencias y los saludos de costumbre acabaran, dijo:

—Señor, el informe de tu valerosa batalla con el ogro de la Puerta de Rashōmon es tan conocida que incluso tu pobre y anciana cuidadora ha oído hablar de ello. ¿Es verdad lo que dicen? ¿Qué cortaste uno de los brazos del ogro? Si lo hiciste, ¡tus acciones son admirables!

—Estoy muy decepcionado —dijo Watanabe— de no haber sido capaz de capturar al monstruo que era lo que deseaba hacer. ¡Solo conseguí cortarle un brazo!



Una noche, escuchó a alguien llamar al porche, pidiendo permiso para entrar.

—Estoy muy orgullosa de pensar que mi señor es tan valiente como para cortar el brazo de un ogro —respondió la anciana—. No hay nada que pueda compararse con tu valor. Antes de morir, deseo con toda mi alma ver este brazo —añadió suplicante.

—No —dijo Watanabe—. Lo lamento, pero no puedo concederte tu petición.

—Pero ¿por qué? —preguntó la anciana.

—Porque los ogros son criaturas vengativas, y si abro la caja no hay duda de que el ogro podría aparecer de repente y llevarse el brazo —respondió Watanabe—. He conseguido que hagan una caja a propósito con una tapa muy pesada, y en ella mantengo seguro el brazo del ogro, y nunca se lo enseñaré a nadie, en ningún caso.

—Tu precaución es muy razonable —dijo la anciana—. Pero soy tu anciana cuidadora, así que seguro que no rechazarás mostrarme a mí el brazo. No solo he oído de tu valiente acción, sino que no soy capaz de esperar hasta la mañana, y vine al momento para pedirte que me lo enseñaras.

Watanabe estaba muy preocupado por las súplicas de la anciana, pero siguió negándose. Entonces la anciana dijo:

—¿Sospechas que soy una espía enviada por el ogro?

—No, por supuesto que no sospecho que seas una espía del ogro, pues eres mi anciana cuidadora —respondió Watanabe.

—Entonces, por supuesto, no puedes negarte más a enseñarme el brazo —suplicó la anciana—, ¡pues es el deseo más ferviente de mi corazón ver por una vez en la vida el brazo de un ogro!

Watanabe no podía seguir negándose más, así que se rindió y dijo:



El ogro escapó con el brazo.

—Entonces te enseñaré el brazo de un ogro, ya que tanto deseas verlo. ¡Ven, sígueme! —Y la guio hasta su propia habitación, con la anciana detrás.

Cuando estuvieron ambos en la habitación, Watanabe cerró la puerta con cuidado y luego se dirigió a una gran caja que estaba en una esquina de la habitación y levantó la pesada tapa. Después llamó a la anciana para que se acercara y mirara, pues nunca sacaba el brazo de la caja.

—¿Qué es eso? Déjame echarle un vistazo —dijo la anciana cuidadora, con felicidad.

Ella se acercó cada vez más, como si estuviera asustada, hasta que estuvo al lado de la caja. De repente, lanzó la mano al interior de la caja y agarró el brazo, gritando con una voz terrorífica que hizo que la habitación temblara:

—¡Oh, felicidad! ¡He recuperado mi brazo!

¡Y la anciana se transformó de repente en la enorme figura del terrible ogro!

Watanabe saltó y, sorprendido por completo, fue incapaz de moverse un momento, pero cuando reconoció al ogro que lo atacó en la Puerta de Rashōmon, decidió con su habitual valor terminar esto de una vez por todas. Agarró su espada, la desenvainó al momento y se lanzó en busca de la yugular del ogro.

A pesar de la enorme velocidad de Watanabe, la criatura se escapó por los pelos, saltando a través del techo. La última imagen que el samurái tuvo del ogro fue la de una sombra entre la niebla y las nubes.

Así escapó el ogro con el brazo. El samurái rechinó los dientes con su decepción, pero fue todo lo que pudo hacer. Esperó con paciencia otra oportunidad para despachar al ogro. Pero este estaba aterrorizado de la gran fuerza y valor de Watanabe, y no volvió a asomar su sucio rostro por Kioto. De esa manera la gente de la ciudad fue capaz de salir sin miedo incluso por las noches, ¡y los valientes actos de Watanabe nunca fueron olvidados!

Cómo un anciano perdió su quiste

Hace muchos, muchos años, había un buen anciano que tenía un quiste como una pelota de tenis que crecía en su mejilla derecha. Este bulto desfiguraba terriblemente su rostro, y estaba tan molesto que durante muchos años gastó todo su tiempo y dinero en librarse de él. Intentó todo lo que se le ocurrió. Consultó con muchos doctores de todo el país, y aceptó todo tipo de medicinas tanto las que se ingerían, como las que se extendían sobre su quiste. Pero no sirvió de nada. El bulto crecía y crecía, hasta ser casi tan grande como su rostro y, por desgracia, perdió toda la esperanza de conseguir librarse de él, y se resignó a llevarlo en la cara el resto de su vida.

Un día, se gastó la madera en la cocina, así que, como su esposa necesitaba bastante en ese momento, el anciano se llevó el hacha y salió hacia los bosques que había en las colinas no muy lejos de su casa. Era un día agradable a principios de otoño, el anciano disfrutaba del aire fresco y no tenía prisa por volver a casa. Así que toda la tarde pasó rápidamente mientras cortaba madera, hasta tener una buena pila que llevar a su esposa. Cuando el sol empezó a ocultarse, se dirigió a casa.

El anciano no había avanzado demasiado al bajar del paso de la montaña cuando el cielo se nubló y la lluvia empezó a caer con fuerza. Empezó a buscar refugio, pero no había siquiera una cabaña cerca para el carbón. Por fin, descubrió un gran hoyo en el tronco vacío de un árbol. Estaba cerca del suelo, así que entró arrastrándose con facilidad y se sentó con la esperanza de que solo fuera una tormenta de montaña y de que el cielo se aclararía en poco tiempo.

Para decepción del anciano, en vez de aclarar, la lluvia arreció y finalmente se convirtió en una poderosa tormenta eléctrica sobre la montaña. El trueno rugió tan aterradoramente, y los cielos parecían arder con los

relámpagos, de tal manera que el anciano apenas podía creer que siguiera vivo. Pensó que moriría de miedo. Al final, sin embargo, el cielo se despejó y todo el país brilló con los rayos del sol del ocaso. Los ánimos del anciano se recuperaron cuando miró el bello espectáculo, y estaba a punto de salir de ese extraño escondite en el árbol vacío cuando el sonido de lo que parecían pasos de mucha gente llegó a sus oídos. Al momento pensó que sus amigos habían ido a buscarlo, y se alegró de la idea de tener algunos compañeros con los que regresar. Pero, al mirar desde el árbol, cuál fue su sorpresa al ver, no a sus amigos, sino a cientos de demonios que se dirigían al lugar. Cuanto más miraba, más se sorprendía. Algunos de los demonios eran tan grandes como gigantes, otros tenían grandes ojos que no eran proporcionados con respecto al resto de sus cuerpos, otros tenían narices absurdamente largas, y algunos bocas tan grandes que parecían llegar de oreja a oreja. Todos tenían cuernos en la frente. El anciano estaba tan sorprendido por lo que vio que perdió el equilibrio y se cayó fuera del hueco. Afortunadamente, los demonios no lo vieron, pues el árbol estaba escondido. Se levantó y se arrastró de nuevo dentro del árbol. Mientras estaba allí sentado, preguntándose impaciente cuándo podría volver a casa, escuchó los sonidos de una música feliz, y después algunos de los demonios empezaron a cantar.

—¿Qué hacen esas criaturas? —se dijo el anciano—. Miraré fuera, suena muy divertido.

Al mirar fuera, el anciano vio que el jefe de los demonios estaba sentado con la espalda apoyada en el árbol donde estaba oculto, y todos los otros demonios estaban sentados alrededor, algunos bebiendo y otros bailando. La comida y el vino se hallaban ante ellos en el suelo y los demonios evidentemente se estaban divirtiendo inmensamente.

Hizo que el anciano se riera al ver sus extraños actos.

—¡Qué divertido! —rió el anciano—. Soy bastante anciano, pero nunca he visto nada tan extraño.

Estaba tan interesado y nervioso al ver lo que los demonios estaban haciendo, que se olvidó de sí mismo, salió del tronco y se levantó.

El jefe de los demonios estaba tomando en ese momento una gran copa de sake y estaba viendo a uno de los demonios danzar. Al poco, dijo, aburrido:

—Tu baile es bastante monótono. Estoy cansado de verlo. ¿No hay nadie que sepa bailar mejor que este tipo?

El anciano había disfrutado del baile toda su vida, y era un experto en el arte, y sabía que podía hacerlo mucho mejor que el demonio.

—¿Debería ir y bailar ante estos demonios y que vean de qué es capaz un ser humano? ¡Puede ser peligroso ya que si no les gusta me matarán! —se dijo el anciano.

Sus temores, sin embargo, fueron superados por su amor por el baile. En pocos minutos, no pudo contenerse más y salió ante todo el grupo de demonios y empezó a bailar al momento. El anciano, al darse cuenta de que su vida probablemente dependía de si podía complacer a esas extrañas criaturas o no, demostró sus habilidades al máximo posible.

Los demonios al principio se sorprendieron de ver a un hombre tan intrépido tomar parte de su entretenimiento, y después su sorpresa dio paso a la admiración.

—¡Qué extraño! —exclamó el cornudo jefe—. ¡Nunca vi un bailarín tan habilidoso antes! ¡Bailas admirablemente!

Cuando el anciano terminó su baile, el gran demonio dijo:

—Muchas gracias por tu divertido baile. Ahora, hónranos tomando una copa de vino con nosotros. —Y con esas palabras le dio su copa más grande.

El anciano se lo agradeció muy humildemente:

—No espero tanta amabilidad por parte del señor. Me temo que solo he enturbiado su agradable fiesta con mi poco habilidoso baile.

—No, no —respondió el gran demonio—. Debes venir y bailar para nosotros. Tu habilidad nos ha dado mucho placer.

—Sin duda —respondió el anciano.

—Entonces debes dejar alguna prenda de tu palabra con nosotros —dijo el demonio.

—Como quieras —dijo el anciano.

—¿Y bien? ¿Qué es lo mejor que puedes dejar como prenda? —preguntó el demonio, mirando a todas partes.

Entonces, uno de los vasallos del demonio se arrodilló detrás del jefe:

—Lo que nos deje debe ser lo más importante que tenga. Veo que el anciano tiene un quiste en su mejilla derecha. Los mortales consideran algo así muy afortunado. Que mi señor se lleve el quiste de la mejilla derecha del anciano, y vendrá mañana, aunque solo fuera para recuperarlo.



El demonio arrancó el gran quiste de la mejilla derecha del anciano.

—Eres muy inteligente —dijo el jefe de los demonios, con un asentimiento de sus cuernos. Entonces estiró el brazo velludo y su mano con forma de garra, y arrancó el gran quiste de la mejilla derecha del anciano. Por extraño que parezca, salió con tanta facilidad como una ciruela madura del árbol con el toque del demonio, y entonces desapareció la alegre tropa de demonios.

El anciano se quedó perdido por la confusión sobre todo lo que había sucedido. Apenas se daba cuenta de dónde estaba. Cuando se percató de lo que había sucedido, se alegró de que el bulto de su rostro, que durante muchos años lo desfiguró, hubiera desaparecido. Se lo habían llevado sin hacerle ningún daño. Se pasó la mano por la cara para ver si quedaba alguna cicatriz, pero descubrió que su mejilla derecha estaba tan suave como la izquierda.

El sol se había puesto hacía tiempo y media luna se alzaba joven y plateada en el cielo. El anciano se dio cuenta repentinamente de cuán tarde era y se apresuró a llegar a casa. Se dio palmaditas en la mejilla derecha todo el tiempo, como para confirmar su buena fortuna al haber perdido su quiste. Estaba tan feliz que le parecía imposible caminar en silencio, corrió y bailó todo el camino por casa.

Vio a su esposa muy nerviosa, preguntándose qué lo había hecho llegar tan tarde. Le contó todo lo que había pasado desde que dejara la casa. Ella se puso tan feliz como su marido cuando este le enseñó que el feo bulto había desaparecido de su rostro, pues en su juventud se había enorgullecido por el marido tan guapo que tenía y le había dolido ver crecer esa cosa cada día.

Pero en la puerta adyacente a esta buena pareja de ancianos, vivía un malvado y horrible anciano. Él también tenía un quiste en su mejilla izquierda y él, también, había intentado todo tipo de cosas para librarse de él en vano.

Se enteró de la buena suerte de su vecino al perder el bulto de su rostro ese mismo día, a través de un sirviente, así que lo visitó aquella misma noche y pidió a su amigo que le contara cómo se había librado del quiste. El buen anciano le dijo a su desagradable vecino todo lo que le había ocurrido. Describió el lugar donde encontraría el árbol vacío en el que esconderse y le aconsejó que se pusiera allí por la tarde, cerca del ocaso.



El anciano le dijo a su vecino todo lo que le había ocurrido.

El viejo vecino se fue al día siguiente y después de perder un poco el tiempo, llegó al árbol vacío justo como su amigo había descrito. Allí se escondió y esperó el ocaso.

Como le habían dicho, el grupo de demonios llegó a esa hora y tuvo lugar un festín con baile y canciones. Cuando hubo pasado un tiempo, el jefe de los demonios miró alrededor y dijo:

—¿Es ya la hora a la que prometió venir el anciano? ¿Por qué no ha venido?

Cuando el segundo anciano escuchó estas palabras, salió corriendo de su escondite en el árbol y se arrodilló ante el oni.

—¡Llevo mucho tiempo esperándote para hablar!

—Ah, eres el anciano de ayer —dijo el jefe de los demonios—. Te agradezco que hayas venido, debes bailar con nosotros pronto.

El anciano se levantó, abrió su abanico y empezó a bailar. Pero él nunca había aprendido a hacerlo, y no sabía nada de los gestos y las posiciones necesarias. Pensó que cualquier cosa complacería a los demonios, así que simplemente saltó por todos lados, agitando los brazos y dando pisotones, imitando tan bien como pudo las danzas que había visto.

Los oni no estaban nada satisfechos con esa exhibición y dijeron entre ellos:

—¡Qué mal baila hoy!

—Tu actuación de hoy es muy distinta al baile de ayer. No queremos seguir viendo más bailes así. Te devolveremos la prenda que dejaste. Debes marcharte ahora mismo.



Ahora tenía dos grandes quistes a cada lado de la cara.

Con estas palabras, sacó de un pliegue de su ropa el bulto que había cogido del rostro del otro anciano, y se lo lanzó a la mejilla derecha al mal bailarín. El bulto se unió inmediatamente a su mejilla tan firmemente como si hubiera crecido siempre allí, y todos los intentos de sacarlo fueron inútiles. El malvado anciano, en vez de perder el bulto de su mejilla izquierda, como había deseado, descubrió para su desgracia que había añadido otro a su mejilla derecha en su intento de librarse del primero.

Se llevó una mano y luego la otra a cada lado del rostro para asegurarse de que no estaba soñando una horrible pesadilla. No, no había ninguna duda de que ahora tenía otro gran quiste en la parte derecha de su rostro. Los demonios habían desaparecido, y no le quedaba nada más que hacer que volver a casa. Tenía un aspecto horrible, pues su rostro, con sus dos grandes bultos, uno a cada lado, parecía una calabaza japonesa.

La historia del anciano que hacía que los árboles marchitos florecieran

Hace mucho, mucho tiempo, vivían un anciano y su esposa que se ganaban la vida cultivando un pequeño terruño. Su vida había sido muy feliz y pacífica excepto por una gran pena: no tenían hijos. Su única mascota era un perro llamado Shiro, y a él le demostraban todo el afecto de su ancianidad. Por supuesto, lo amaban tanto que, cuando tenían algo bueno que comer, se sacrificaban y se lo daban a él. Era un verdadero perro japonés, muy parecido a un pequeño lobo.

La hora más feliz del día tanto para el anciano como para el perro era cuando el hombre volvía de su trabajo en los campos y guardaba un poco de su almuerzo frugal de arroz y verduras, que le dejaba al perro en el pequeño porche que rodeaba la cabaña. Siempre, Shiro estaba esperando a su amo y al capricho nocturno. Entonces, el anciano decía: «¡Chin, chin!», Shiro se erguía, le pedía la comida, y su amo se la daba. En la casa de al lado de esta buena pareja de ancianos vivían otro anciano y su esposa que eran malvados y crueles, y odiaban a sus buenos vecinos y al perro con todas sus fuerzas. Cuando Shiro se acercaba a su cocina, ellos lo pateaban o le tiraban cosas, algunas veces incluso lo herían.

Un día, se escuchó a Shiro ladrar mucho tiempo en el campo tras la casa de su amo. El anciano, pensando que tal vez los pájaros estaban atacando el maíz, corrió a ver qué sucedía. En cuanto Shiro lo vio, corrió hacia él, agitando el rabo y, agarrando el extremo del kimono, lo arrastró hacia debajo de un gran árbol. Allí, empezó a excavar con tenacidad con sus patas, con gañidos de felicidad todo el tiempo. El anciano, que no entendía lo que estaba pasando, se quedó ahí de pie, confuso. Pero Shiro siguió ladrando y cavando con todas sus fuerzas.



Cuanto más profundo cavaba, más monedas de oro encontraba.

Por fin, al anciano se le ocurrió que podía haber algo oculto bajo el árbol y que el perro lo había olido. Volvió corriendo a la casa, cogió su pala y empezó a cavar allí. Cuál fue su sorpresa cuando, después de cavar un rato, encontró un montón de antiguas y valiosas monedas, y cuanto más profundo cavaba, más monedas de oro encontraba. Tan dedicado estaba el anciano a su

trabajo que no vio el rostro enfadado de su vecino mirando a través de la valla de bambú. Por fin, todas las monedas de oro estaban brillando en el suelo. Shiro se sentó con orgullo y miró con cariño a su amo, como si dijera: «Ves, aunque solo soy un perro, puedo devolverte parte de la amabilidad que me muestras».

El anciano corrió a llamar a su esposa y entre ambos llevaron el tesoro a su casa. Así, en un solo día, el pobre anciano se hizo rico. Su gratitud al leal perro no tuvo límites y lo amó y lo cuidó más que antes si es que eso era posible.

El malvado vecino, atraído por los ladridos de Shiro, había sido un testigo invisible y envidioso del descubrimiento del tesoro. Empezó a pensar que a él también le gustaría encontrar una fortuna. Así que unos días después, visitó la casa del anciano y con mucha ceremonia pidió permiso para tomar prestado a Shiro un corto tiempo.

El amo de Shiro pensó que era una petición extraña, porque sabía bastante bien no solo que su vecino no amaba a su mascota, sino que nunca perdía una oportunidad de golpear y atormentar al perro cuando se cruzaba en su camino. Pero el buen anciano tenía demasiado buen corazón como para rechazar a su vecino, así que aceptó prestarle al perro con la condición de que debía cuidarlo mucho.

El cruel anciano volvió a su casa con una malvada sonrisa en el rostro, y le contó a su esposa cómo había tenido éxito con sus aviesas intenciones. Entonces cogió su pala y se apresuró a su propio campo, forzando al reticente Shiro a seguirlo. En cuanto llegaron a otro árbol se detuvo.

—Si había monedas de oro debajo del árbol de tu amo, debe haber debajo del mío también. ¡Debes encontrarlas para mí! ¿Dónde están? ¿Dónde? ¿Dónde? —dijo al perro, amenazador.

Cogió del cuello a Shiro y sostuvo la cabeza del perro contra el suelo, de manera que Shiro empezó a arañar y a cavar para librarse de las horribles garras del anciano.

El anciano se alegró mucho cuando vio que el perro empezó a arañar y a excavar porque al momento supuso que algunas monedas de oro estaban enterradas bajo el árbol, igual que en el de su vecino, y que el perro las había olido; así que empujó a Shiro y empezó a cavar, pero no encontró nada.

Siguió excavando hasta que un horrible olor empezó a afectarlo, y al final llegó a un montón de desperdicios.

Os podéis imaginar la repugnancia que sintió el anciano. Pronto eso dio paso a la ira. Había visto la buena fortuna de su vecino, y, esperando tener la misma suerte, pidió prestado a Shiro. Ahora, justo cuando tenía la sublime sensación de que sus sueños se iban a cumplir, descubría que para él solo había una pila de desperdicios apestosos como recompensa por su trabajo de toda una mañana. En vez de culpar a su propia avaricia de su decepción, culpó al pobre perro. Cogió su pala, golpeó con todas sus fuerzas a Shiro y lo mató en ese mismo sitio. Después tiró su cuerpo en el hoyo que había cavado con la esperanza de encontrar un tesoro de monedas de oro, y lo cubrió con tierra. Después volvió a la casa, no se lo contó a nadie, ni siquiera a su esposa.

Después de esperar varios días, como Shiro no volvía, su amo empezó a ponerse nervioso. Día tras día, pasaron y el anciano esperó en vano. Entonces fue a su vecino y le pidió que le devolviera a su perro. Sin ninguna vergüenza o duda, el malvado vecino respondió que había matado a Shiro por su mal comportamiento. Ante estas horribles noticias, el amo de Shiro lloró muchas lágrimas amargas y tristes. Grande, sin duda, fue su horrible pena, pues era demasiado bueno y amable para reprochar a su malvado vecino. Al saber que Shiro estaba enterrado bajo el árbol del campo, pidió al anciano que le diera el árbol como recuerdo de su pobre perro Shiro.

Ni siquiera alguien tan malvado como ese vecino podía rechazar una petición tan sencilla, así que aceptó dar al anciano el árbol bajo el que Shiro estaba enterrado. Entonces, el amo de Shiro taló el árbol y se lo llevó a casa. Del tronco hizo un mortero. En este, su esposa puso algo de arroz y él empezó a preparar una ofrenda para el altar de Shiro.

¡Pero algo extraño ocurrió! Su esposa puso el arroz en el mortero, y en cuanto él empezó a golpearlo para hacer los onigiri, empezó a aumentar gradualmente hasta que tuvo cinco veces más, y los onigiri salían del mortero como si una mano invisible estuviese funcionando.

Cuando el anciano y su esposa vieron esto, comprendieron que era una recompensa de Shiro por su amor sin tacha. Probaron el arroz y vieron que era una comida mejor que ninguna otra. Desde entonces, nunca tuvieron

ningún problema sobre la comida, pues vivían del arroz que el mortero no dejaba de darles en ningún momento.

El avaricioso vecino, al escuchar esta nueva muestra de buena suerte, volvió a sentir envidia y visitó al anciano y le pidió prestado el maravilloso mortero un poco de tiempo, fingiendo que él también, apenado por la muerte de Shiro, deseaba hacer un festival en memoria del perro.

El anciano no quería prestárselo, pero era demasiado amable como para negarse. Así, el envidioso hombre se llevó a casa el mortero, pero nunca lo devolvió.

Pasaron varios días, y el amo de Shiro esperó en vano, así que se acercó a ver al vecino y pedirle que le devolviera el mortero si ya había terminado con él. Se lo encontró sentado ante un gran fuego hecho de trozos de madera. En el suelo yacía lo que parecían trozos del mortero roto. Como respuesta a la pregunta del anciano, el malvado vecino respondió con arrogancia:

—¿Has venido a pedirme tu mortero de vuelta? Lo rompí en pedazos y ahora estoy haciendo un fuego con la madera, pues cuando yo intenté hacer onigiri con él, solo un horrible hedor salió de él.

—Siento oír eso —dijo el anciano—. Es una lástima que no me pidieras los onigiri si eso era lo que querías. Te hubiera dado cuantos quisieras. Ahora, por favor, dame las cenizas del mortero, pues deseo conservarlas como recuerdo de mi perro.

El vecino aceptó al momento, y el anciano se llevó a casa una cesta llena de cenizas.



El árbol floreció.

No mucho después, el anciano desperdigó algunas de las cenizas en los árboles de su jardín. ¡Qué cosa tan maravillosa ocurrió entonces!

Ya estaba avanzado el otoño, y los árboles habían perdido sus hojas, pero en cuanto las cenizas tocaron sus ramas, los cerezos, ciruelos y todos los matorrales que daban flor, florecieron, de forma que el jardín del anciano se transformó de repente en una bella imagen de la primavera. La alegría del anciano no tuvo límites, y conservó con cuidado el resto de las cenizas.

La historia del jardín del anciano se extendió por todas partes, y la gente del país se acercó a ver el maravilloso paisaje.

Un día, poco después, el anciano escuchó a alguien llamar a su puerta, y al ir al porche a ver de quién se trataba, se sorprendió al ver a un samurái allí. Este le dijo que era vasallo de un gran daimyō; uno de sus cerezos se había marchitado y aunque todo su servicio había intentado revivirlo, no lo habían conseguido. El samurái estaba molesto por la tristeza que le ocasionó la pérdida de su cerezo favorito a su señor. Entonces, por fortuna, escuchó que había un maravilloso anciano que podía hacer florecer árboles marchitos y su señor lo mandó a pedirle al anciano que lo acompañara.

—Y —añadió el samurái—, os estaría muy agradecido si vinierais sin demora.

El buen anciano estaba muy sorprendido por lo que oía, pero respetuosamente siguió al samurái hasta el palacio del noble.

El daimyō, que había estado esperando impaciente la llegada del anciano, le preguntó en cuanto lo vio:

—¿Eres tú el anciano que puede hacer florecer árboles incluso fuera de temporada?

El anciano hizo una reverencia.

—¡Ese soy yo!

—Debes hacer que el cerezo muerto de mi jardín florezca de nuevo por medio de tus famosas cenizas. Delante de mí —dijo entonces el daimyō.

Fueron todos al jardín, el daimyō, sus vasallos y las damas de su corte, que llevaban la espada del daimyō.

El anciano se apretó el kimono y se preparó para subirse al árbol. Pidió perdón, cogió la olla de cenizas que había traído con él, y empezó a escalar el árbol, todos miraban sus movimientos con mucho interés.

Por fin, llegó hasta el punto donde el árbol se dividía en dos grandes ramas, y situándose allí, el anciano se sentó y lanzó las cenizas a la derecha y a la izquierda sobre las ramas grandes y pequeñas.

¡Maravilloso, sin duda, fue el resultado! ¡El árbol marchito al momento floreció! El daimyō entró en trance de la felicidad, parecía como si se hubiera vuelto loco. Se levantó y abrió su abanico, llamando al anciano desde debajo del árbol. Él mismo dio al anciano una copa llena con el mejor sake y lo recompensó con mucha plata, oro y otras piedras preciosas. El daimyō ordenó que el viejo podía utilizar el nombre de Hana-Saka-Jijii o «El anciano que

hace florecer los árboles», y que desde entonces todos debían conocerlo por ese nombre, y lo mandó a casa con grandes honores.

El malvado vecino, como en las veces anteriores, se enteró de la buena fortuna del buen anciano, y todas las grandes cosas que le habían dado, y no pudo resistir la envidia y los celos que llenaban su corazón. Recordó cómo había fallado en sus intentos de encontrar monedas de oro y en hacer los onigiri mágicos, esta vez, sin duda, conseguiría imitar al anciano, que hizo florecer árboles marchitos solo con echar cenizas en ellos. Sin duda, eso era lo más sencillo.



El daimyō ordenó a sus vasallos arrestar al impostor.

Se puso a trabajar y a recoger todas las cenizas que seguían en la chimenea de quemar el mortero maravilloso. Entonces salió en busca de algún gran hombre que lo empleara, gritando con tanta fuerza como podía:

—¡Aquí viene el maravilloso hombre que puede hacer florecer árboles marchitos! ¡Aquí viene el anciano que puede resucitar árboles muertos!

El daimyō en su palacio escuchó su grito.

—Debe ser Hana-Saka-Jijii pasando por aquí. No tengo nada que hacer hoy. Dejemos que nos sorprenda con su arte de nuevo, me divertiría verlo trabajar de nuevo.

Así que los vasallos salieron y llevaron al impostor ante su señor. Podéis imaginar la satisfacción que este sintió.

Pero, al verlo, el daimyō pensó que era raro que no se pareciera en nada al anciano que había visto antes, así que le preguntó:

—¿Eres el hombre al que yo llamé Hana-Saka-Jijii?

—¡Sí, mi señor! —mintió el envidioso vecino.

—¡Eso es extraño! —dijo el daimyō—. ¡Pensaba que solo había un Hana-Saka-Jijii en el mundo! ¿Acaso tiene algún discípulo?

—Yo soy el auténtico. ¡El que vino antes ante ti era solo mi discípulo! —respondió de nuevo el anciano.

—Entonces debes ser más hábil que el otro. ¡Muéstrame lo que haces!

El envidioso vecino, con el daimyō y su corte detrás, fue entonces al jardín y se acercó a un árbol muerto, cogió un puñado de cenizas que llevaba con él y las esparció por el árbol.

Pero no solo no floreció, sino que ni siquiera se vio un capullo. Al pensar que no había usado suficientes cenizas, el anciano cogió otro puñado y volvió a esparcirlas sobre el árbol marchito. Pero no sirvió de nada. Después de intentarlo varias veces, las cenizas llegaron a los ojos del daimyō. Esto lo enfadó y ordenó a sus vasallos arrestar al falso Hana-Saka-Jijii al momento y lo mandó a prisión por impostor. De ese encarcelamiento no se libró el malvado anciano. Así recibió el castigo que merecía por sus maldades.

El buen anciano, sin embargo, con el tesoro de las monedas de oro que Shiro había encontrado para él, y con el oro y la plata que el daimyō le había dado, se convirtió en un hombre rico y próspero a su edad y vivió una vida larga y feliz, amado y respetado por todos.

El shinansa o carro dirigido al sur

La brújula, con la aguja siempre señalando al norte, es algo bastante habitual, y ahora nadie piensa que sea algo impresionante, aunque la primera vez que apareció debió maravillar al pueblo. Hace mucho, en China, había una invención aún más sorprendente: el shinansa. Era un tipo de carromato con la estatua de un hombre en ella que siempre señalaba hacia el sur. No importaba hacia dónde se colocara el carro, la estatua se giraba y apuntaba al sur.

Este curioso instrumento lo inventó Kotei, uno de los tres emperadores chinos de la Era Mitológica. Kotei era el hijo del emperador Yuhi.

Antes de que naciera, su madre tuvo una visión que predijo que su hijo iba a ser un gran hombre. Una noche de verano, salió a pasear por los prados para disfrutar de la brisa fresca que llegaba al final del día y para admirar con placer el cielo estrellado. Mientras miraba la Estrella Polar, por extraño que parezca, esta soltó unos fuertes relámpagos en todas las direcciones. Poco después, nació su hijo Kotei.

Con el tiempo, este creció hasta ser adulto y sucedió a su padre, el emperador Yuhi. Sin embargo, al comienzo, su reinado se vio amenazado por el rebelde Shiyu. Este quería convertirse en rey, y libraron muchas batallas con este motivo. Shiyu era un taimado mago, su cabeza estaba hecha de hierro y ningún hombre podía vencerlo.

Al final, Kotei declaró la guerra al rebelde y lideró a su ejército a la batalla, y se encontró con su enemigo en una llanura llamada Takuroku. El emperador atacó al enemigo valerosamente, pero el mago hizo que una densa niebla cubriera el campo de batalla, y mientras el ejército real estaba vagando confuso, intentando encontrar el camino, Shiyu se retiró con sus tropas, riéndose por haberles engañado.



El emperador reflexionó profundamente.

No importaba cuán fuertes y valientes fueran los soldados del emperador, el rebelde siempre podía escapar con su magia.

Kotei volvió a su palacio y pensó y maquinó para vencer al mago, pues estaba decidido a no rendirse. Después de mucho tiempo, inventó el shinansa con su estatua del hombre siempre apuntando al sur, pues no había brújulas en aquellos días. Con este instrumento para guiarlo, no tenía por qué temer las densas nieblas que alzaba el mago para confundir a sus hombres.

Kotei volvió a declarar la guerra a Shiyu. Puso el shinansa al frente de su ejército y se dirigió al campo de batalla.

Empezó el combate con energía. Los rebeldes se veían arrollados por las tropas reales cuando volvió a recurrir a la magia, y, tras decir unas extrañas palabras en voz alta, una densa niebla cubrió por completo el campo de batalla.

Pero esta vez a ningún soldado le molestó la niebla, ninguno se quedó confuso. Kotei, al dirigir el shinansa, pudo encontrar su camino y dirigió a su ejército sin ningún error. Persiguió de cerca a los rebeldes y los hizo llegar

hasta un gran río. Este estaba crecido por las lluvias y era imposible de cruzar.

Shiyu usó sus artes mágicas para atravesarlo con su ejército y se refugió en un castillo en la ribera opuesta.

Cuando Kotei vio que se detenía su marcha, se sintió completamente decepcionado, pues casi había superado a los rebeldes cuando el río lo detuvo.

No podía hacer nada, pues en aquellos días no había barcos, así que el emperador ordenó que prepararan su tienda en el mejor lugar que hubiera por allí.

Unos días después, salió de allí y, después de caminar un rato, llegó a un lago. Allí se sentó en la orilla y se perdió en sus pensamientos.

Era otoño. Los árboles crecían al borde del agua, y dejaban caer las hojas, que flotaban por la superficie del lago. En cualquier caso, la atención de Kotei se centró en una araña al borde del agua. El pequeño insecto estaba intentando montarse en una de las hojas flotantes cercanas. Al final lo consiguió y pronto flotó hacia el otro lado del lago.

Este pequeño incidente hizo pensar al inteligente emperador que podía intentar hacer algo que pudiera llevarlos a él y a sus hombres al otro lado del río de la misma forma que la hoja acarreaba a la araña. Se puso a trabajar y perseveró hasta que inventó la primera barca. Cuando vio que funcionaba, puso a todos sus hombres a hacer más, y en poco tiempo tuvo barcas para todo el ejército.

Kotei llevó a este al otro lado del río y atacó el acuartelamiento de Shiyu. Consiguió una victoria completa y así puso fin a la guerra que había devastado su país tanto tiempo.

El sabio y buen emperador no descansó hasta que consiguió que la paz y la prosperidad se extendieran por toda su tierra. Era amado por sus súbditos, que ahora disfrutaban de una paz feliz que duraría muchos años. Pasó mucho tiempo inventando cosas que beneficiaran a su gente, y pasó a la posteridad por ellos, incluyendo las barcas y el shinansa.

Llevaba cien años reinando cuando un día, mientras Kotei miraba al cielo, este se volvió rojo y algo brillante como el oro bajó a la tierra. Cuando se acercó, Kotei vio que se trataba de un gran dragón. Este se acercó e inclinó su

cabeza ante el emperador. La emperatriz y los cortesanos estaban tan asustados que salieron corriendo entre gritos.



Se montó en el dragón.

Pero el emperador solo sonrió y les dijo que se detuvieran.

—No os asustéis. Es un mensajero del Cielo. ¡Se ha acabado mi tiempo en la tierra! —Después, se montó en el dragón, que empezó a ascender hacia el cielo.

Cuando la emperatriz y los cortesanos lo vieron, todos gritaron:

—¡Espera un momento! Nosotros también queremos ir. —Y todos corrieron y se agarraron a la barba del dragón mientras intentaban montarlo.

Pero era imposible que tanta gente se subiera al dragón. Varios de ellos se colgaron de la barba así que cuando intentaron montarse arrancaron el pelo y cayeron al suelo.

Mientras tanto, la emperatriz y unos pocos de los cortesanos iban cómodamente sentados en la espalda del dragón. Este voló tan alto hacia el cielo que en poco tiempo los habitantes de palacio, que se habían quedado detrás decepcionados, no pudieron verlos.

Después de algo de tiempo, un arco y una flecha cayeron en el patio del palacio. Se aceptó que pertenecían al emperador Kotei. Los cortesanos los cogieron reverentemente y los guardaron como reliquias sagradas en palacio.

Las piedras de cinco colores y la emperatriz Jokwa

Una antigua historia china

Hace mucho, mucho tiempo, vivía una gran emperatriz china que heredó el puesto de su hermano, el emperador Fuki. Sucedió durante la era de los gigantes, y la emperatriz Jokwa, pues ese era su nombre, medía siete metros y medio, casi tanto como su hermano. Era una mujer maravillosa y una gobernante capaz. Hay una historia interesante de cómo arregló parte de los cielos rotos y uno de los pilares terrestres que sostenían el cielo, pues ambos fueron dañados durante una rebelión de uno de los vasallos del emperador Fuki.

El nombre del rebelde era Kokai. Medía ocho metros. Su cuerpo estaba completamente cubierto de pelo y su rostro era tan negro como el hierro. Era un mago y tenía una personalidad terrible. Cuando el emperador Fuki murió, Kokai sintió la ambición de convertirse en su sucesor, pero su plan falló, y Jokwa, la hermana del emperador muerto, ascendió al trono. Kokai estaba tan enfadado por ver estropeado su deseo que se alzó contra ella. Su primera acción fue emplear al Demonio del Agua, que hizo que una gran inundación asolase el país. Esto echó a la gente pobre de sus casas, y cuando la emperatriz Jokwa vio los problemas de sus súbditos, y al saber que era culpa de Kokai, le declaró la guerra.

Jokwa, la emperatriz, tenía dos jóvenes guerreros llamados Hako y Eiko, al primero de los cuales hizo general de la vanguardia. Hako estaba encantado de que la emperatriz lo hubiera elegido y se preparó para la batalla. Cogió la lanza más larga que pudo encontrar y se montó en un caballo rojo. Estaba a punto de partir cuando escuchó a alguien galopar a toda prisa tras él que gritaba:



La emperatriz Jokwa.

—¡Hako! ¡Detente! ¡Yo debo ser el general de la vanguardia!

Miró atrás y vio a Eiko, su camarada, cabalgando un caballo blanco, y desenvainando una gran espada para golpearlo. Su ira ardía y conforme se giraba al rival, gritó:

—¡Insolente desgraciado! Me ha elegido la emperatriz para liderar la vanguardia. ¿Te atreves a detenerme?

—Sí —respondió Eiko—. Debo liderar el ejército. Eres tú quien debería seguirme.

Ante esta atrevida respuesta, la ira de Hako estalló en llamas.



Hako miró atrás y vio a Eiko blandiendo una larga espada.

—¿Te atreves a responderme así? Toma esto. —Y se lanzó contra él con su lanza.

Pero Eiko se apartó rápidamente y, al mismo tiempo, alzando su espada, hirió al caballo del general en la cabeza. Obligado a desmontar, Hako estaba a punto de lanzarse contra su antagonista cuando Eiko, tan rápido como un relámpago, arrancó de su pecho la medalla de mando y galopó lejos. La acción fue tan rápida que Hako se quedó asombrado, sin saber qué hacer.

La emperatriz había sido testigo de la escena, y no pudo sino admirar la rapidez del ambicioso Eiko. Para apaciguar a los dos rivales, decidió dar a ambos el mando de la vanguardia.

Así, Hako comandaba el ala izquierda, y Eiko, la derecha. Cien mil soldados los seguían y marcharon para detener al rebelde Kokai.

En poco tiempo, los dos generales alcanzaron el castillo donde Kokai se fortificó. Cuando supo de su acercamiento, el mago dijo:

—Me encargaré de esos dos pobres niños de un soplido.

Poco sabía él cuán difícil encontraría la lucha.

Con esas palabras, Kokai agarró una barra de hierro y montó un caballo negro, sobre el que avanzó como un tigre enfadado para encontrarse con sus dos enemigos.

Cuando los dos guerreros le vieron lanzarse sobre ellos, se dijeron: «No debemos dejarlo escapar vivo». Y lo atacaron desde ambos lados con espada y lanza. Pero el todopoderoso Kokai no iba a ser vencido con facilidad, agitó su vara de hierro como una rueda de agua y durante mucho tiempo lucharon así, ninguno de los dos lados ganaba o perdía. Por fin, para evitar la vara de hierro del mago, Hako giró demasiado rápido su caballo, las pezuñas del animal golpearon una gran piedra y, del susto, el caballo se alzó sobre dos patas, lanzando a su amo al suelo.

Kokai sacó su espada de tres filos y estaba a punto de matar al prostrado Hako, pero antes de que el mago pudiera conseguir sus malvados designios, el valiente Eiko situó a su caballo frente a Kokai y lo retó a probar su fuerza contra él y no matar a un hombre caído. Pero Kokai estaba cansado, y no se sentía interesado en luchar contra este osado joven que todavía estaba fresco, así que dio la vuelta al caballo de repente y huyó de la refriega.

Hako, que solo había estado ligeramente atontado, para entonces había conseguido levantarse y él y su camarada corrieron detrás del enemigo que huía, uno a pie y el otro a caballo.

Kokai, al verse perseguido, se giró hacia su asaltante más cercano, que era Eiko, alcanzó una flecha de su carcaj en la espalda, la puso en el arco y disparó.

Tan rápido como un relámpago, el agotado Eiko evitó el proyectil, que solo tocó las cuerdas de su casco y, rebotando, cayó sin hacer daño contra la armadura de Hako.

El mago vio que ambos enemigos seguían libres de cualquier daño. También sabía que no le quedaba tiempo para sacar una segunda flecha antes de que llegaran hasta él, así que para salvarse, recurrió a la magia. Se estiró hacia su vara e inmediatamente llegó una gran inundación y el ejército de Jokwa y sus valientes generales cayeron como hojas de otoño en un río.

Hako y Eiko estaban cubiertos hasta el cuello de agua y, al mirar alrededor, vieron cómo el feroz Kokai se acercaba a ellos a través del agua con su vara de hierro en alto. Pensaban que en cualquier momento podrían

caer, pero nadaron con valentía tan lejos como pudieron de Kokai. De repente, se encontraron frente a una isla que se alzaba en el agua. Levantaron la mirada y allí se alzaba un anciano con pelo tan blanco como la nieve que sonreía. Le pidieron ayuda a gritos. El anciano asintió y se acercó al borde del agua. En cuanto sus pies tocaron el agua, la inundación se dividió y una buena carretera apareció, para sorpresa de los hombres que se ahogaban, que ahora se encontraban libres.

Kokai había alcanzado para entonces la isla que de repente se había levantado como si fuera un milagro del agua y, al ver a sus enemigos salvados así, se puso furioso. Avanzó a través del agua hacia el anciano y parecía que fuera a asesinarlo sin pensar. Pero el anciano no se mostró preocupado en lo más mínimo, sino que esperó con calma la ira del mago.

Conforme se acercó Kokai, el anciano se rio alegremente y se convirtió en una bella grulla blanca grande, aleteó y voló hacia el cielo.

Cuando Hako y Eiko lo vieron, supieron que su salvador no era un simple humano, tal vez fuera un dios disfrazado, y confiaron descubrir más adelante quién era el venerable anciano.

Entre tanto, se habían retirado y ahora estaba a punto de terminar el día, pues el sol se estaba poniendo, y tanto Kokai como los jóvenes guerreros dejaron a un lado la idea de seguir luchando.

Esa noche, Hako y Eiko decidieron que era inútil luchar contra el mago Kokai, pues tenía poderes sobrenaturales, mientras que ellos solo eran humanos. Después de muchas dudas, la emperatriz decidió pedir ayuda al Rey de Fuego, Shikuyu, contra el mago rebelde y que liderase su ejército contra él.

Shikuyu, el Rey del Fuego, vivía en el Polo Sur. Era el único lugar seguro para él pues quemaba todo lo que había a su alrededor en cualquier otro lado, pero es imposible quemar el hielo y la nieve. Era un gigante, medía más de veinte metros. Su rostro era como el marfil, y su cabello y su barba eran largos y blancos como la nieve. Su fuerza era incomparable y dominaba todo el fuego como Kokai el agua.

—Sin duda —pensó la emperatriz—, Shikuyu podrá derrotar a Kokai. Así que mandó a Eiko al Polo Sur para suplicar a Shikuyu que liderase la guerra contra Kokai y lo derrotase de una vez por todas.

—¡Eso es sencillo, sin duda! —dijo el Rey del Fuego al oír la petición de la emperatriz con una sonrisa—. Pues fui yo quien os salvó a ti y a tu compañero cuando os ahogabais en la inundación que convocó Kokai.

Eiko se sorprendió al descubrir esto. Agradeció al Rey de Fuego su ayuda en su momento de necesidad, y después le pidió que volviera con él y liderase la guerra para derrotar al malvado Kokai.

Shikuyu hizo lo que le pedían y volvió con Eiko hasta la emperatriz. Ella dio la bienvenida al Rey del Fuego cordialmente, y al momento le contó por qué lo había mandado llamar: para pedirle que fuera el comandante de su ejército.

—No os preocupéis —respondió, con total tranquilidad—. Mataré sin dudar a Kokai.

Shikuyu se colocó entonces a la cabeza de treinta mil soldados y, con Hako y Eiko guiándolo, marchó hacia el castillo del enemigo. El Rey del Fuego conocía el secreto del poder de Kokai, y dijo a todos los soldados que recogieran un cierto arbusto. Lo quemaron en gran cantidad, y ordenó que todos los soldados llenaran una bolsa con las cenizas así obtenidas.

Kokai, por otro lado, con su orgullo, consideraba a Shikuyu inferior en poder.

—Aunque seas el Rey del Fuego, con mi agua podré extinguirte sin problemas —murmuró enfadado.

Después repitió el encantamiento, y las aguas de la inundación volvieron a alzarse y llegaron hasta la cumbre de las montañas. Shikuyu, sin temer nada, ordenó a sus soldados que dispersaran las cenizas que les había ordenado conseguir. Todos los hombres hicieron lo que les pedía, y tal era el poder de la planta que habían quemado, que en cuanto sus cenizas tocaron el agua, se formó un barro seco donde se encontraron a salvo de ahogarse.



Eiko visita al Rey del Fuego.

Kokai, el mago, se preocupó cuando vio que el Rey del Fuego era superior en sabiduría, y su ira fue tan grande que corrió de cabeza contra el enemigo.

Eiko cabalgó contra él y los dos lucharon durante un tiempo. Estaban parejos en habilidad, mano a mano. Hako, que estaba observando el combate, vio que Eiko empezaba a cansarse, y, temiendo que su camarada cayera, lo sustituyó.

Pero Kokai se había cansado también, y, sintiéndose incapaz de resistir a Hako, dijo con astucia:

—Eres demasiado magnánimo, luchar en lugar de tu amigo y correr el riesgo de morir por ello. No heriré a tan buen hombre.

Y fingió que iba a retirarse, girando al caballo. Su intención era que Hako bajara la guardia y entonces giraría y lo pillaría por sorpresa.

Pero Shikuyu comprendió al astuto mago y dijo al momento:

—¡Eres un cobarde! ¡No me puedes engañar!

Al decir esto, el Rey del Fuego hizo una señal al confiado Hako para que atacase. Kokai se giró con furia hacia Shikuyu pero estaba cansado y no

podía luchar bien, por lo que recibió una herida en el hombro. Se libró del combate e intentó escapar de verdad.

Mientras la lucha entre sus líderes continuaba, los dos ejércitos esperaban el resultado. Shikuyu se giró e hizo que los soldados de Jokwa cargaran contra las fuerzas enemigas. Le obedecieron, y las masacraron, el mago apenas consiguió escapar con vida del encarnizado combate.

En vano, Kokai llamó al Demonio del Agua para ayudarlo, pues Shikuyu conocía el contrahechizo. El mago descubrió que la batalla estaba en su contra. Loco de dolor, pues su herida empezaba a darle complicaciones, de decepción y de temor, se dio de cabeza contra las rocas del Monte Shu, y murió al momento.

Ese fue el final del malvado Kokai, pero no el de los problemas del Reino de la emperatriz Jokwa, como veréis. La fuerza con la que el mago cayó contra las rocas fue tan fuerte que la montaña estalló y el fuego surgió de la Tierra, y uno de los pilares que sostenían los Cielos se rompió, y una esquina del Cielo cayó hasta tocar la Tierra.

Shikuyu, el Rey del Fuego, cogió el cuerpo del mago y se lo llevó a la emperatriz Jokwa, que se alegró mucho al ver que su enemigo había sido eliminado y sus generales, victoriosos. Ella dio todo tipo de regalos y honores a Shikuyu.

Pero todo ese tiempo, el fuego salía de la montaña rota por la caída de Kokai. Pueblos enteros fueron destruidos, los campos de arroz ardieron, el cauce de los ríos se llenó de lava ardiente, y la gente sin casa estaba muy apenada. Así, la emperatriz dejó la capital en cuanto recompensó al victorioso Shikuyu y viajó a toda velocidad a la escena del desastre. Descubrió que tanto el Cielo como la Tierra habían recibido daños, y el lugar estaba tan oscuro que tuvo que encender su lámpara para descubrir el caos que había ocurrido.

Al verlo, se puso a repararlo. Para ello, ordenó a sus súbditos que recogiesen piedras de cinco colores, azul, amarillo, rojo, blanco y negro. Cuando las consiguió, las hirvió con un tipo de porcelana en un gran puchero y la mezcla se convirtió en una bella pasta y, con eso, sabía que podría arreglar el Cielo. Ahora todo estaba listo.

Convocó las nubes que surcaban las alturas sobre su cabeza, se montó sobre ellas y se dirigió hacia el Cielo, llevando en sus manos la jarra que

contenía la pasta hecha de piedras de cinco colores. Pronto, alcanzó la esquina del Cielo que estaba rota, puso la pasta y la arregló. Tras hacer esto, se dirigió al pilar roto. Con las patas de una tortuga muy grande lo reconstruyó. Cuando terminó, bajó sobre las nubes hasta la tierra. Esperaba que todo estuviera solucionado, pero por desgracia seguía en la oscuridad.

Perpleja, llamó a todos los sabios del Reino, y pidió su consejo sobre qué debería hacer ante este dilema.



Dio a sus dos embajadores maravillosos carros.

Dos de los más sabios dijeron:

—El accidente ha dañado las carreteras del Cielo, y el Sol y la Luna se ven obligados a quedarse en casa. Ni el Sol puede hacer su viaje diario, ni la Luna el nocturno, por las malas carreteras. El Sol y la Luna no saben todavía que usted ha arreglado todo lo dañado, así que tendremos que ir a avisarlos de que tras reparar las carreteras ya estaban seguras.

La emperatriz aceptó lo que los sabios sugirieron, y les ordenó que partieran en su misión. Pero no era fácil, pues el Palacio del Sol y la Luna está a muchos, muchos cientos de miles de kilómetros hacia el este. Si viajaban a pie, nunca podrían llegar al lugar, porque morirían de viejos en el camino. Pero Jokwa recurrió a la magia. Dio a sus dos embajadores maravillosos carros que podían volar por el aire a miles de kilómetros al minuto mediante la magia. Partieron con buen ánimo, cabalgando sobre las nubes, y después de muchos días, alcanzaron el país donde el Sol y la Luna vivían felices juntos.

Las Majestades de la Luz concedieron una entrevista a los dos embajadores. Estos preguntaron por qué se habían ocultado del universo. ¿Acaso no sabían que habían lanzado a toda la gente del mundo a la oscuridad día y noche?

—Seguro que saben que el Monte Shu ha estallado de repente con fuego, y las carreteras del Cielo han quedado gravemente dañadas. Yo, el Sol, no puedo viajar por tales carreteras y, sin duda, la Luna no podrá hacerlo por la noche. Así que ambos nos retiramos a una vida privada hasta que se solucione.

Entonces los dos sabios hicieron una reverencia hasta el suelo.

—La emperatriz Jokwa ya ha reparado las carreteras con las maravillosas piedras de cinco colores, así que aseguramos a Sus Majestades que las carreteras están exactamente igual que antes.

Pero el Sol y la Luna seguían dudando, diciendo que habían oído que uno de los pilares del Cielo se había roto también y temían que, incluso si las carreteras estaban reparadas, sería igualmente peligroso partir en sus viajes habituales.

—No debéis preocuparos por el pilar roto —dijeron los dos embajadores—. Nuestra emperatriz lo reparó con las patas de una gran tortuga, y se quedó tan firme como antes.

Entonces el Sol y la Luna parecieron satisfechos, y ambos partieron a probar la carretera. Descubrieron que los embajadores de la emperatriz les habían dicho la verdad.

Después de comprobar las carreteras celestes, el Sol y la Luna volvieron a alumbrar la Tierra. Toda la gente se alegró mucho, y la paz y la prosperidad

permanecieron en China un largo tiempo bajo el reinado de la sabia emperatriz Jokwa.

La historia del príncipe Yamato Take

La insignia del gran Imperio Japonés está compuesta de tres tesoros que se consideran sagrados, que han sido protegidos con celo desde tiempo inmemorial. Estos son el Yarano no Kagami («Espejo de Yata»), el Yasakami no Magatama («Joya de Yasakami») y el Murakumo no Tsurugi («Espada de Murakumo»).

De los tres tesoros del Imperio, la espada de Murakumo, más tarde conocida como Kusanagi no Tsurugi («Espada cortacésped»), se considera la más valiosa y la más reverenciada, pues es el símbolo de la fuerza para esta nación de guerreros y el talismán de la invencibilidad para el emperador, mientras mantenga su sagrado lugar en el altar de sus ancestros.

Hace cerca de dos mil años, esta espada se conservaba en los altares de Ise, los templos dedicados a la adoración de Amaterasu, la gran y hermosa diosa del sol, de quien se dice que descienden los emperadores japoneses.

La historia de una aventura caballeresca y atrevida que explica por qué el nombre de la espada cambió de Murakumo a Kusanagi («cortacésped»).

Una vez, hace muchos, muchos años, nació un hijo del emperador Keikō, el decimosegundo desde el gran Jimmu, fundador de la dinastía japonesa. Este príncipe era el segundo hijo del emperador Keikō y se llamó Yamato. Desde la infancia, demostró tener una fuerza, sabiduría y coraje sorprendentes, y su padre se percató con orgullo que prometía convertirse en un gran hombre, y lo amó más que a su hijo mayor.

Cuando el príncipe Yamato se convirtió en un hombre, en los antiguos días de la historia japonesa, esto sucedía a la temprana edad de los dieciséis años, el reino se vio comprometido por la aparición de un grupo de bandidos cuyos jefes eran dos hermanos: Kumaso y Takeru. Los rebeldes parecían

disfrutar de rebelarse contra el emperador, rompiendo las leyes y desafiando su autoridad.

Al final, el emperador Keikō ordenó a su hijo menor, el príncipe Yamato, que se encargara de los bandidos, y, si fuera posible, que librase a la tierra de sus malvadas vidas. El príncipe Yamato solo tenía dieciséis años, acababa de alcanzar la edad adulta según la ley, y sin embargo, alguien tan joven en años poseía el osado espíritu de un guerrero de mayor edad y no sabía lo que era el miedo. Incluso entonces, ningún hombre podía rivalizar con él en coraje y osadía, y recibió la orden de su padre con gran alegría.

Al momento se preparó para cumplir su misión, y grande fue el movimiento dentro del palacio mientras él y los seguidores en los que confiaba se reunieron y prepararon la expedición, pulieron sus armaduras y se las pusieron. Antes de dejar la corte de su padre, fue a orar al altar de Ise y a despedirse de su tía, la princesa Yamato, pues su corazón estaba preocupado ante los peligros que tenía que afrontar y sentía que necesitaba la protección de su antepasada, Amaterasu, la diosa del Sol. Su tía, la princesa, salió y lo recibió feliz, lo felicitó por la confianza que tan gran misión demostraba por parte de su padre, el emperador. Después le dio una de sus maravillosas túnicas como recuerdo para que se la llevara y le diera buena suerte, diciendo que seguro que le daría uso durante su aventura. Después le deseó éxito en todos sus objetivos y buena suerte.

El joven príncipe hizo una reverencia a su tía, y recibió su regalo con mucha alegría y respeto.

—Saldré ahora —dijo el príncipe, y volvió con sus tropas a palacio. Animado por la bendición de su tía, se sintió listo para todo lo que pudiera ocurrir y atravesó el país en dirección a la isla de Kyūshū, al sur, hogar de los bandidos.

No muchos días después, llegó allí, y lentamente, pero con seguridad, avanzó hacia el cuartel de los jefes Kumaso y Takeru. En ese momento, se encontró con grandes dificultades, pues el terreno era salvaje y complicado. Las montañas eran altas y escarpadas, los valles profundos y oscuros, y enormes árboles y piedras bloqueaban la carretera y detenían el avance de su ejército. Era imposible continuar.

Aunque el príncipe no era más que un niño, tenía la sabiduría de los años, y, al ver que era en vano intentar llevar más adelante a sus hombres, se dijo:

«Intentar luchar en este terreno intransitable, desconocido por mis hombres, solo hace que sea más difícil su trabajo. No podemos limpiar las carreteras y luchar. Lo más inteligente por mi parte sería emplear una estratagema y caer sobre mis enemigos sin que lo supieran. De esa manera, podría matarlos sin mucho esfuerzo».

Así que dio el alto a su ejército. Su esposa, la princesa Ototachibana, lo había acompañado, y le dijo que trajera la túnica que su tía, la sacerdotisa de Ise, le había dado y lo ayudase a vestirse como una mujer. Con su ayuda, se puso la túnica, dejó que su cabello ondeara hasta que fluyera sobre sus hombros. Ototachibana trajo entonces su peine, que él puso en sus bucles negros, y después se adornó con tiras de extrañas joyas. Cuando terminó de prepararse, le trajo su espejo. Sonrió mientras se miraba, el disfraz era perfecto.

Apenas se reconocía, así de cambiado estaba. Toda señal del guerrero había desaparecido y en su brillante superficie solo una bella dama le devolvía la mirada.

Completamente disfrazado, salió solo hacia el campamento del enemigo. Entre los pliegues de su túnica de seda, cerca de su fuerte corazón, llevaba escondida una daga afilada.

Los dos jefes, Kumaso y Takeru, estaban sentados en la tienda, descansando al fresco de la noche cuando el príncipe se acercó. Estaban hablando de las noticias que le habían llegado, que el hijo del emperador había entrado a su país con un ejército enorme decidido a exterminar a su banda. Ambos habían oído hablar de la fama del joven guerrero, y por primera vez en sus malvadas vidas, sintieron miedo. En una pausa en su charla, levantaron la mirada y miraron a través de la puerta de la tienda: una bella mujer vestida en suntuosas ropas se acercaba a ellos. Con la majestuosidad más femenina, apareció a la suave luz del ocaso. Poco podían imaginarse que quien se alzaba ante ellos con ese disfraz era el enemigo cuya llegada habían temido tanto.

—¡Qué mujer más bella! ¿De dónde ha venido? —dijo el asombrado Kumaso, olvidándose de la guerra, del consejo y de todo al ver a la gentil intrusa.

Llamó al príncipe disfrazado y le pidió que se sentara y les sirviera vino. Yamato Take sintió su corazón hincharse con una fiera alegría, pues sabía

ahora que su plan sería un éxito. Sin embargo, se desenvolvió inteligentemente, y con una dulce timidez se acercó al jefe rebelde con pasos lentos y ojos que danzaban como los de un cervatillo asustado. Encantado por la distracción de la dulzura de Kumaso, se bebió copa tras copa de vino por el placer de verla servírselo, hasta que al final no pudo seguir bebiendo más.

Ese era el momento que el valiente príncipe había estado esperando. Tiró la jarra de vino, agarró al sorprendido Kumaso y lo apuñaló hasta la muerte con la daga que había ocultado en su pecho.

Takeru, el hermano del bandido, estaba aterrorizado en cuanto vio lo que estaba sucediendo e intentó escapar, pero el príncipe Yamato fue demasiado rápido para él. Por eso, antes de que pudiera llegar a la puerta de la tienda, el príncipe estaba justo detrás, notó cómo su puño de hierro agarraba sus ropas y una daga destelló ante sus ojos antes de clavarse en su pecho. Cayó al suelo, agonizando.

—¡Espera un momento! —jadeó el bandido dolorosamente, y agarró la mano del príncipe.

Yamato relajó su presa un poco.

—¿Por qué debería detenerme, villano?

El bandido se levantó temeroso.

—Decidme de dónde venís y a quién tengo el honor de dirigirme. Hasta ahora creía que mi hermano, el que acabáis de matar, y yo éramos los hombres más fuertes de la tierra y que no había nadie que pudiera derrotarnos. Vos solo os habéis adentrado en nuestra fortaleza, ¡y nos habéis asesinado! Sin duda no sois un simple mortal.

Entonces el joven príncipe respondió con una sonrisa orgullosa:

—Soy el hijo del emperador y me llamo Yamato, y me ha mandado mi padre como vengador del mal para traer la muerte a todos los rebeldes. ¡Nunca más aterrorizaréis a mi gente con vuestros asesinatos y vuestro pillaje! —Y sostuvo la daga goteando roja sangre sobre la cabeza del rebelde.

—Ah —jadeó el hombre moribundo con mucho esfuerzo—. He oído hablar mucho de vos. Sin duda sois un hombre fuerte para habernos derrotado tan fácilmente. Permitidme daros un nuevo nombre. Desde ahora seréis conocido como Yamato Take. Nuestro título os cedo señalándoos como el hombre más valiente de Yamato.

Y con esas nobles palabras, Takeru se reclinó y murió.

Al haber eliminado exitosamente a los enemigos de su padre estaba preparado para volver a la capital. En el camino de vuelta, pasó por la provincia de Idum. Allí encontró otro bandido llamado Idzumo Takeru que había causado mucho dolor en la tierra. De nuevo empleó la estratagema y fingió amistad con el rebelde bajo un nombre ficticio. Después de hacer esto, hizo una espada de madera y la metió en la vaina de su propia espada. Esta llevaba a propósito a su vera siempre que esperaba encontrarse con el tercer ladrón Takeru.

Había invitado a Takeru a la ribera del río Hino, y lo persuadió de nadar un rato con él en sus refrescantes aguas.

Como era un cálido día de verano, el rebelde no era nada reticente a darse un chapuzón. Mientras su enemigo estaba nadando en la corriente, el príncipe se dio la vuelta y aterrizó a toda velocidad, sustituyendo con su espada de madera la afilada espada de acero de Takeru.

Sin saberlo, el bandido llegó al poco tiempo a la ribera. En cuanto lo hizo y se puso sus ropas, el príncipe se acercó y le pidió un combate de espadas para demostrar su habilidad.

—¡Probemos cuál de los dos es el mejor espadachín!



Una daga pasó ante sus ojos.

El ladrón aceptó alegremente, al estar seguro de su victoria, pues era famoso como duelista en su provincia y no sabía a quién se enfrentaba. Agarró pronto lo que pensaba era su espada y se puso en guardia para defenderse. ¡Qué sorpresa se llevó! Pues la espada del rebelde era la de

madera del joven príncipe, y en vano intentó desenvainarla. Estaba encasquillada y ni con todas sus fuerzas podía moverla. Incluso si sus esfuerzos hubieran tenido éxito, la espada no le hubiera servido para nada, pues era de madera frente al acero de Yamato. Este vio que su enemigo estaba a su merced y, con un sablazo alto de la espada que le había cogido a Takeru, le cortó la cabeza con gran fuerza y destreza.

De esta manera, usando algunas veces su sabiduría, otras, su fuerza, y en algunas recurriendo a engaños, que en aquella época eran tan valorados como denostados son en estos, venció a todos los enemigos del emperador uno a uno, y trajo paz y descanso a la tierra y a su gente.

Cuando llegó a la capital, el emperador lo alabó por su valor y celebró un festín en palacio honrando su vuelta a casa a salvo y le dio muchos regalos extraños. Desde ese momento, el emperador lo amó más que nunca, y no permitía que Yamato Take se alejara de su lado, pues dijo que su hijo era ahora tan precioso para él como cualquiera de sus brazos.

Pero el príncipe no pudo vivir una vida tranquila mucho tiempo. Cuando tenía unos treinta años, llegaron noticias de que la raza ainu, los aborígenes de las islas de Japón, que habían sido conquistados y enviados al norte por los japoneses, se había rebelado en las provincias orientales y, tras dejar el lugar que les habían asignado, estaban creando muchos problemas en el país. El emperador decidió que era necesario mandar un ejército para enfrentarse a ellos y hacerlos entrar en razón. ¿Quién iba a liderar a sus hombres?

El príncipe Yamato Take se ofreció al momento a ir y subyugar a los nuevos rebeldes. Como el emperador lo amaba mucho, no podía soportar que estuviera lejos de su vista siquiera por un día, y por tanto odiaba la idea de enviarlo en tan peligrosa expedición. Pero en todo el ejército no había guerrero más fuerte o valiente que el príncipe, así que el emperador, incapaz de hacer otra cosa, aceptó, reticente, los deseos de Yamato.

Cuando llegó el momento de que el príncipe partiera, el emperador le dio una lanza llamada «Lanza de los Ocho Brazos del Árbol Sagrado». El mango estaba hecho, probablemente, de la madera del árbol sagrado, y le ordenó que partiera a subyugar a los bárbaros orientales, así es como se llamaba por aquel entonces a los ainu.

Aquella lanza era valorada por los guerreros de aquel entonces como el estandarte en un regimiento de estos días, y la otorgaba el emperador a sus

soldados con ocasión de partir hacia la guerra.

El príncipe aceptó respetuosamente y con gran reverencia la lanza del emperador, y dejó la capital hacia oriente con el ejército. De camino, visitó primero todos los templos de Ise para rezar, y su tía, la princesa de Yamato y Sacerdotisa Suprema salió para recibirlo. Ella misma le había dado la túnica que había demostrado ser una ventaja para él para derrotar y eliminar a los bandidos del Oeste.

Le contó todo lo que le había ocurrido, y del gran papel que había tenido su regalo en el éxito de su anterior campaña, cosa que agradeció de corazón. Cuando escuchó que se dirigía a una nueva batalla con los enemigos de su padre, entró en el templo y reapareció con una espada y una hermosa bolsa que ella misma había hecho, y que estaba llena de pedernal, que era lo que utilizaba la gente de aquellos tiempos en vez de cerillas para hacer fuego. Estos fueron sus nuevos regalos de despedida.

La espada era la de Murakumo, uno de los tres tesoros sagrados que son el emblema de la Casa Imperial de Japón. No hay talismán de suerte y éxito más importante que le pudiera haber dado a su sobrino, y le dijo que la empleara en el momento de mayor necesidad.

Yamato Take se despidió entonces de su tía, y otra vez se puso a la cabeza de sus hombres, mientras marchaban hacia el lejano Oriente a través de la provincia de Owari y después llegó a la de Suruga. Allí, el gobernador le dio la bienvenida al príncipe de corazón y lo recibió con muchos festines dignos de su realeza. Cuando terminaron, le dijo a su invitado que su país era famoso por su magnífico venado y le propuso ir de caza para entretenerse. El príncipe estaba completamente engañado ante la cordialidad de su anfitrión, que era toda fingida, y aceptó feliz unirse a la caza.

El gobernador llevó entonces al príncipe a una salvaje y amplia llanura donde el césped crecía alto y con abundancia. Sin saber que el gobernador había preparado una trampa para él con la que deseaba darle muerte, el príncipe empezó a galopar en busca del venado, cuando, de repente, para su sorpresa, vio llamas y humaredas partir de los arbustos frente a él. Se dio cuenta del peligro, intentó retirarse, pero en cuanto giró el caballo en dirección contraria, vio que la pradera estaba en llamas. Al mismo tiempo, el césped a su izquierda y a su derecha estalló en llamas y empezaron a dirigirse

hacia él desde todos lados. Miró en todas las direcciones en busca de una salida. No había ninguna. Estaba rodeado de fuego.

—¡Esta caza fue solo un astuto engaño del enemigo! —dijo el príncipe, mirando las llamas y el humo que se dirigían hacia él desde todas las direcciones—. ¡Qué tonto he sido al ser atraído a esta trampa como una bestia cualquiera! —Y rechinó los dientes con ira mientras pensaba en la sonriente traición del gobernador.

En una situación tan peligrosa como aquella, el príncipe no estaba confundido de ninguna manera. Con esos riesgos tan extremos, recordó el regalo que su tía le había dado cuando se despidieron, y parecía como si debiera, con su adivinación profética, haber atisbado esta hora de necesidad. Abrió con calma la bolsa de pedernal que su tía le había dado y prendió fuego al césped cercano. Después sacó la espada de Murakumo con su vaina y se puso a cortar el césped a ambos lados con toda su velocidad, decidido a morir luchando por su vida, si fuera necesario, y no quedarse simplemente esperando la muerte sin más.

Por extraño que parezca, el viento empezó a cambiar y a soplar en dirección opuesta, y la parte que más furiosamente ardía del arbusto que había amenazado con sepultarlo con sus llamas se alejaba ahora de él. El príncipe, sin siquiera un rasguño o un solo cabello quemado, vivió para contar la historia de su maravillosa escapada. El viento, sin embargo, se convirtió en un tornado que se llevó al gobernador, que murió ardiendo entre las llamas que había preparado para asesinar a Yamato Take.

El príncipe agradeció su escapada únicamente a la virtud de la espada de Murakumo y a la protección de Amaterasu, diosa del Sol de Ise, que controla el viento y todos los elementos y asegura la vida de todos aquellos que rezan en su hora de peligro. Alzó su preciada espada por encima de su cabeza muchas veces como muestra de su gran respeto, y así la renombró como Kusanagi no Tsurugi («Espada cortacésped»), y el lugar donde prendió fuego al césped a su alrededor y escapaba de la muerte en la llanura ardiente lo llamo Yaidzu. Hasta este día, hay un lugar cerca del gran ferrocarril del Tōkaidō llamado Yaidzu, que se dice que fue el lugar exacto donde esto sucedió.

Así escapó el valiente príncipe Yamato Take de la trampa que prepararon sus enemigos. Con todos sus recursos y valor, los derrotó a todos. Al dejar

Yaidzu marchó al este y partió hacia la costa de Idzu desde donde quería partir hacia Kadzusa.

II

Entre peligros y aventuras, su leal y amante esposa, la princesa Ototachibana, lo siguió sin duda alguna. Por su bien, ella soportó el cansancio de los largos viajes y los peligros de la guerra como si no fueran nada, y su amor por su marido guerrero era tan grande que se sentía bien pagada durante sus vagabundeos si podía únicamente entregarle su espada cuando salía a la batalla o atender sus necesidades cuando volvía cansado al campamento.

Pero el corazón del príncipe estaba lleno de guerra y conquista y poco le importaba la leal Ototachibana. Debido a la exposición al sol por el viaje, y debido a la preocupación por la frialdad que su señor sentía por él, su belleza había desaparecido, y su piel marfileña había acabado marrón por el sol, y el príncipe le dijo un día que su lugar estaba en el palacio detrás de la puerta en casa y no con él en la guerra. Pero a pesar de las quejas y la indiferencia por parte de su marido, Ototachibana no tenía corazón para dejarlo. Pero tal vez hubiera sido mejor si lo hubiera hecho, pues de camino a Idzu, cuando llegaron a Owari, estuvieron a punto de romperle el corazón.

Allí vivía, en un palacio a la sombra de los pinos, la princesa Miyadzu, hermosa como una flor de cerezo en el cálido amanecer de una mañana de primavera. Se acercaron a las imponentes puertas. Sus ropas eran brillantes y delicadas, y su piel era blanca como la nieve, pues no sabía lo que era estar en el duro camino del trabajo o caminar al calor del sol de verano. Y el príncipe se avergonzó de su esposa morena con sus ropas manchadas por los viajes, y le pidió que permaneciera detrás mientras iba a visitar a la princesa Miyadzu. Día tras día, se pasó horas en los jardines y en el palacio de su nueva amiga, pensando únicamente en su placer, y sin importarle su pobre esposa, que permaneció en la tienda, llorando por la tristeza que había llegado a su vida. Era una esposa tan fiel y tan paciente, que nunca permitió que un reproche escapase por sus labios o siquiera frunció el ceño para delatar la dulce tristeza de su rostro. Estaba preparada para dar la bienvenida a su marido cuando volviera o enviarlo donde quiera que tuviera que ir.

Por fin llegó el día en que el príncipe Yamato Take tenía que partir para Idzu y cruzar el mar a Kadzusa, y dijo a su esposa que formara parte de su cortejo como sirviente mientras se despedía ceremoniosamente de la princesa Miyadzu. Ella salió a recibirlo vestida con ropas maravillosas, y parecía más bella que nunca, y cuando Yamato Take la vio, olvidó a su esposa, su trabajo, todo excepto la alegría del ocioso presente, y juró que volvería a Owari y se casaría con ella cuando la guerra hubiera terminado. Y cuando levantó la mirada al decir estas palabras, se encontró con los grandes ojos almendrados de Ototachibana fijos en él con una tristeza inenarrable y sorpresa, y supo que había hecho mal, pero endureció su corazón y continuó su camino, sin importarle el daño que le había causado.

Cuando llegó a la playa en Idzu, sus hombres buscaron barcas con las que cruzar los estrechos de Kadzusa, pero era difícil encontrar suficientes para permitir que todos los soldados embarcaran. Entonces, el príncipe se alzó sobre la playa y, con el orgullo de su fuerza, se mofó de ellos:

—¡Este no es el mar! ¡Es solo un riachuelo! ¿Por qué queréis tantas barcas? Podría saltar y atravesarlo si quisiera.

Cuando se embarcaron todos, y estaban a buen camino a través del estrecho, el cielo se cubrió de repente con nubes y una gran tormenta azotó los barcos. Las olas se alzaron como montañas, el viento aulló, el relámpago los cegó y el trueno los dejó sordos, y la barca en que se encontraban Ototachibana, el príncipe y sus hombres fue lanzada de cresta a cresta de las olas, hasta que pareció que llegaba su última hora y que los tragaría el enfadado mar. Pues Ryūjin, el Rey Dragón del Mar, había escuchado a Yamato Take burlarse y había alzado esa terrible tormenta con ira, para mostrar al príncipe burlón cuán terrible podía ser el mar aunque pareciera un riachuelo.

La aterrorizada tripulación bajó las velas y vigiló el timón. Cada uno luchaba por su vida, pero todo era en vano. La tormenta no tenía visos de amainar, y se dieron por perdidos. Entonces la fiel Ototachibana se levantó y, sin preocuparse por el dolor que su marido le había causado, ni siquiera por que se hubiera cansado de ella, con el gran deseo de salvarlo por amor, se decidió a sacrificar su vida para rescatarlo de la muerte si fuera posible.

Mientras las olas azotaban la barca y el viento aullaba a su alrededor con furia, se levantó.

—Sin duda, todo esto ha pasado porque el príncipe ha enfadado a Ryūjin, el Rey del Mar, con sus burlas. ¡En tal caso, yo, Ototachibana, apaciguaré la ira del Rey Dragón del Mar que no desea otra cosa que la vida de mi marido! —Después se dirigió al mar y añadió—: Tomaré el lugar del Augusto, Yamato Take. Me lanzaré a las profundidades llenas de ira, y daré mi vida por la suya. Escúchame y permítele llegar tranquilamente a la costa de Kadzusa.

Con esas palabras, saltó rápidamente hacia el mar embravecido, y las olas pronto se la llevaron lejos de su vista. Por extraño que parezca, la tormenta se detuvo al momento. El Rey Dragón del Mar se había apaciguado, el tiempo se aclaró y el sol brilló como si fuera un día de verano.

Yamato Take tardó poco en llegar a la costa contraria y puso pie a tierra sin problemas, como su esposa había orado. Su poder en la guerra fue maravilloso, y consiguió al poco tiempo conquistar a los bárbaros del este, los ainus.

Agradeció a su esposa la fidelidad que le había salvado de las garras del Rey Dragón del Mar, que se había sacrificado por su propia voluntad, por el amor que le profesaba, en el momento de mayor peligro para su vida. Su corazón se ablandó al recordarla y nunca permitió que abandonara sus pensamientos ni un momento. Había descubierto demasiado tarde cómo estimar la bondad de su corazón y la grandeza de su amor por él.

Mientras volvía de camino a casa, pasó por el alto paso de Usui Toge, y allí se quedó de pie, mirando el maravilloso paisaje que lo esperaba. El país era perfectamente visible desde esa gran elevación, un vasto panorama de montañas, llanuras y bosques, con los ríos como lazos de plata a través de la tierra; y más allá vio el distante mar, que brillaba como una niebla luminosa a gran distancia, donde Ototachibana había dado su vida por él, y cuando se giró hacia él, estiró los brazos y pensó en el amor que él había despreciado y en su falta de fidelidad a ella. Su corazón estalló con un doloroso y amargo grito.

Yamato Take había cumplido entonces las órdenes de su padre, había subyugado a los rebeldes y librado al país de ladrones y enemigos de la paz, su fama había crecido, pues en toda la tierra no había nadie que pudiera enfrentarse a él, tan fuerte era en batalla y tan sabio en política.

Estaba a punto de volver directo a casa por donde había venido, cuando le llegó la idea de que disfrutaría más por otro camino, así que pasó a través de la provincia de Owari y llegó a la de Omi.

Cuando el príncipe llegó a Omi, se encontró con la gente muy nerviosa y temerosa. En muchas casas por las que pasó vio señales de luto y escuchó muchos lamentos. Al preguntar por qué sucedía esto, le dijeron que un monstruo terrible había aparecido en las montañas, que cada día bajaba y atacaba los pueblos, devorando a cualquiera que se encontrara por el camino. Los hombres temían salir a trabajar en los campos y las mujeres se negaban a ir a los ríos a lavar el arroz.



Apareció una serpiente.

Cuando Yamato Take escuchó esto, su ira se incendió y dijo fieramente:

—Desde el extremo oeste de Kyūshū hasta la esquina este de Yezo he subyugado a los enemigos del emperador, no hay nadie que se atreva a romper las leyes o a rebelarse contra él. Sin duda es motivo de asombro que aquí, tan cerca de la capital, un malvado monstruo se haya atrevido a poner su cubil y aterrorizar a los súbditos del emperador. Nunca más disfrutará de devorar a los inocentes. Saldré y lo mataré al momento.

Con estas palabras partió para la montaña Ibuki, donde se decía que el monstruo vivía. Escaló una buena distancia cuando, de repente, en un recodo del camino, un monstruo serpentino apareció ante él e interrumpió su avance.

—Este debe ser el monstruo —dijo el príncipe—. No necesito mi espada para una serpiente. Puedo matarla con mis manos.

Se lanzó en ese momento sobre la serpiente, e intentó estrangularla hasta la muerte con sus manos desnudas. Su prodigiosa fuerza tardó poco en superar a la serpiente y dejarla muerta a sus pies. Entonces, una repentina oscuridad cubrió la montaña y empezó a llover tanto que, entre la oscuridad y la lluvia, el príncipe apenas podía ver por dónde ir. Al poco tiempo, mientras tanteaba su camino por el paso, el tiempo se aclaró y nuestro valiente héroe fue capaz de bajar la montaña rápidamente.

Cuando volvió, empezó a sentirse enfermo y sintió un dolor ardiente en sus pies, y así supo que la serpiente lo había envenenado. Tan grande fue su sufrimiento que apenas podía moverse, mucho menos caminar, así que hizo que lo llevaran a un lugar en las montañas famoso por sus fuentes termales, que se alzaban burbujeando de la tierra, y casi hirviendo por los fuegos volcánicos.

Yamato Take se bañó todos los días en aquellas aguas, y gradualmente se sintió que volvía su fuerza, y los dolores le abandonaban, hasta que al fin un día descubrió que se había recuperado del todo. Pronto se apresuró a los templos de Ise, donde recordó haber orado antes de llevar a cabo esta larga misión. Su tía, la sacerdotisa del altar, que lo había bendecido a su partida, volvió ahora a darle la bienvenida. Él le habló de los muchos peligros que había encontrado y cómo había salvado la vida a través de todas. Ella alabó su coraje y su poder guerrero, y se puso sus túnicas más magníficas, agradeció a su antepasada, la Diosa del Sol, Amaterasu, a cuya protección ambos atribuyeron la buena fortuna del príncipe.

Así acaba la historia del príncipe Yamato Take de Japón.

Notas

[1] Proverbio japonés clásico. Sería el equivalente a: «Lo que se aprende en la cuna dura hasta la tumba». <<

[2] Instrumento de cuerda japonés. <<

[3] Ceremonia matrimonial en la que los novios comparten una copa de sake, que luego pasan a las familias para que atestigüen la unión. <<

[4] Literalmente: 'Gorrion'. <<

[5] Lugar elevado dentro de las habitaciones tradicionales donde se guardaba la decoración más vistosa. <<

[6] Puertas deslizantes de papel washi <<

[7] Forma japonesa de sentarse, con las rodillas flexionadas y el peso apoyado en los talones <<

[8] Dedicada a Buda <<

[9] Vehículo a dos o cuatro ruedas tirado por una persona, ya sea a pie o en bicicleta. Es la palabra japonesa para el rickshaw. <<